Lessi Naidena



UN AMOR TALLA XL

Capítulo 1

Skyler

Hoy soy Dios. Sí, nada modesto, pero completamente cierto. Miles de mis fans saltan frente al escenario, enloquecidos conmigo y con mi música. Cada movimiento mío arranca ovaciones. Cada palabra se pierde en un mar de aplausos. Me adoran. Lo sé, lo siento y me cargo de esa energía, al borde de estallar con la fuerza que corre por mis venas.

Hace calor. El sudor me recorre la cara. En la pausa entre canciones agarro una botella de agua y me la vierto encima. Las chicas gritan aún más fuerte. Lanzo la botella vacía al público, y allí se desata una auténtica pelea: todos quieren un souvenir del concierto, algo que haya tocado el mismísimo Skyler.

Como bis canto tres canciones más. No quieren dejarme ir.

—¡Los quiero, Kiev! —grito—. ¡A todos ustedes!

Voy preparando poco a poco al público para la despedida. Después de todo, ya lo he dado todo: he trabajado hasta la última grivna que costaba la entrada. Ahora quiero una ducha, comer algo, descansar una hora y estar listo para el after party.

—¡Sois el mejor público! —añado, lanzando un beso al aire hacia la gente que ni siquiera distingo detrás de los focos—. ¡Gracias por estar conmigo!

Confío en que ya puedo retirarme, y empiezo a retroceder hacia bastidores.

De repente noto un alboroto en las escaleras. Empujando a los guardias, una mujer logra abrirse paso hasta el escenario. Por su tamaño me recuerda a mi primera maestra, aquella que para pasar entre los pupitres tenía que moverse de lado, como un cangrejo. ¿Será realmente Marina Vasílievna? Entrecierro los ojos… No, esta

tiene como mucho treinta años: joven y fuerte. Tan fuerte que consiguió tumbar a mis seguratas.

—Chicos, tranquilos —me obligo a sonreír—. ¡Dejad pasar a esta encantadora dama!

La desconocida sube al escenario sin mi ayuda. Viste un vestido que parece más bien una funda brillante para un tanque. En las manos lleva un ramo deslucido de rosas, con el que se abrió camino entre la seguridad. Lo de "encantadora" fue, por supuesto, una exageración. Se parece mucho a Shrek, solo que no es verde.

—Skyler… eres tan… ¡wow! —dice, apartándose el pelo mojado de la cara—. ¿Puedo abrazarte?

Fuerzo una sonrisa. Sé que en cinco minutos este incidente estará en todas las redes sociales, así que intento sacarle el máximo provecho.

—¡Claro! —abro los brazos para abrazarla—. Ven aquí, preciosa. ¿Estas flores son para mí? ¡Gracias, qué detalle!

La chica se me lanza encima como un bulldozer. Casi caigo, pero logro agarrarme a la estructura del decorado.

—En persona eres aún más guapo… —jadea en mi oído.

Me aprieta tan fuerte que hasta el micrófono de diadema bajo la ropa cruje. Intento no respirar, porque su perfume empalagoso me revuelve el estómago. Su cuerpo está caliente y se siente como un juguete antiestrés: blando y pegajoso.

Este maldito abrazo dura una eternidad. La multitud suspira enternecida y corea mi nombre. Perfecto, justo lo que quería. Pero ya basta de mimos. Esta señora ya tiene endorfinas para toda la vida. Apostaría a que no se duchará en una semana para no borrarse el olor de mi sudor.

Con la mirada le indico a mis inútiles guardias que es hora de acabar con este circo. Ellos se acercan y logran apartarla de mí.

—¡Eres el mejor! —grita ella aún extendiendo los brazos hacia mí—. ¡El mejor! ¡Te amo!

—¡Gracias otra vez por las flores!

Por fin la sacan del escenario. ¡Qué alivio! ¡Vuelvo a poder respirar! Me inclino de nuevo y me escapo tras bastidores.

—¿Pero qué demonios fue eso? —rujo a mi asistente Vadim. Le arranco una botella de agua fría de las manos y me bebo medio litro de un trago—. ¡Te pedí que contrataras seguridad decente! Esa tía casi me estrangula y ellos estaban ahí rascándose las pelotas.

Los ojos de Vadim se abren como pelotas de tenis. Abre y cierra la boca como un pez arrojado a la orilla.

—¿Qué miras? ¡Despide a esa seguridad ya! Tenían que haberle metido un buen calambrazo con el táser en el momento en que subía las escaleras —me dejo caer en una silla—. Aunque con la piel de rinoceronte que tiene, ni lo habría sentido…

Vadim palidece. Se toca la oreja y luego me señala con el dedo.

—¿Qué? —no entiendo.

—El micrófono… —susurra con los labios—. Todavía tienes el micrófono encendido. Todos te oyen.

Por un instante el corazón se me detiene.
Maldita sea. Necesito un bote salvavidas, porque mi carrera se hunde ahora mismo como el jodido Titanic.

¡Hola, mis queridos lectores!
Me alegra reencontrarme con ustedes. Espero que disfruten de mi nueva historia, porque he planeado muuuchas sorpresas. Será divertida y romántica, y los personajes… ¡son puro fuego! Simplemente no podrán dejarlos indiferentes.

En otras palabras, trabajaré para mantenerles de buen humor, porque a todos nos falta desesperadamente un poco de positivismo.

Por ahora, las actualizaciones serán día por medio. Si es posible, intentaré publicar con más frecuencia.

No quiero abrir los ojos. Ni de broma. Cuando despierte empezará un nuevo día, y seguro que estará lleno de mierda. Durante la noche las noticias sobre mí se han esparcido incluso fuera del país. *«¡Skyler habló mal de su fan!»*. ¡Vaya drama! Hicieron de un mosquito un elefante. Una auténtica catástrofe a escala universal.

Me doy la vuelta, sintiendo cómo las sábanas de seda se deslizan sobre mi cuerpo desnudo. Me cubro la cabeza con la sábana, deseando que el mundo desaparezca si no lo veo. ¡Tenía que meter la pata así! ¿Por qué nunca consigo mantener la boca cerrada? No es la primera vez, pero jamás había tenido un desastre tan grande. ¿Y ahora qué? ¿Grabar un video de disculpas como un youtuber adolescente que se metió en un lío por soltar una tontería? No… no estoy listo para esa humillación. Que se calmen solos. No sería la primera vez. Mi corona sigue firme sobre mi cabeza, y no la voy a entregar tan fácilmente.

Desde la planta baja se oye golpear la puerta. Vadim. Es imposible no reconocer su manera impaciente y nerviosa de aporrear. Me había llamado mil veces, torturando mi móvil hasta que se quedó sin batería, y ahora aparece en persona. Qué pesado… Me obligo a levantarme, porque sé que este idiota no se rendirá. Lo que me faltaba: que entrara por la chimenea y montara una escena en mi dormitorio.

Pongo los pies descalzos en el suelo frío. El mármol refresca agradablemente mis plantas, que aún laten tras el show de anoche. Me estiro, cada músculo protesta. Después del concierto, siento el cuerpo como si hubiera peleado varios asaltos con un boxeador profesional. Al fin y al cabo, el espectáculo no es solo brillo de focos y dinero: también es trabajo duro.

—¡Ya voy! —grito, bajando al salón, donde reina un ligero desorden —. ¡Para ya! ¡No destroces la puerta! Cuesta más que tu vida.

En el sofá encuentro una bata de seda y me la pongo para que Vadim no se desmaye con mi espléndida desnudez. Llego a la puerta, marco el código y abro. La luz del sol me golpea en la cara y entrecierro los ojos.

—Por fin… —murmura Vadim, entrando sin esperar permiso—. Su alteza Skyler al fin despertó.

—¿Qué hora es? —pregunto, frotándome los ojos.

—Las dos de la tarde. ¡Todos ya están reunidos en la oficina central esperándote! Los canales de televisión no dejan de llamar, nuestros managers están al borde de un ataque de nervios. Estábamos preocupados. Empezamos a pensar que te había pasado algo…

Suelto una risita mientras voy hacia la cocina.

—¿Qué me iba a pasar? ¿Que me secuestraran los extraterrestres?

—Pues no sé… —Vadim me sigue, escribiendo mensajes en su teléfono—. Tal vez tu casa fuera atacada con cócteles molotov y a ti te ataran desnudo a un árbol con cinta adhesiva. Al menos eso es lo que amenazaban las feministas en las redes.

—Qué enfermas… —me estremezco.

—Y eso es lo más suave que han dicho, Skyler. Nunca vi un odio tan masivo. Internet ha explotado. Ninguna estrella se había atrevido a humillar a alguien por su peso.

Repaso en mi cabeza lo que dije ayer.

—¿Acaso mencioné algo sobre su peso? No… no lo hice.

—No importa. Coincidió que esa mujer estaba rellenita y tú la atacaste… Tus fans, bueno, exfans, están convencidos de que fue por eso. Dicen que jamás habrías dicho lo mismo si en el escenario hubiera subido una flaquita.

—¡Pamplinas! Me molestan todas las personas, sin importar su sexo, peso o altura.

—Y aun así, todos interpretaron tus palabras como body shaming. Parece que te odian incluso aquellos que ayer ni sabían de ti.

—¡Más pamplinas! En Ucrania no existe nadie que no me conozca… —abro la nevera esperando algo comestible, pero solo hay una caja de energéticas que promociono—. ¿No quieres ir a un restaurante? Me muero de hambre. Y eso no es broma.

—¡Skyler! ¿Me has oído? ¡Productores, publicistas e incluso el sello te esperan en la oficina central! No hay tiempo para desayunos. Tienes que presentarte y aclarar todo ya.

—¿Y al menos podemos pasar por el McDonald's de camino? —suplico, poniendo cara de niño inocente.

—Si no te importa que te escupan en la comida, podemos —responde Vadim con un suspiro.

Me visto: shorts grises y una sudadera con capucha. Nada llamativo, sin brillos ni frases ostentosas. Encuentro una gorra y gafas oscuras. Espero que con este disfraz pueda pasar desapercibido. Casi es paranoia, pero siento miradas encima incluso cuando no hay nadie.

—Lo que sigo sin entender —digo camino al coche, mirando alrededor por si hay paparazzi o fans furiosas—. ¿Por qué tanto escándalo?

Vadim pone los ojos en blanco, entre fastidio y cansancio. Odio cuando se hace el sabiondo.

—Porque vivimos en la era de la tolerancia y del body positive —responde—. *«Mi cuerpo, mi decisión»*, ¿te suena? Pues eso. Nadie tiene derecho a humillar a otra persona por su aspecto. Y menos aún desde un escenario, en directo. Es un fiasco, Skyler… ¿Sabes que la gente está devolviendo masivamente las entradas de tus conciertos? Tenemos casi pérdidas millonarias.

—No… —se me corta la respiración—. No puede ser.

—Y los blogueros y celebridades están dejando de seguirte. Uno tras otro. Es como una plaga. A este paso en tus redes solo quedarán

bots y vendedores de productos chinos. Por cierto, los contratos de publicidad también están a punto de romperse.

Me siento en el asiento del copiloto del coche de Vadim y me cubro la cara con las manos, sintiendo que me invade el pánico. ¡Mierda! Sabía que estaba en problemas, pero no esperaba estas consecuencias. Mi carrera es todo lo que tengo…

—La mala prensa también es prensa —suelto mi último argumento, intentando sonar seguro aunque me tiembla la voz—. ¿O no?

—Eso sirve para novatos y advenedizos que quieren hacerse notar a cualquier precio. Pero tú, Skyler, estás en otro nivel. Tú eres el rey del escenario. Y un rey debe cuidar su lengua. Si no, lo destronan.

Vadim arranca y salimos a la carretera. Yo miro atrás con miedo. Me imagino que en cualquier momento hordas de mujeres de cien kilos, furiosas y con antorchas, vendrán corriendo tras el coche.

—Es duro ser rey… —suspiré.

Quiero seguir creyendo que solo son molestias pasajeras, que pronto se olvidará. Intentando calmarme, saco el teléfono, abro el navegador y entro en el primer enlace con mi nombre. Recorro los titulares con la mirada: *«Skyler mostró su verdadera cara: gordofobia y misoginia»*, *«El escándalo del año: el cantante Skyler humilló cruelmente a su fan. La comparó con un rinoceronte. Detalles»*, *«¿Hasta dónde llegará el hate contra Skyler? Los activistas del body positive se unen contra la estrella»*. ¡Mierda! Siento unas ganas tremendas de lanzar el maldito teléfono por la ventana.

—¡Ahora me acusan de todos los pecados capitales! —gruño—. ¡Hasta me atribuyen cosas que no he hecho! Un poco más y me pintarán como un monstruo peor que un asesino en serie.

—Son periodistas, ¿qué esperabas? —encoge los hombros Vadim.

—Ojalá todos se extinguieran como los mamuts —aprieto la mandíbula con rabia—. Odio a los periodistas…

Capítulo 2

Mía

Camino por el pasillo empujando delante de mí una bandeja con productos de limpieza. Estoy de un humor increíble. Apenas logro contenerme para no bailar al ritmo de la música que suena en mis auriculares. Es un día perfecto: el sol brilla, los pájaros cantan y mi publicación sobre la idiotez de Skyler aparece en portada de la versión digital de nuestra revista. La vida es bella.

Con ganas de enterarme de más detalles, me dirijo a la sala de conferencias. Es como un Olimpo, donde se reúnen los dioses del showbiz ucraniano para decidir el destino de sus protegidos. Justo antes de entrar me detengo. Ajusto el uniforme y reviso que no se haya abierto un botón de la blusa: la maldita prenda apenas me cierra. El diseñador de la ropa del personal seguramente olvidó que existen tallas mayores que la M y la L. Paso el día metiendo barriga y caminando como si llevara un corsé del Renacimiento.

Me preparo para ocultar la sonrisa. Pongo expresión de indiferencia laboral y entro.

—Limpieza —anuncio en voz baja.

—Vuelva más tarde —me despacha con un gesto el asistente de Skyler, Vadim—. Estamos ocupados.

¿De verdad cree que será tan fácil librarse de mí?

—Solo regaré las plantas —asiento hacia unas macetas que, a mi parecer, son de plástico—. Y cambiaré el agua de las jarras para que no beban la de ayer. Ustedes con sus tareas y yo con las mías. Nadie molestará a nadie.

Me importa un comino la prohibición. Necesito información, y la conseguiré aunque tenga que hacerme la tonta.

Los presentes, por decirlo suave, no están muy contentos con mi llegada, pero los ignoro y me pongo a trabajar. Lo hago despacio

para quedarme allí el mayor tiempo posible.
De reojo observo a Skyler: sentado en un sofá aparte, devora con ansia papas fritas y finge que todo lo que ocurre no va con él. Tal vez engañe a estos snobs, pero a mí no. Huelo su miedo. Ahora mismo este centro del universo parece un adolescente que hizo una cagada, recibió una paliza y espera a que los padres decidan cómo arreglarlo.

—El escándalo por tu grosería hacia la fan lo taparemos. No es la primera vez que ocurre y no es un problema. Pero ¿cómo convencer a la sociedad de que Skyler no tiene nada en contra de la gente con sobrepeso? —dice una mujer de cabello oscuro y un kilo de cadenas de oro en el cuello. A mí me recuerda a la esposa de un barón gitano, pero en realidad es la jefa de prensa de Skyler.

Un viejo calvo, uno de los dueños del sello, niega con la cabeza.

—De ninguna manera. Diga lo que diga, nadie lo creerá. Cualquier explicación sonará a excusa.

—Entonces hay que respaldar esas palabras con pruebas. Por ejemplo… que Skyler cuente una historia conmovedora de su vida. Que diga que en la infancia también fue gordo y sufrió mucho. Ahora, con su influencia, quiere apoyar a quienes pasaron por lo mismo. Incluso podríamos crear una fundación benéfica falsa.

—¿Para comprar comida a los gordos? —bufa Skyler.

Se levanta, se sacude los cristales de sal de las papas fritas y arruga la caja vacía en una bola de papel que lanza a la esquina. ¡Cerdo maleducado! Y yo tendré que limpiar eso.

—¿Tienes mejores ideas? ¡Estamos salvando tu trasero! —gruñe el calvo.

—No pienso dar lástima. ¡Jamás! Las historias de bullying en la infancia no pegan con mi imagen. Prefiero odio antes que compasión.

—¡Ese odio nos está costando muy caro! —ruge el director general.

—Entonces que no sea sobre ti, sino sobre alguien cercano… —propone un chico que no había levantado la vista del portátil—. ¿Un hermano o hermana con sobrepeso? Lo importante es mostrar tu tolerancia.

—Sería perfecto si tuviera una novia así… —murmura la mujer cubierta de oro. Y de repente sus ojos brillan con entusiasmo—. ¡CLARO! ¡Necesitas una novia!

La sala queda en silencio. Tan profundo que se oye el chirrido de mi trapo sobre la mesa, donde llevo diez minutos quitando un polvo inexistente.

—¡Es verdad! —exclama Vadim, con los ojos brillando de entusiasmo —. Todos dejarán de odiarte si descubren que sales con una chica que no encaja en el formato 90-60-90.

Skyler pone cara de asco, como si le acercaran una pala llena de mierda bajo la nariz.

—¿O sea… que tendría que salir con una modelo plus size?

—No —la jefa de prensa niega con la cabeza, y sus joyas destellan como luces de Navidad—. Ninguna modelo. Debe ser una chica común y corriente, como la que estuvo contigo en el escenario. Del pueblo, por así decirlo. Como… —se gira hacia mí—. Señorita, ¿cómo se llama?

Me sobresalto.

—¿Yo?

—Sí, usted.

Siento la sangre subir a mi rostro.

—M-Mía.

—Mía, ¿le gustaría convertirse en la novia de Skyler? —lo dice en tono de broma, pero en su voz hay un atisbo de esperanza.

—No —respondo sin dudar ni un segundo—. No quiero.

Mi respuesta suena clara y tajante, como un disparo que hiere de muerte el ego de Skyler. Sus cejas se arquean hasta la frente, los ojos se abren de par en par. En la sala reina un silencio absoluto.

—¿Por qué? —pregunta, dirigiéndose ni siquiera a mí, sino a su asistente. En su voz se percibe una ofensa evidente.

—¿Podría explicar tanta rotundidad? —interviene Vadim—. ¿Está casada? ¿Tiene novio o hijos?

—No, no tengo a nadie.

—¿Es lesbiana?

—Otra vez no acertaron. Simplemente esta persona —asiento hacia Skyler— me resulta desagradable. Y no pienso fingir simpatía solo para ayudarlo a salir de otro escándalo.

Skyler aplaude. En sus ojos brilla un fuego burlón.

—¡Ya sé de qué se trata! Cayó en la manipulación de los medios. Ahora se siente ofendida porque también es… de ese tipo.

Dejo el trapo a un lado, aunque en mis fantasías ya lo lanzo directo a la cara de este imbécil.

—¿Qué tipo?

—Pues… —con las manos dibuja en el aire las curvas de mi cuerpo —. El tipo de mujeres que rondan los cien kilos. ¿Así suena lo bastante tolerante? ¿O también voy a tener problemas por culpa de esta limpiadora?

¿Por qué deberían afectarme comentarios sobre el peso? Me gusta cada centímetro de mi cuerpo. Estoy convencida de mi atractivo. Los pintores del Renacimiento se habrían peleado por retratarme: caderas anchas, vientre suave y femenino, pechos generosos. Y no solo pintores… Cada día recibo cumplidos de hombres. Hombres de verdad, que no se dejan engañar por los estándares enfermizos de la moda y no temen mostrar su admiración por un cuerpo saludable.

—Ya antes de este escándalo me parecías repugnante —le contesto.

Recojo la bolsa de basura y, empujando mi carrito, me dirijo a la puerta. Ya tengo información de sobra. Puedo empezar a poner los cimientos de un gran artículo; lo demás será observar y preparar la gran revelación.

—¡Espere! —la jefa de prensa, a la que ya bauticé como baronesa gitana, se me cruza en el camino—. Mi propuesta es completamente seria. Si buscamos una novia ficticia para Skyler, lo mejor será elegir a alguien que ya trabaje con nosotros. ¡Piense en todo lo que está rechazando!

Me detengo.

—¿Y qué exactamente?

—Se bañará en la luz de la fama. Conocerá la vida social. Tratará con cantantes, actores, presentadores… Viajará, vivirá en hoteles de lujo, vestirá ropa de marca. Tendrá todo lo que desee. ¡Todos le envidiarán!

—Oh, vamos… ¿Para qué la convences? —gruñe Skyler—. ¿Acaso no ves que no es candidata para mí? Y en todo caso, yo tampoco he aceptado esta locura.

El viejo calvo, el jefe máximo, carraspea.

—A ti no se te pregunta. Si no quieres reconocer tu culpa y pedir perdón, saldrás con la chica que elijamos nosotros.

—No lo haré —bufa Skyler—. ¡Esto es una dictadura!

—Entonces me devolverás cada céntimo invertido en ti. ¿Tienes idea de cuánto hemos perdido con la cancelación de conciertos? ¿Lo has calculado? ¡No te alcanzará la vida para pagar!

Ese argumento obliga a Skyler a cerrar la boca. Aprieta los labios y aparta la mirada hacia la ventana.

—Mía —ahora el calvo se dirige a mí. Su tono suena más conciliador, aunque igual implacable—. Entendemos su desconcierto. Pero nos alegraría mucho si reconsidera la propuesta. Preferimos no involucrar a extraños en este asunto, por eso ponemos grandes

esperanzas en usted. Y, por supuesto, su esfuerzo será generosamente recompensado. Solo diga la cifra.

Me obligo a asentir. Tomo la tarjeta que me alarga la manager y me apresuro a salir. Solo en el pasillo me permito liberar las emociones. Me apoyo contra la pared y suelto el aire. ¡Tengo que llamar a la redacción! ¡Van a alucinar con lo que logré averiguar!

Capítulo 3

Esperé con ansias el fin de la jornada. Me quito el odiado uniforme: la sensación es como desprenderse de una piel vieja. Lo meto en la taquilla y me cambio a un vestido veraniego ligero. ¡Por fin me siento persona! Sin perder ni un segundo, salgo a la calle para llamar a mi verdadera jefa y contarle el teatro del absurdo que me ocurrió hace un par de horas.

La editora en jefe de nuestra revista se llama Natali. En realidad, Natalia Stanislavivna, pero no permite que la llamen por el nombre completo: dice que eso (y no el hecho de pasar los cincuenta) la hace ver mayor. No llego ni a oír el primer tono cuando ya contesta. Da la impresión de que Natali pasó el día entero con el teléfono en la mano esperando noticias mías.

—¡Por favor, dime que tienes novedades! Deposito muchas esperanzas en ti —suspira al auricular—. Tu área de trabajo está ahora en el punto más candente. Las visitas en la web se disparan.

—En realidad sí que hay novedades. ¡Y se va a reír cuando se lo cuente!

Le relato con todo detalle la propuesta de los managers de Skyler. Pero Natali no se ríe. En cambio, pregunta:

—¿Y para cuándo anunciarán la relación?

Me detengo en seco en medio de la acera, casi me atropella un niño en patinete.

—¡Jamás! —exclamo—. No acepté.

—¿Por qué? ¡Es… es como maná del cielo! Una oportunidad no solo de escribir un artículo, sino de reunir material para un show entero. Ya te dije que planeamos probar el formato de video… Pues bien, la historia sobre la mentira de Skyler y su equipo sería un piloto perfecto.

—Sí, pero… —me quedo sin palabras—. Lo siento, no estoy lista para un sacrificio así. Ni siquiera por la revista.

Natali guarda silencio, y esa pausa me pone muy tensa. Que no se le ocurra decir que me despide.

—¿Y estarías lista para obtener el puesto de redactora jefa del nuevo proyecto? —pregunta con voz de serpiente tentadora.

—¿Habla en serio? —toso, la garganta se me seca—. ¿No es una broma?

—Claro que sí. Absolutamente. Si te conviertes en la novia del cantante más famoso, te codearás con otras estrellas. Nos traerás un mar de información útil y, lo más importante, provocativa. Creo que un ascenso sería merecido.

Su propuesta me deja pensando. Por supuesto que sueño con ser redactora jefa, pero… ¿por qué siento que tendría que venderle el alma al diablo para lograrlo?

—¿Puedo pensarlo?

—Por supuesto. Pero te ruego que no tardes en decidir. Estoy segura de que sus managers tampoco se quedan de brazos cruzados. Mañana mismo tendrán decenas de candidatas para el papel.

—Si es que no las tienen ya…

—Exacto. No insistiré más, Mía. La decisión es tuya, pero hazla cuanto antes.

—De acuerdo. La mantendré al tanto.

Sumida en mis pensamientos, no me doy cuenta de que ya llegué a casa: un viejo bloque de pisos en las afueras de la capital. Me quito el bolso del hombro y revuelvo entre la basura que guardo allí buscando las llaves. Encuentro cientos de recibos, un chicle, caramelos, billetes de trolebús, galletas e incluso una mascarilla facial que compré hace medio año y nunca usé. Pero nada de llaves. ¿Será posible que otra vez las dejé en la mesita?

No me queda otra que pedir a mi vecino que me abra. Sí, no vivo sola. Como toda recién llegada a Kiev, no tengo dinero suficiente para pagar el alquiler por mi cuenta. Me toca compartir el piso con un compañero de escuela. A decir verdad, no me molesta, porque somos amigos desde siempre. Mi madre cuenta que de niños incluso compartíamos el mismo orinal, pero no existe prueba documental de ese hecho.

—¡Ábreme ya! —digo al portero automático—. Tengo una noticia alucinante.

—¿Chismes de famosos? —responde la voz de Artem—. Perfecto. Ya pongo el agua para el té.

—Pero primero déjame entrar en el edificio.

—Ah… cierto. Pasa.

En cuanto Artem me deja entrar en el piso, le suelto un cubo de información. Por dentro hasta me alegro de que por fin haya algo de movimiento en mi vida; últimamente me aburría continuamente y me quejaba de la rutina gris. A escondidas de Natali miraba trabajos extra en el foro del Jardín Botánico y me preparaba para escribir artículos sobre especies de musgo decorativo. ¡Musgo, por el amor de Dios!

—¡No me digas! ¡Eso es genial! —grita Artem como si hubiera ganado la lotería—. ¡Es simplemente… increíble! Pensé que eso solo pasaba en las películas.

—¿De verdad lo crees? Porque al principio yo dije que no…

—¿¡Por qué!?

—Hay muchas razones, —me quito las sandalias y voy al baño a lavarme la cara—. Skyler me fastidia. No quiero ayudarle, no quiero mentirle a la gente… Y no es seguro que yo pueda hacerlo bien. Hace falta ser muy convincente. Eso lo haría mejor alguna de sus fans.

—Tú puedes, —me tranquiliza Artem—. Yo te asesoraré.

No me resisto y le miro de reojo.

—No te enfades, —digo frotándome la cara con la toalla—, pero como actor eres… regular.

—¡Tengo un diploma de la Academia de Cultura! —se enfurruña. Y hasta eso lo hace de forma poco creíble.

—Y tres papeles de extra, uno de ellos… un cadáver tumbado.

Artem suspira profundamente apoyado en la puerta.

—Quién iba a decir que forjarse una carrera en el cine sería tan difícil…

—Yo lo sabía. Y te avisé. Pero estabas embriagado por el sueño. Pensabas que mudándote a Kiev harías realidad todas tus metas y cumplirías tus ambiciones…

—Tú también pensabas eso, ¿no? ¿Y ahora renuncias a la oportunidad de obtener el puesto de tus sueños solo porque, mira, no te cae bien Skyler? ¿Y qué vas a hacer en su lugar? ¿Pasarte la vida limpiando oficinas mientras recoges cotilleos? ¿Eso era lo que soñabas?

—Claro que no…

—Los periodistas profesionales se infiltran en los clanes de la mafia y viajan a zonas calientes para hacer reportajes bomba. Te están ofreciendo un billete de oro y tú sigues teniendo miedo. Riesgas quedarte como un perdedor, como yo.

—¡Tú no eres un perdedor!

—Hace dos minutos salió eso de tu boca —dice—. Algo velado, pero claro. Pero no me ofendo, en serio. Mi gran papel llegará… y mientras tanto me conformo con ser animador, —parlotea siguiéndome de una habitación a otra—. Al menos en los dibujos doy vida a personajes genialmente. Mañana, por ejemplo, seré el muñeco de nieve Olaf. ¡Espero no sufrir un golpe de calor con ese traje! Un golpe de calor dentro de un disfraz de muñeco de nieve,

¡qué ironía! Pero tuve suerte: mi compañera hará de Elsa. Temo que salga más travesti-diva que princesa…

Siento que la cabeza me va a reventar por la tensión.

—¿Puedes callarte aunque sea un minuto? —suplico.

No sé qué hacer. Por un lado Artem tiene razón, pero por otro… algo me frena. Quizá la principal razón no sea tanto la antipatía hacia Skyler. Claro que es un gilipollas, pero yo puedo plantarle cara. ¿Será miedo a lo desconocido? ¿Y si no estoy preparada para el ascenso? ¿Y si mi máximo es esconderme tras una bandeja con productos de limpieza y escuchar conversaciones? No… no puede ser. Tengo que salir de mi zona de confort.

—Creo que ya es tarde. Seguro que ya han encontrado a alguien mejor…

Artem resopla escéptico.

—¿Mejor que tú? ¡Qué tontería! Eres guapa, inteligente, brillante, divertida… ¡No existe una opción mejor!

—Oh… qué mono —respondo—. ¿Y para qué me adulas así?

—No te estoy adulando, solo constato hechos. Y… un poco espero que si consigues el ascenso yo también obtenga un puesto en la tele. Por ejemplo, seré tu asistente. ¿No vas a necesitar un asistente?

—Supongo… Pero primero tendrás que ganarte ese ascenso.

—¡Pues no pierdas el tiempo! Coge el teléfono, llama a la manager y di que estás lista para trabajar.

—¿Y si primero cenamos? Pensaba freír unas patatas…

—¡Mía! Rápido, —aplaude dándome prisa—. La comida puede esperar.

Mi estómago gruñe en protesta y demuestra lo contrario. Le lanzo a Artem una mirada demoledora. Sé que no me va a dejar en paz.

—Bueno… —cojo la tarjeta—. Ahora llamo a ver si el puesto sigue vacante. ¡Y no me toques!

—¡Cruzaré los dedos por ti! ¿Se puede cruzar los dedos?

—Se puede.

O una de dos: o ahora mismo cometo el mayor error de mi vida, o la llevo al siguiente nivel. Solo el tiempo lo dirá.

Capítulo 4

Skyler

Hace tiempo que quería unas vacaciones. Planeaba pasarlas en algún sitio como Seychelles o Maldivas: bajo el sol suave, entre palmeras, arenas blancas y mulatas bronceadas en bikini. Pero ahora estoy de retiro… encerrado en mi propia casa. Sí, no puedo quejarme del todo —tengo piscina, gimnasio, consola con acceso ilimitado a juegos, comida a domicilio—. Pero la sensación es la de estar preso… preso por un maldito malentendido.

—¡Ha aceptado! —grita Vadim, agitando el teléfono como si fuera una bandera de la victoria. Sube corriendo al segundo piso, se coloca la corbata y se para a recuperar el aliento—. Mía ha aceptado.

Dejo en la mesa un cuenco con helado de chocolate. Se me quita el apetito.

—¿Debo alegrarme por eso? —mi voz suena cargada de indignación. Solo pensar que ahora me seguirá por todas partes una limpiadora me despierta ganas de tirarme a la piscina y ahogarme.

—¡Por supuesto! —se acerca y me pone la mano en el hombro, aunque sabe que no soy dado al contacto físico y que, si no eres portada de Playboy, es mejor que no me toquen—. Considérate salvado.

—Genial —suspiré, apartando su mano—. ¿Y la mujer… la de la escena?

—Se llama Yuliá. Por suerte estaba tan afectada que rechazó entrevistas con la prensa. Solo nuestra gente logró hablar con ella, y eso porque esperaba escuchar tus disculpas…

—Ni hablar.

—De todos modos le transmitimos tus disculpas sinceras y también un ramo de flores que elegiste personalmente.

Claro que no elegí nada.

—¿Y se lo creyeron?

—No lo creo, pero nos dejó entrar en su casa e incluso nos ofreció té —se enorgullece, como si hubiera hecho una gran labor diplomática —. Hablamos con ella y llegamos a un acuerdo.

—¿Tan fácil? —incluso me sorprende.

—Una persona es fácil de comprar si está en dificultades. Esta Yuliá es pobre como una rata. Vive con sus padres ancianos, cría a un hijo y apenas llega a fin de mes. Ganó la entrada a tu concierto en el sorteo de un blogger; de otro modo jamás habría podido pagarla. Le pagamos, la hicimos firmar un acuerdo de confidencialidad y la obligamos a conceder entrevistas a nuestras fuentes cuando haga falta.

Me desplomo en el sillón.

—Menos mal que se solucionó…

—Pero, en justicia, deberías haber ido en persona a pedir perdón. Así actúan los hombres de verdad.

Cómo me irrita su hábito de apelar a mi conciencia. Cuando contraté a un asistente esperaba un amigo y un escudero en una sola persona, y en lugar de eso obtuve un profesor de moral pesada. Ni yo sé por qué aún no le he buscado sustituto. Supongo que me da pereza acostumbrarme a otra persona.

—¿Y quién me va a pedir perdón a mí? —pregunto—. ¿Por qué ella no se disculpa por subirse al escenario sin permiso? ¿Por abrazarme sin pedirlo? ¿Por qué todos la compadecen y se olvidan de mis límites personales? Yo también resulté perjudicado.

Vadim inclina la cabeza hacia un lado.

—Lo siento mucho por ti… —dice con fingida compasión.

—¿En serio?

—No. Te lo mereces —revisa sus notas en el bloc—. Ahora, por favor, dúchate y ponte algo decente, porque en breve vendrá Mía.

Me falta el aire de la indignación. Me levanto del sillón de un salto, casi lo vuelco.

—¿Vendrá aquí? ¿Por qué tengo que recibir a la limpiadora de la oficina en mi casa? ¡Me basta con que tú te pases aquí a todas horas!

—Bueno, quizás porque ahora es tu novia. Y vais a vivir juntos.

Eso suena como otra sentencia. Me siento traicionado y humillado. De pequeño veía con mi abuela una telenovela brasileña sobre una belleza árabe casada a la fuerza. Mi pobre abuela se revolvería en la tumba al saber que estoy repitiendo el destino de aquella mujer. No quiero salir con una chica que no he elegido. En realidad no quiero salir con nadie. Ni siquiera de broma. Me gustan las relaciones abiertas, y todo mi entorno lo sabe.

—¿Y si también acabamos compartiendo cama? ¿Eh?

—Eso ya a vuestra elección —sonríe Vadim. Y a mí me dan ganas de borrarle esa sonrisa de la cara con algo pesado—. Escúchame bien. Mía es tu salvavidas. Debes estarle agradecido. Así que compórtate lo más amable posible, consiente sus caprichos, acepta todo lo que proponga. Haz que se enamore de ti de verdad; así vuestra función será verosímil.

—¡No lo haré! —digo con contundencia, para que a Vadim no le quepa duda—. Con que le paguen ya basta.

—¡Bien que lo recuerdas! El sello no le pagará.

—¿Entonces quién?

—Tú. De tu bolsillo. Esa fue la decisión del productor.

Perfecto. Simplemente perfecto.

Miro nerviosamente el reloj, esperando la llegada de esa tal Mía. Aún no ha aparecido y ya consigue ponerme de los nervios. No me

gustan las visitas. Nunca invito a nadie, no organizo fiestas ni dejo que se queden a dormir en mi casa. Los únicos que pueden entrar son Vadim y la asistenta. Aunque su presencia también es una medida forzada.

El timbre suena como una señal del apocalipsis. Preferiría ganar tiempo y no abrirle durante unos minutos más, pero Vadim salta del salón y corre a abrir la puerta. Da la impresión de que quiere lucirse delante de la invitada. ¿Y para qué? ¿Quién se cree que es, para que se esfuercen tanto?

—Por favor, pase —resuena su voz melosa, empalagosa hasta dar arcadas—. ¿Quiere que la ayude con la maleta?

Primero aparece en la puerta Karina: radiante y dorada, como un banco suizo. Parece un árbol de Navidad en un hotel de lujo. Y junto al árbol, un regalo para un niño que se portó muy mal. Mía.

Está de pie, sujetando el bolso como un escudo. No se la ve asustada ni precavida, sino al contrario: desafiante, como lista para luchar y defenderse. Lleva un vestido veraniego sencillo, sandalias baratas y un sombrero de ala ancha del que cae una cascada de cabello rojo intenso. Su mirada es insolente, como la de una gata a punto de tirar un jarrón de la repisa solo por fastidiar.

¿Y dónde están las emociones? ¿Dónde está la felicidad desbordante por verme a mí y a mi casa? ¿Dónde está el teléfono que debería estar disparando mil selfies por segundo para inmortalizar este momento histórico? ¿Qué le pasa?

Sé que debería saludar, pero lo único que digo es:
—Has llegado…

—Como ves —responde ella y, rechazando la ayuda de Vadim, arrastra por sí sola una maleta del tamaño de una nevera hasta mi salón.

Resoplo y cruzo los brazos.
—Parece que piensa instalarse aquí para toda la vida. ¿Para qué tanto trasto?

—Solo traje lo necesario —contesta Mía—. Cosméticos, botiquín, algo de ropa y unas cositas para sentirme cómoda.

—Aclaro de inmediato: no pienso permitir que conviertas mi casa en un vertedero. Si encuentro tus cosas fuera de lugar, las tiro a la basura.

—¡Y me compensarás su valor! —revira ella—. Ni se te ocurra tocar mis cosas.

—Tus cosas están en mi casa. Aquí el dueño soy yo.

Vadim carraspea nervioso, como diciendo "al menos los primeros cinco minutos sin peleas".

Karina, con el repiqueteo de sus tacones, se acerca a Mía.
—No le hagas caso. A partir de ahora esta también es tu casa. Ponte cómoda. Espero que te sientas bien aquí.

—¿Dónde está mi habitación? —pregunta ella, mirando alrededor.

—En el ático o en el sótano —propongo yo—. Como ahora hace calor y bajo el techo dormirás como en un horno, te recomiendo el sótano.

Vadim gime.
—Mía, puedes ocupar la habitación de invitados. Tiene buena vista desde la ventana, baño propio y una cama amplia.

—Y es la única que le sirve —añado—. Solo cabe en una cama de matrimonio.

Mía pasa por alto mi comentario y no reacciona. Una lástima. Para mí fue bastante ingenioso.

—Descansa, querida —trina Karina—. Mañana os espera un día lleno de actividades: ensayos y adaptación al papel. Vadim preparará la agenda de vuestras apariciones públicas: restaurantes, conciertos, parque, selfies matinales en la cocina… Todo lo que corresponde a una auténtica pareja de famosos.

—¿Y también vais al baño según agenda? —pregunta ella arqueando una ceja.

Me esfuerzo por no reír. Luego recuerdo que reírme de mi propia pesadilla no tiene mucha gracia.

Karina adopta un tono más serio.
—En dos días saldréis oficialmente juntos ante el público. Tiene que haber una completa armonía. Miradas tiernas, roces ligeros, sonrisas… Lo puliremos todo hasta que incluso yo me lo crea. Pero por ahora os dejamos solos. Hay trabajo de sobra.

Vadim se inclina hacia mi oído:
—Compórtate bien.

—¡Díselo a ella!

Se marchan. Y yo lucho con las ganas de agarrarme a la pierna de Vadim y rogarle que no me deje solo con Mía. Me da miedo.

La miro fijamente. Ella me devuelve la mirada. Curioso. Normalmente, en este punto las chicas se ponen nerviosas, juegan con un mechón o se olvidan de respirar. Pero esta no. Está tranquila, como si delante de ella no estuviera Skyler, sino un cajero de supermercado. Debe de ser buena actriz si logra ocultar tan bien su entusiasmo.

—Bueno, Cenicienta, bienvenida a mi castillo —digo, escupiendo cada palabra—. Solo que aquí no hay hada madrina. Y tampoco habrá cuento de hadas.

—Y encima el príncipe es un asco.

Su respuesta me deja helado. Me remata. Destruye los últimos restos de optimismo.

Ay, presiento que esto será muy duro…

Capítulo 5

Mía

Todavía me cuesta creer que todo esto esté pasando de verdad. Un torbellino de acontecimientos paralelos: al otro lado de la ciudad, Natali descorcha una botella de champán celebrando la infiltración de su agente en un nuevo territorio; Artem saca de debajo de la cama sus manuales universitarios de interpretación, preparándome un curso exprés de "Cómo fingir ser una enamorada idiota y no morir de aburrimiento"; en la oficina central, el equipo del mismísimo Skyler trama un plan de gran mentira para los fans. Y yo… yo estoy en medio del salón de su casa sin saber dónde meterme.

Esta sala es tan grande como el gimnasio de un colegio. Solo que aquí no huele a sudor ni a zapatillas usadas, sino a un caro perfume ambiental, algo parecido a una mezcla de brisa marina, cuero y sándalo. Techos altos, muebles lujosos, mármol en el suelo… Por más que me irrite Skyler, tengo que admitir que tiene un gusto exquisito. Yo misma no me negaría a vivir en una casa así.

Alto. ¡Si es que ya voy a vivir aquí! Y la renta la pagaré con mis neuronas.

—Entonces… ¿me vas a llevar a mi habitación? —le pregunto, rompiendo un silencio que ya dura varios minutos.

Skyler asiente.
—Vamos. Está en el segundo piso, subiendo las escaleras y luego al fondo del pasillo —baja la mirada hacia mi maleta—. Y cuidado con ensuciarme la alfombra con las ruedas.

Él va delante y yo, a propósito, arrastro la maleta sobre esa alfombra blanca. ¿Quién compra algo así? ¡Es completamente impráctico! Lo mismo que esas escaleras de diseño sin barandillas: recé todo el camino para no caerme ni dejar caer mis cosas. Si al menos Skyler

me hubiera ayudado a subir la maleta… pero claro, una estrella no va a ofrecer ayuda a los simples mortales.

—Para que lo sepas, no vine aquí por voluntad propia. Cuando acepté este trabajo no sabía que una de las cláusulas del contrato incluía vivir juntos.

—En ese caso, habrá que añadir al contrato las reglas de mi casa. Si vives aquí, tendrás que cumplirlas.

—¿Reglas? —repito.

—Sí —Skyler se detiene frente a la puerta de una habitación en la esquina—. Primera regla: silencio. Trabajo de noche y necesito dormir bien. Nada de secador, nada de música, nada de batidoras con tu smoothie mañanero.

¿Smoothie? ¿Acaso tengo pinta de desayunar smoothies?

—¿Y unos huevos fritos, al menos?

—No. En mi cocina solo se puede preparar café. No quiero que la casa huela a comida.

—¿Y qué comes, entonces? Oh, espera, déjame adivinar: bebes la sangre de tus fans.

Skyler ni se inmuta.
—Correcto. Aunque no pienso beber la tuya, tiene demasiado colesterol.

—Además, yo no soy fan —añado—. Pero hablando en serio, ¿qué comes?

—Cada mañana me traen un menú balanceado para todo el día. Le diré a Vadim que lo duplique. Quizá al principio te cueste acostumbrarte a la comida sana, pero al final será bueno para ti.

—Qué pena, me encanta cocinar…

—Ya se nota —rueda los ojos—. Siguiente regla: minimizar nuestros encuentros. Como ves, la casa es lo bastante grande para perderse

en ella. Haz lo posible por no cruzarte conmigo hasta que yo te llame.

—De acuerdo —asiento—. Tengo la misma exigencia.

—Siguiente: no tocar nada, no mover nada, no sacar nada de la casa. Mis cosas son un santo grial, ¿entendido? Si las tocas, las profanas. En el ala izquierda, junto a la piscina, está el gimnasio. Puedes usarlo cuando yo no esté. Pero la piscina es zona prohibida.

—¿Por qué?

Skyler me mira con un desprecio que me hace sentir como una mancha de kétchup en una camisa de marca.
—Porque si nadas, provocarás un tsunami. ¿Te sirve esa respuesta?

—No. Pero ya entendí que de ti no hay que esperar nada sensato —trato de esquivarlo para entrar por fin en mi habitación—. ¿Esas son todas las reglas?

—No traer invitados. No fumar. No hacerme fotos sin permiso. No mascotas —enumera con los dedos.

—¿Respirar se puede?

—Se puede.

—¿Y tirarme pedos?

Sus ojos se abren como los de un pez fuera del agua.

—Solo me estoy asegurando de no romper ninguna de tus reglas —me defiendo.

—Vadim te hará un recordatorio y lo colgará junto a tu cama —por fin se aparta a un lado—. Espero que hoy ya no nos volvamos a ver.

Estoy colocando mis cosas en los estantes del armario vacío. Al mismo tiempo, con el teléfono sujeto entre el hombro y la oreja, hablo con Artem. En susurros, para que Skyler no me escuche.

—Es punzante como un cactus, amargado y egocéntrico —me quejo —. Esperaba que solo fuera una máscara para el público… una

especie de mecanismo de defensa, pero no. Skyler es una astilla en el trasero. Compadezco a todos los que tienen que trabajar con él.

—Pero tenéis que encontrar un punto en común.

—Lo sé… Por eso no le planto cara como se merece. De momento aguanto.

—Exige que te paguen un plus por el desgaste de nervios. Un bono para ansiolíticos.

—En realidad ya me van a pagar bastante bien. En un mes aquí voy a ganar más que en dos de mis trabajos en todo un año. Pero… probablemente no acepte ese dinero.

—¿Quéee? —la voz de Artem se eleva dos octavas por la sorpresa.

—Porque sabes cuál es mi objetivo aquí. No puedo aceptar un dinero que no me he ganado. El propósito final no se cumplirá, porque gracias a mí todos descubrirán la mentira.

—Una cosa no quita la otra.

—Sí la quita.

—Skyler no se va a arruinar. Y si quieres ser tan noble, dona ese dinero a caridad.

—Eso también es verdad…

Artem bosteza al teléfono.
—Me voy a dormir, que mañana me espera un día duro: tres cumpleaños infantiles. Espero sobrevivir…

—Anda, descansa. Te escribiré si tengo oportunidad.

—Te espero. Y, Mía…

—¿Qué?

—No dejes que tu conciencia lo arruine todo. Tómatelo como una misión periodística: estás preparando un material de lujo. Piensa solo así.

—Claro. Gracias.

Dejo el teléfono y me dejo caer en la cama. Tengo la cabeza hecha un torbellino. Demasiada información, demasiadas contradicciones. Estoy alegre, asustada y nerviosa al mismo tiempo. No sé cómo sentirme respecto a este nuevo trabajo. Necesito tiempo para aclararme.

No tengo sueño, además no estoy acostumbrada a acostarme tan temprano: apenas son las ocho de la tarde. Nadie piensa en entretenerme, mucho menos en darme de cenar. Decido salir de exploración. Me haré mi propia visita guiada por la casa y, de paso, buscaré algo comestible. Skyler debe tener alguna reserva escondida —al menos unos bombones para acompañar el café.

Entorno la puerta y asomo al pasillo: despejado. De puntillas, me lanzo a investigar el segundo piso. La habitación de al lado parece una biblioteca, pero en vez de libros hay vinilos y discos de videojuegos. Nada interesante. Avanzo y pruebo el pomo de otra puerta: cerrada. ¿Qué habrá ahí? ¿Secretos? ¿Comprometedoras pruebas? Me marco como objetivo entrar cuanto antes.

Al salir al pasillo calculo mal y casi tiro un enorme jarrón. En el último momento meto el pie para que no ruede y se rompa contra el suelo. Uf… el susto me deja sin aliento. Solo imagino la furia de Skyler si en mi primer día le rompo algo de su casa.

Recupero el aire junto a una ventana abierta. Aspiro la brisa fresca de la tarde… Qué raro. Aquí, en el barrio de los ricos, hasta huele distinto. No a asfalto caliente, humo ni polvo, sino a pinos, flores y agua de piscina. Bajo la vista y la veo… Cuando Skyler habló de piscina no mencionó que tenía el tamaño de un océano. ¡Maldita sea, aquí se podría practicar esquí acuático!

Se me abre la boca de asombro. Y justo en ese momento, cuando me asomo fascinada, Skyler se acerca al borde. Se quita la bata de seda y queda en bañador. Los focos del jardín resaltan cada músculo de su cuerpo. Exacto, como en el escenario, cuando a petición de las fans se quita la camiseta y se luce medio desnudo. No me gusta su físico. Prefiero hombres más fornidos, aunque tengan barriga en vez

de abdominales, pero con fuerza y energía. En Skyler solo se percibe vanidad de gimnasio.

Recién noto que no tiene ningún tatuaje… Extraño. Rompe por completo con su imagen. Los chicos que llevan cazadoras de cuero, vaqueros rotos y un piercing en la ceja suelen estar cubiertos de tatuajes de pies a cabeza. La verdad, yo misma me hice una mariposa en el trasero apenas me mudé a Kiev.

Skyler se lanza al agua como un delfín. Baja hasta el fondo, nada por debajo y emerge justo frente a mi ventana.

—¿Espiándome, Cenicienta? —pregunta, clavándome la mirada.

Me sonrojo. ¿Por qué? Ni idea.
—¡No! Solo… respiraba.

—Pues, por favor, respira en otra ventana.

Me entran ganas de soltarle algo hiriente. Incluso tengo ya las palabras en la punta de la lengua, pero Skyler vuelve a sumergirse y se aleja nadando.

Mejor. Así sé que por los próximos diez minutos no estará en casa y puedo seguir explorando. Mi instinto de supervivencia me arrastra a la cocina. Bajo por esas escaleras asesinas. Aprovechando que nadie me ve, bajo de lado como un cangrejo, agarrándome a la pared con las dos manos.

Al llegar a la cocina me invade otra ola de asombro. ¡Es un crimen no cocinar aquí! Superficies de mármol, electrodomésticos de lujo, vajilla de todos los estilos… Cierro los ojos e imagino las maravillas que podría preparar. Y el frigorífico… una obra de arte: enorme, con puerta espejo, dispensador de hielo que cae directamente en el vaso. ¿Y para qué tener semejante belleza si no hay nada que meter dentro? Abro las puertas y solo encuentro unas cuantas latas de energéticos con la cara de Skyler en la etiqueta. Reviso el congelador y… ¡bingo! Una tarrina de helado. Estiro la mano…

—¡Lo sabía! —suena detrás de mí.

Pego un salto, como ladrona pillada in fraganti. Cierro de golpe el congelador y me giro despacio. Skyler sigue en bañador, pero ahora además está empapado. Ni se molestó en ponerse una toalla. Chorros de agua le resbalan por el cuerpo, formando un pequeño charco en el suelo.

—¿Qué sabías? —pregunto, enderezando la espalda y reuniendo mis restos de dignidad.

—Que ibas a husmear.

—Solo buscaba algo para picar…

—La comida será por la mañana. Ya lo dije.

—¡Pero queda toda una noche por delante! ¿Puedo al menos hacerme un té? Si quieres, descuéntalo de mi sueldo. Pero no voy a dormir con el estómago vacío.

Skyler suspira pesadamente. Recorre los estantes con la mirada y al final asiente.
—Está bien. Ya inventaré algo. Pero siéntate —me señala la silla del comedor— y no toques nada más. ¿De acuerdo?

Asiento con la cabeza.

Capítulo 6

Me siento a la mesa. Pongo las manos juntas, dócil, como una niña de primaria en su pupitre. Solo que, en vez de una maestra, frente a mí está un cantante medio desnudo, en bañador mojado, hurgando en los armarios de su propia cocina con la cara de alguien que nunca los ha abierto antes.

—No entiendo cómo se puede vivir sin nada de comida en la despensa. ¡Hasta en los hoteles hay minibares con chocolatinas y frutos secos! —no me aguanto—. Deberías tener al menos un mínimo de provisiones…

—¿Para qué?

—Por si acaso. Imagina que empieza una epidemia y cierran todos los supermercados. ¿O un cataclismo natural? ¿Un accidente? Tú acabarías en la lista de víctimas no por estar en el epicentro, sino porque no tenías cómo sobrevivir en casa.

Skyler se gira.

—Mía, si ocurre una catástrofe, yo seré el primero al que rescaten.

No esperaba otra respuesta.

—Claro. Tú eres el ombligo del mundo.

—Al fin reconoces con quién tratas —sonríe, satisfecho.

Saca un bote enorme de plástico, desenrosca la tapa y mide dos cucharadas de un polvo raro.

—¿Qué es eso? —pregunto.

—Un batido de proteínas. Espero que calme tu hambre voraz —echa el polvo en un shaker, añade agua y lo agita hasta que hace espuma. Luego lo sirve en un vaso e incluso le pone pajita—. Proteína pura.

Huelo el brebaje con desconfianza. Huele como un batido de leche con soja y legumbres.

—¿Lo vas a beber o no? No pienso quedarme contigo media noche.

—Pues no te quedes —me encojo de hombros—. Soy una chica grande. No necesito niñera.

—Sí, para que en cuanto me vaya empieces a rebuscar otra vez. Seguro que ya echaste el ojo a algo que podrías robar… No quiero que Vadim tenga que recorrer los empeños para recuperar mis cosas.

—¿Estás intentando insultarme ahora?

—No. Solo que no confío en ti. Y tengo todo el derecho.

Respiro hondo. Vamos, Mía, no te alteres. Contrólate: es trabajo.

—¿Puedo saber por qué? —pregunto lo más educada posible—. ¿Acaso tus agentes no hicieron un dossier sobre mí? La baronesa de oro revisó personalmente mi biografía.

—¿La baronesa de oro?

—La mujer con tantas joyas encima.

—Ah… ¿Karina? —sonríe por primera vez con sinceridad—. Sí, me mandó un archivo sobre ti. Lo leí… Nacida en un pueblo, graduada en Filología en la facultad de Pedagogía, contratada como limpiadora en nuestra oficina. Más aburrido, imposible.

Habría sido más divertido si allí pusiera que antes de entrar en la oficina pasé una entrevista como periodista. Todavía le agradezco a Natali que creyera en mí. Siempre soñé con el periodismo, pero mis padres no podían pagar esa facultad, así que elegí la más barata y cercana. Al fin y al cabo, lo importante para un periodista es saber recopilar información y contarla bien, y eso yo lo hago tan bien como cualquiera con título.

—Pero ahí dice que nunca has tenido problemas con la ley. Que no tienes enfermedades, ni siquiera hereditarias. Ni fumas. Vamos, que

eres una persona normal y se te puede confiar. ¿O crees que mi equipo es tan idiota como para poner en un papel tan delicado a alguien de la calle?

En realidad sí lo son, pero no necesitan saberlo todavía.

Skyler vuelve a escrutarme con la mirada. Tan concentrado que me da un poco de miedo. Esos ojos parecen rayos X. Se me eriza la piel…

—Bebe el batido —empuja el vaso hacia mí.

Doy un sorbo.

—Sabe… horrible —confieso—. Me das pena, si tienes que alimentarte de esta porquería.

—¡Apiádate de ti! —frunce el ceño, dolido—. Esta "porquería", como la llamas, me ayuda a mantener la línea y no engordar.

—Un par de kilos de más no te harían daño.

—Y no diría que tú eres una experta en nutrición.

—Soy experta en comida rica. Si te portas bien, hasta te cocinaré algo. A ver si así se te suaviza el carácter…

—Ya soy bueno. Solo que no contigo.

—¿Y con quién? Me encantaría ver a la persona a la que no le contestas mal…

—¿A quién le he contestado mal? —pregunta, como si acabara de descubrir América.

—¡A todos! Y todo el tiempo. Te veo a menudo en la oficina. Tratas a la gente como si fueran tus criados. Como de segunda categoría. Nunca te he oído decir "gracias" ni "por favor".

—Seguro que sí lo he dicho.

—Y si lo dijiste, fue con sarcasmo. No de verdad.

Skyler apoya las manos en la mesa, inclinándose sobre mí como una nube de tormenta.

—Acábate el batido y lárgate a tu cuarto —gruñe. Está claro que sus nervios están al límite.

Me levanto.

—Bébetelo tú mismo —vierto su "obra culinaria" en el fregadero—. Maleducado.

Ahora, para quedarme con la última palabra y salir con todo el efecto posible, tengo que subir esas malditas escaleras y no tropezar. Enderezo la espalda, levanto la barbilla y camino como una reina. Por dentro solo rezo para que las piernas dejen de temblar.

—¡Estás despedida! —grita Skyler—. ¡Haz las maletas y lárgate de aquí!

Mierda.

Esta vez la última palabra, al final, fue suya.

Mi primera reacción fue de alivio. Todo este montaje me había parecido desde el principio una mala idea. Espiar y vender información es una cosa; mentir en público, fingir amor hacia alguien que no puedes ni ver, es otra muy distinta.

Mi reacción siguiente fue de decepción. No pude. No aguanté ni un día. Mi tiempo en el puesto: tres horas. Récord absoluto en negativo. Hm… ¿o quizá Skyler quería solo satisfacer su ego y espera que yo le suplique que me quede? No va a ocurrir.

—Está bien —asiento, sin mostrar demasiadas emociones.

Vuelvo a hacer la maleta. La lleno como un tetris humano. Al mismo tiempo llamo a Natali para darle la mala noticia. Como siempre, no coge. Seguro que va camino a casa. Dejo un mensaje para que me devuelva la llamada cuando pueda. No le aviso a Artem: que sea una sorpresa. Sé que se alegrará de que vuelva.

Otra vez la maleta por las escaleras. Bajarla es aún más duro que subirla.

—¿No quieres que te ayude? —le pregunto a Skyler, que me observa tumbado en el sofá.

—Si la has subido tú sola, bájala tú sola.

—No esperaba otra cosa…

—Entonces, ¿para qué preguntaste?

Aprieto los dientes. Quedan diez peldaños. Alzo la maleta y doy un paso… pero el pie no encuentra firmeza. Me caigo. Intento salvarme, agito los brazos como un pájaro enloquecido, pero ya es tarde: la maleta cae sobre mí y yo al suelo.

—¡Diablos! —se incorpora Skyler—. ¿Estás viva? ¡Menudo estruendo! Parecía que alguien hubiera tirado un armario desde el segundo piso.

Quisiera responder, pero todo mi esfuerzo se va en no romper a llorar del dolor. Solo le hago un gesto señalando la maleta, que me dejó aplastada contra el suelo.

—Ah… —por fin cae la ficha—. ¿Puedes levantarte?

Niego con la cabeza.

—¿Puedo quedarme un rato más en el suelo? —mi voz tiembla—. Veo como manchas negras delante de los ojos…

Me siento como una mosca aplastada con el periódico. Muevo los dedos de las manos y puedo. Buena señal: al menos no hay fracturas. Los codos raspados y los moratones habrá que cubrirlos… Nunca he aspirado al título de "Miss Gracia", pero hoy mi torpeza se luce como nunca.

—¡Ni se te ocurra morirte en mi casa! ¿Entendido? —el miedo asoma en el rostro de Skyler—. Voy a llamar a una ambulancia.

Un calambre me recorre el cuerpo.

—No hace falta la ambulancia —ruego—. Solo descansaré un poco y me iré.

—¿Y si tienes un traumatismo craneal? Podrías perder el conocimiento camino a casa.

—¿A ti qué te importa? Lo importante es que no sea en tu casa.

—Aun así, llamaré a los médicos… —saca el móvil.

—¡No! —me incorporo con lentitud, tambaleante—. No quiero médicos, por favor. Ya me encuentro mucho mejor.

Los labios de Skyler se curvan en una mueca que no sé si es amarga o divertida.

—¿Tienes miedo? —pregunta, ladeando la cabeza—. ¿De verdad?

Bajo la vista. Me ha pillado.

—Todo el mundo tiene miedos. No es algo gracioso.

—Pero los médicos…

—Tengo mis motivos para temer a los médicos, ¿vale?

—¿Cuáles? —pregunta, curioso.

—De pequeña pasé mucho tiempo en hospitales —no sé por qué se lo cuento—. Mi padre estuvo enfermo mucho tiempo. Iba a verlo después de clase, me sentaba en un rincón de la sala y observaba a las enfermeras indiferentes, a los cirujanos corruptos que no operaban si no les dabas dinero, a los celadores que gritaban como locos si pisabas el suelo recién fregado. Desde niña odié todo aquello. Y ahora cada visita al médico me devuelve a esos días en que mi padre estaba postrado en la cama.

Me doy cuenta de que me avergüenzo: era un secreto. Solo lo sabían mi madre y Artem.

—¿Está bien ahora? —la voz de Skyler suena algo más suave—. ¿Tu padre?

—Murió. Nunca llegó a salir del hospital.

—Oh… —guarda el móvil. Le agradezco el gesto—. Lo siento. Es… triste.

Ajusto el dobladillo del vestido para cubrir la rodilla raspada. La espalda me duele, pero en general estoy bien. Podía haber sido peor. Cojo la maleta y me apoyo en ella como una anciana en sus andadores para llegar a la puerta.

—Creo que deberías quedarte —oigo de pronto desde atrás.

—No me apetece.

—Si tienes miedo de subir de nuevo la escalera, puedes dormir en el sofá. Te traeré ropa de cama limpia… y quizá un botiquín. Ah, y tengo hielo para el golpe en la pierna.

Se me queda el cuerpo paralizado por la sorpresa.

—¿De dónde tanta bondad? —pregunto. Ahora mismo no me apetece recorrer otra hora y media hasta el otro extremo de la ciudad. Me vendría de perlas quedarme y dejar que el cuerpo descanse tras la descarga de adrenalina.

—No quiero sentirme culpable si te pasa algo camino a casa —tras un segundo de debilidad su voz vuelve a su habitual altanería—. Mejor que te quedes aquí, bajo mi supervisión.

—Qué tierno.

—¿Te vas a quedar o no? —se impacienta.

El móvil vibra en mi bolsillo: Natali ha debido notar mis llamadas perdidas. Si mi jefa supiera que he tenido la ocasión de pasar la noche en casa de Skyler y no lo he hecho, me echaría de la escalera otra vez. Hay que aprovechar cualquier oportunidad de recabar más información.

—Bueno, está bien. Me quedaré, si tanto lo quieres —respondo, rechazando la llamada de Natali.

Capítulo 7

Skyler

Mi sueño vuelve a ser interrumpido por Vadim. No logro entender la mayor parte de sus palabras, porque aún no me he despertado del todo. Su voz suena como los chillidos de una gaviota. Y, a juzgar por lo asustada que está esa gaviota, otra vez tengo algún problema.

—¿Qué demonios haces en mi dormitorio? —murmuro, obligándome a abrir los ojos—. ¿Nunca oíste hablar de la privacidad? ¿Y cómo entraste a la casa? Te dije que la copia de la llave era solo para casos de emergencia.

—Me abrió Mía.

—Ah… cierto. ¿Todavía está aquí? —me doy la vuelta de espaldas y me estiro. Tengo que llamar al masajista, porque por el estrés de estos días siento una tensión extraña en los hombros.

Vadim se hincha y se pone rojo. Parece que está a punto de explotar de rabia.

—Por el amor de Dios, ¿puedes decirme por qué está llena de moretones? —ruge, inclinándose sobre mí—. ¿Acaso golpeaste a la pobre chica?

—¿Qué?

—De ti me lo esperaba todo, pero esto… ¡Esto sobrepasa cualquier límite! ¡Me niego a cubrirte el trasero! ¡Ya fue suficiente! Tus escándalos en fiestas, tus amenazas a periodistas, tus payasadas en transmisiones en vivo y el desastre en tus redes sociales… todo eso puedo manejarlo llamándolo "puro espectáculo". ¡Pero levantarle la mano a una mujer! —se agarra la cabeza—. Me da vergüenza trabajar para alguien capaz de eso. Me siento cómplice.

Sacudo la cabeza, esperando que eso me despeje un poco y haga que mi cerebro por fin empiece a funcionar.

—¿De qué demonios estás hablando?

—¡De Mía! ¿Crees que no vi los moretones? Esto es un escándalo… ¡un escándalo mayúsculo!

¡Ah, con que de eso se trata! Agarro la almohada y se la lanzo a Vadim.

—¡Así que eso es lo que piensas de mí!

—Solo digo lo que vi.

—¡Antes de hablar, deberías encender la lógica! ¿Acaso tengo pinta de tirano que golpea mujeres?

—Bueno… si soy completamente sincero… un poco sí.

Le tiro otra almohada y alargo la mano hacia el candelabro de la ventana, que también podría volar enseguida.

—¡No le pegué a Mía! Simplemente se cayó por las escaleras. ¡Sin mi ayuda!

Vadim al fin se calla. Retrocede hasta la puerta, desviando la mirada con culpa.

—Ya veo… Está bien —murmura para sí mismo—. Entonces podemos volver al trabajo… Tenemos montones de asuntos pendientes.

—¡Primero me acusas y ahora actúas como si nada hubiera pasado! ¡Si crees que voy a perdonarte así como así, te equivocas! ¡Ya estoy ofendido!

—¿Y qué más podía pensar? Ayer pasaste el día entero gruñendo y bufando. Y esta mañana veo a Mía llena de moretones. La conclusión era obvia —farfulla—. Pero me alegra haberme equivocado. Así que prepárate: desayuna rápido y nos vamos a la oficina. Hay que grabar tu mensaje a los fans cuanto antes. Karina ya lo tiene todo listo.

Asiento. Las vacaciones se acabaron. Es hora de volver a la vida habitual, en la que cada minuto está planificado con una semana de antelación. Empiezo a vestirme, y de pronto me detengo, sin llegar a abrocharme los vaqueros.

—Hay un problema —recuerdo.

—¿Qué más ahora?

—No tengo novia. Hay que buscarle un reemplazo a Mía.

—¿Por qué? ¿Después de la caída por las escaleras ya es "inservible"?

—Lo era desde el principio. Por eso… por eso ayer la despedí.

A Vadim se le dilatan otra vez las aletas de la nariz.

—¡No puedes despedir a alguien que no contrataste! —gimotea. Da la impresión de que está a punto de ponerse a llorar.

—Claro que puedo. Le pago yo, así que el empleador soy yo. Y si quiero, la despido. A ti también podría despedirte, por cierto.

Vadim da un paso al frente y cierra la puerta tras de sí.

—No vamos a encontrar a una chica mejor. Con Mía ya escribieron una historia de amor perfecta y creíble. Tan buena que ni sus colegas limpiadores podrían desmentirla. Escucha nada más… —saca de su bolsillo una pequeña libreta.

—¡No, escucha tú! Necesito una chica más… dócil. Una que me obedezca. Y esta… demasiado terca. Tiene opinión propia y no le interesa escuchar otra.

—Mira quién habla… ¡igual que tú! —suspira Vadim.

—Aunque así fuera. En una pareja deben existir los opuestos, ¿no? Yo dicto las reglas y ella obedece. Esa es la receta de la armonía. De lo contrario, habrá caos.

—Espera… ¿tienes miedo de no poder con ella? ¿Es demasiado para ti?

—¡Tonterías!

—Oh… lo adiviné. Estás acostumbrado a que todas las mujeres recen frente a tu retrato. Y ahora llega Mía con su indiferencia… Eso te toca el ego, ¿verdad? Te gustaría tener a otra fan histérica que

muera de felicidad lavando tus calcetines sucios. Pero eso no va a pasar. La apuesta es demasiado alta, y justamente por eso la sensatez y el temple de Mía son un enorme punto a favor. Hará su trabajo sin ilusiones y sin crear problemas.

Por supuesto que no se lo admitiré, pero en sus palabras hay un grano de lógica. Una vez tuve la imprudencia de salir con una fan… Al día siguiente contó al mundo entero que éramos pareja y que ya planeábamos boda. Incluso publicó una encuesta en Instagram para elegir nombres a nuestros futuros hijos. El recuerdo aún me hace estremecer. Apenas logré librarme de ella. Me costó buena parte de mis nervios y unos cuantos billetes extra para Vadim, que consiguió eliminar todas nuestras fotos de las redes.

—Pero Mía no pareció muy afectada cuando escuchó lo de su despido —recuerdo su reacción de ayer—. Aunque le pidas que se quede, puede que no acepte.

Vadim aprieta los dientes. Cuando se enfada, se pone rojo como un tomate.

—No seré yo quien se lo pida. ¡Serás tú! Haz lo que quieras —ponte de rodillas si es necesario—, pero dentro de una hora los dos tienen que estar en la oficina.

—¿Y ahora quién se cree el jefe? —mi paciencia también tiene un límite—. ¿Olvidaste quién manda aquí?

—No serás mi jefe por mucho tiempo si no recuperas tu popularidad. Y para eso necesitas a Mía. Por favor, Skyler. Solo una vez haz lo que la situación exige.

Maldita sea. ¿Humillarme delante de la limpiadora? Más bajo no se puede caer.

—Está bien —suspiré—. Hablaré con ella. Tráela aquí.

Vadim abre la boca como si quisiera añadir algo más, pero al final suspira con pesadez y se arrastra hacia el salón. Yo repaso mentalmente mi discurso para Mía. Tiene que sonar amable pero al mismo tiempo contenido, de modo que ella no sienta que tiene la

ventaja y yo no quede como un idiota. Me quedo con la opción: "Está bien, puedes seguir trabajando" — breve, claro y sin detalles innecesarios.

—¡No está aquí! —grita Vadim—. ¡Ya se fue! ¡Maldición…!

Me pongo la camiseta a toda prisa.

—¡No pudo ir muy lejos! —respondo mientras corro hacia él—. Tiene una maleta enorme y la pierna lastimada. Aún podemos alcanzarla.

Salimos juntos disparados de la casa. Abrimos la verja y, de pie en la calle, miramos en todas direcciones.

—¿Ves algo? —pregunto, llevándome la mano a los ojos para protegerme del sol.

—No… Quizá tomó un taxi. Pero no pasa nada —saca las llaves del coche del bolsillo—. Conozco su dirección. Vamos directo allí.

—¿Y si vas tú solo?

—¡Skyler!

—Solo preguntaba…

Nos subimos al coche. Vadim me lanza unas gafas oscuras y me escondo detrás de ellas, aunque este disfraz solo sirve para tranquilizarme a mí mismo. En realidad, me reconocen con facilidad. No quiero que mis fotos matutinas acaben en la red: con cara de sueño, sin lavar y desaliñado. Ya me imagino el titular: "El aspecto de Skyler confirma la fuerte depresión tras los últimos acontecimientos".

—Mira qué rápido huyó de ti… —murmura Vadim, concentrado en la carretera—. Felicidades, causaste una impresión fantástica en la chica.

—Ella no causó mejor impresión. Lo único que escuché de su boca fueron quejas. Que si la cocina vacía, la comida mala, el batido de proteínas horrible, las escaleras estúpidas… Es imposible complacerla.

—¿Y lo intentaste acaso?

En lugar de responder, me giro hacia la ventanilla. Paso todo el trayecto evitando la mirada de Vadim, observando la calle, los transeúntes que se apresuran al trabajo o salen del metro en masa, y sintiendo cierta envidia. A veces también quisiera ser una persona anónima y no pensar en reputación, entrevistas y periodistas.

Pero luego recuerdo cuánto gano, y se me pasa enseguida…

—Da la impresión de que estamos saliendo de la ciudad —comento cuando el paisaje se vuelve más gris y los rascacielos de vidrio son sustituidos por barrios viejos.

—Mía, igual que tú, vive en las afueras.

—Pero sus afueras parecen deprimente… No me gustaría estar aquí de noche.

Entramos en los patios.

—Debe de ser por aquí… —Vadim revisa la dirección en su libreta.

—¡Mira! ¡Un taxi! —ni siquiera sé por qué me alegra tanto—. Y ahí está ella.

Un coche verde de gama baja se estaciona justo delante de nosotros. En el asiento trasero veo a Mía. Paga al conductor y baja para sacar de la cajuela su maleta gigante.

—¡Tu turno! —Vadim me da un empujón—. Muéstrate en tu mejor versión.

—¿No vienes conmigo?

—No.

—¿Ni siquiera para darme apoyo moral?

—No. Te las arreglarás solo.

—¿Y si…?

—¡Skyler!

—Está bien, ya voy… pero no garantizo nada.

Abro la puerta y piso la acera. Instintivamente me aseguro de que no haya fans histéricas ni paparazzi cerca. Nada. Solo unas abuelas en los bancos y unos niños pequeños en el arenero, demasiado chicos para saber de música y convertirse en mis seguidores.

Camino despacio, retrasando el momento inevitable, y me acerco a Mía. Paso directo a la acción: la ayudo con la maleta. Eso debería conmoverla.

—¡Joder! —exclama ella en lugar de agradecer—. ¿Qué haces aquí? ¿Me estás siguiendo?

Dejo la maleta en el suelo y le indico al conductor que puede irse. Luego examino a Mía de arriba abajo. Hm… realmente se ve fatal. Los moretones y rasguños de ayer se han hinchado, más marcados y visibles.

—Pensé que… tu despido fue prematuro.

—Pues no —se sacude la mano—. Estoy perfectamente así.

—¡Pero yo no lo estoy!

—¿Y qué?

—Debemos intentarlo otra vez. En toda relación, incluso en una ficticia, hay dificultades. No quiero que estas dificultades sean más fuertes que nosotros.

Quedó magnífico. Suena tan bien que merece un libro de citas. Pero Mía solo pone los ojos en blanco.

—Hay relaciones que no vale la pena salvar. Lo mejor es romperlas a tiempo —responde, tirando de la maleta para quitármela.

—¡Mía! —mis nervios ceden. Trato de controlarme, pero la motivación de pedirle que vuelva se derrumba con cada segundo—. Karina nos espera. Tenemos mucho trabajo.

—No es mi problema —tira con más fuerza de la maleta, y apenas consigo sujetarla—. Te comportaste como un imbécil. Intentaste

humillarme a cada rato. Eso no está en el contrato, y no tengo por qué soportarlo.

Quiero protestar. No recuerdo cuándo intenté humillarla. No fue así. Pero para no agravar el conflicto, decido ignorar esas acusaciones injustas. En su lugar, respiro hondo y, al exhalar, suelto:

—Perdón. No volverá a pasar.

Es un golpe directo a mi ego. Siento un dolor físico de lo desagradable que resulta.

—No te creo.

—Por favor —otro golpe. No aguantaré mucho—. Te necesito. Quiero recuperar mi popularidad. Quiero actuar, quiero ser invitado en programas de televisión y en fiestas…

—Y yo quiero respeto.

—Lo tendrás. Todo el que quieras.

—Y la cocina. No pienso comer tu pienso.

—Está bien. Puedes cocinar, siempre que mantengas la limpieza y el orden.

—¿Y la piscina?

—Negativo —respondo, y al instante me arrepiento porque ella se da la vuelta y cojea hacia el edificio—. ¡Quiero decir, sí! Nada en la segunda mitad del día. La mañana es mía. Es justo.

Ella se gira lentamente.

—Y tampoco pienso vivir en el segundo piso. No pondré un pie en esas malditas escaleras otra vez. Después de la caída de ayer desarrollé vértigo.

Me cuesta contener la risa.

—Bueno… desde el principio te propuse mudarte al sótano…

—¡Quiero el dormitorio del primer piso! —declara con un tono que no admite discusión—. Me mudaré ahí.

—¡Pero ese es mi dormitorio! ¡No viviremos en la misma habitación! ¡Eso ya es demasiado!

—Tú te mudarás temporalmente al segundo piso —se encoge de hombros.

—¿Estás loca?

—Solo expongo mis condiciones. Tú decides.

—Pero… pero… —me falta el aire. La indignación me ha dejado sin palabras sensatas, en mi cabeza solo quedan maldiciones. Ha osado tocar lo sagrado—. Tú no…

Vadim toca el claxon, indicándome que me dé prisa.

Maldita sea. Esta Mía se supone que debía salvarme la vida, pero lo único que hace es complicarla más.

—Está bien —gruño entre dientes—. Te cedo mi dormitorio. ¿Ahora subirás al coche? Llegamos tarde.

Ella me lanza una sonrisa dulce. Si no fuera por mi aversión absoluta, hasta podría parecer encantadora.

—¿Y por qué seguimos perdiendo el tiempo? Tenemos mucho trabajo —responde y, dejándome la maleta, se va directa al asiento delantero junto a Vadim. A mi lugar.

Capítulo 8

Mía

¿Contenta de haber recuperado el trabajo? Ni idea… Por un lado ya me había resignado a que ningún ascenso en periodismo світитиме мені. Por otro… me gustó ver a Skyler desarmado. Por un instante sentí que tenía poder sobre él. Sobre un millonario, una estrella, el ídolo del país. Supongo que eso fue lo que me hizo cambiar de opinión. En fin, veremos si ese poder me da gusto en los próximos días.

Entre los gruñidos de Skyler (se pasó todo el camino exigiendo café) llegamos al distrito de negocios. Es la primera vez que voy al trabajo con tanta comodidad: coche con aire acondicionado, asientos de cuero, y al volante un hombre en traje caro que huele como embajador del desodorante Old Spice. Si me hubieran pedido ser la novia de Vadim, lo habría hecho gratis y a largo plazo.

—Hemos llegado —dice, aparcando junto a la salida de emergencia —. Subirán por el ascensor de servicio para no cruzarse con el personal antes de que los maquilladores tapen los golpes de Mía.

—¡Yo no la golpeé! —retumba desde el asiento de atrás—. ¿Cuántas veces tengo que repetirlo?

—Nosotros lo sabemos; los demás, no. Así que evitemos provocaciones extra. Ya tenemos suficientes.

—De acuerdo —asiento.

—Y eso… Empiecen a comportarse como pareja. Su función comienza en cuanto pisen la calle.

No lo veo, pero siento con la nuca que Skyler pone los ojos en blanco.

—Suerte para todos —digo para el conjunto, porque sé que el equipo de Skyler tendrá que trabajar esta mentira tanto como nosotros dos.

Vadim baja primero. Luego Skyler. Yo me demoro, esperando a que al fin al idiota se le ocurra abrirme la puerta. En lugar de eso, aporrea impaciente el cristal con los nudillos.

—¿Te quedaste dormida ahí o qué?

No queda otra: hay que admitir que las buenas maneras y Skyler no son compatibles. No le envidio a su futura novia de verdad.

—Deberías abrirme la puerta —susurro, bajando la ventanilla—. Acostúmbrate a los gestos bonitos.

—¿Y de tu lado hay gestos bonitos previstos?

—Claro. Por ejemplo, voy a disimular el asco mientras te agarro de la mano —salgo y, al ponerme a su altura, entrelazo nuestros dedos—. Porque así caminan los enamorados.

—Esto es un jardín de infancia —bufa, intenta apartar la mano, pero no lo dejo—. Nunca he ido así con nadie. No me gustan los tocamientos de extraños.

—A la persona amada no se la considera extraña. Apúntate este dato sobre el comportamiento del homo sapiens normal, al que tú todavía no has evolucionado. Cuando amas a alguien, no solo quieres agarrarle la mano las veinticuatro horas: quieres literalmente devorarlo de lo mucho que te atrae.

—Tú siempre queriendo devorar algo.

No respondo, pero aprieto más su mano para añadir incomodidad. Así entramos en la oficina. Por suerte no nos cruzamos con nadie hasta llegar al piso indicado. Ahí está la recepcionista: parpadea, guarda silencio y abre la boca, luchando contra las ganas de gritar de sorpresa. No sé si es la mirada severa de Skyler o su profesionalidad, pero logra forzarse a soltar el saludo de manual y no hace la foto con el móvil que ya tenía en la mano.

—¿No lo sabías? —le dice Vadim en un susurro hecho para que lo oigamos—. Llevan tiempo juntos.

A duras penas contengo la risa. Skyler, en cambio, se tensa hasta el último poro. Ahora parece un pavo enfadado.

—Por salvar mi reputación de cantante, voy a perder la de sex symbol —murmura.

—Diría que lo siento, pero me da igual…

Entramos en la sala de reuniones. He estado aquí mil veces cuando limpiaba, pero hoy no la reconozco. Muebles apartados contra una pared. En una esquina, un sofá con cojines mullidos de colores. Enfrente, un trípode con cámara y, encima, el set de luces. Al otro lado, en el extremo libre de la mesa, han montado un pequeño tocador: maletines con maquillaje, peines y productos para el cabello. Al lado, un perchero rodante con ropa y un biombo pequeño para cambiarnos.

—¿Alguien me compró café? —salta Skyler en cuanto se cierran las puertas detrás de nosotros. Es su modo de saludar a todo un enjambre de profesionales que van a trabajar en nuestros vídeos.

—El café hay que ganárselo —responde el jefe, mi "calvo"—. Si trabajas bien, te dejo ir a comer.

—Se burlan… —El hombre se vuelve hacia mí. Su mirada resbala por mis moratones, pero permanece impasible. Le da igual. Lo importante es que estoy viva y lista para trabajar.

—Gracias por aceptar —asiente apenas—. Espero que sea consciente de la magnitud de su responsabilidad.

—Sí —lo aseguro—. Haré todo lo que esté en mi mano.

—Si Skyler se permite excesos, avise. Tengo palancas para presionarlo.

—¡Oh, por favor! Nos llevamos de maravilla. Él está tan interesado en que esto salga bien como yo.

El calvo suelta una carcajada.

—Miente usted de maravilla. Me gusta. Siga así.

En un instante, Karina se me viene encima. Es rápida como un huracán. Vuela por la sala repartiendo órdenes a todos. Da la impresión de que, en lugar de sangre, tiene bebidas energéticas en las venas.

—Cariño —me apoya en el hombro una mano pesada de tantos anillos—, siéntate a maquillaje. Mientras te ponen a punto, te familiarizas con el texto. No hace falta aprendértelo de memoria: quédate con las ideas clave. Pensaba que hoy solo ensayaríamos, pero mejor no perder el tiempo —señala la cámara—. Ya te hemos abierto un blog; hay que grabar un vídeo para él. Y haremos varias stories que Skyler subirá a su perfil. ¿Lista para convertirte en la nueva estrella?

No. ¿Para qué necesito esto?

—Sí —sonrío—. ¡Lista!

Y así, en mi biografía aparecieron nuevas páginas. Empezaré por lo más interesante: mi encuentro con el futuro amorcito. La historia es simple, banal, pero con un ligero toque de cuento de hadas que encantará a las chicas que aún creen en milagros. En pocas palabras, yo trabajaba de limpiadora en la oficina central, así que me cruzaba a menudo con Skyler. Claro que estaba enamorada de él desde la primera vez que lo vi por la tele, pero me daba vergüenza confesar mis sentimientos. Un día fregué el suelo frente al estudio de grabación y olvidé poner el cartel de "piso mojado". Skyler pasó, resbaló y cayó. Uno de los directores quiso buscar al culpable, descubrió que había sido yo y amenazó con despedirme. Entonces, el noble Skyler no pudo permitirlo. Me defendió y, al ver lágrimas en mis ojos, me invitó a cenar para animarme (¡qué sensible!). Al final de la noche intercambiamos teléfonos… y así empezó todo.

Estamos locamente enamorados. Salimos varios meses, pero mantuvimos la relación en secreto. ¿Por qué? Porque la felicidad ama el silencio. Y la nuestra era tan frágil que hicimos todo lo posible por protegerla de miradas ajenas.

—Siempre estuvo rodeado de supermodelos, cantantes, bellas actrices. Yo entendía que, en comparación, iba a verme gorda y torpe. Pero Skyler me ayudó a amarme a mí misma. Ahora, cuando me miro al espejo, veo a una chica feliz, completamente satisfecha con su apariencia —digo a la cámara, borrando una lágrima falsa—. El amor hace milagros.

Nunca había mentido con tanta desfachatez. En realidad, hay que estar totalmente desconectado de la realidad para comparar a mí, una diosa de la seducción, con alguna sardina seca de fotomodelo. Y más aún después de que me pulieran con maquillaje y un peinado de lujo. Me siento de un millón, y tengo que fingir ser una tontita acomplejada.

—Pues sí… Me costó mucho convencer a Mía de que es la chica más maravillosa de mi vida —añade Skyler—. Mírenla. ¿Acaso no es deslumbrante?

—Gracias, cariño —le lanzo un beso al aire, porque uno real me daría náuseas.

—No diré que todo fue siempre fácil. Recuerdo un momento en que Mía quiso dejarme, porque nuestra relación no avanzaba. Siempre escondiéndonos, viéndonos demasiado poco. Era una tortura constante.

Mientras habla, nos tomamos de la mano. Su postura, su voz, su expresión: todo resulta convincente. Solo el pulgar, que no para de girar el anillo, delata la verdad. Por eso le cubro la mano con la mía.

—Vivimos juntos. Soñamos con casarnos —me cuesta no reírme en esta parte—. La verdad, los últimos acontecimientos nos entristecieron mucho. Me duele que acusen a mi amado de body shaming sin fundamento. Es un disparate…

—Mía sufre con la avalancha de emociones y comentarios que inundan mis redes —suspira Skyler—. Es muy sensible ante la injusticia.

—¡Porque es realmente injusto! Skyler jamás insultaría a una chica con sobrepeso. Precisamente porque son su gran debilidad. Sí, ha sido brusco, ¿y quién no lo es después de un concierto agotador? Pero no hay que inventar lo que no pasó.

—Al final, esto fue una lección y saqué conclusiones. Y para que los esfuerzos de mis haters no sean en vano, con mi amada decidimos aprovechar esta situación con un buen fin. Hoy lanzamos un reto en apoyo al body positive. Publiquen sus fotos "no perfectas" con el hashtag #MeAmo. Y junto con Mía aprendan a aceptarse tal y como los hizo Dios. ¿Celulitis? ¿Grasa? ¿Cicatrices? ¿Estrías? ¡Es normal! No se creen un ideal imposible. ¡Ya son hermosos!

—Y además, síganme en mi blog. El enlace estará debajo del video. Voy a dejar de esconderme, intentaré salir de mi zona de confort y aprender a no avergonzarme del público. Podrán escribirme, compartir su historia, contar su experiencia… Creo que esto nos servirá a todos.

—Hagamos juntos que este mundo sea un poquito mejor.

Skyler y yo levantamos la vista hacia Karina. Rezamos para que no nos haga repetir otra toma, porque esta ya es la quinta.

—Está bien —asiente ella—. Sirve. Ahora cámbiense de ropa. Haremos unas fotos.

—Nooo… —ruge Skyler—. ¡Exijo un descanso! Me lo prometieron.

—Yo tampoco diría que no a un respiro. Con tanta información nueva, me da vueltas la cabeza. No me acostumbro a mi fingida mediocridad.

—¡Media hora al menos! —repite Skyler, ya presionando.

Karina mira el reloj.

—De acuerdo, descansen. Mientras tanto, el equipo montará el video y lo subirá a todas partes. Mía —se vuelve hacia mí—, has estado estupenda.

Y para estar aún más estupenda, me encerraré en el baño y le mandaré a Natali un mensaje rápido contándole lo que pasa aquí. Que nuestro medio no repita como un loro lo que ya saturará las redes sobre la novia de Skyler y su maratón de tolerancia. Seremos los únicos en escribir que no creemos ni una palabra. Y al final, seremos los primeros en destapar esta mentira.

Capítulo 9

Al final del día, Skyler y yo por fin coincidimos en algo: los dos estamos tan agotados que ni fuerzas tenemos para discutir. Nunca pensé que las sesiones de fotos y las grabaciones de videos pudieran ser tan pesadas. Tal vez habría sido más fácil si mi pareja en todo esto fuera alguien medianamente adecuado y no un cabrón coronado, pero no se puede elegir. Aguanté con dignidad sus comentarios hirientes, sus miradas escépticas y sus bromas despectivas. Y aun así logré interpretar tan bien a la enamorada que, al ver nuestras fotos juntos, me entran ganas de vomitar de lo tiernas y románticas que parecen.

—Su tarea para casa —Karina nos entrega dos sobres—. Nuestro equipo ha detallado el contenido que deben grabar para sus redes sociales: selfie matutino, tiempo compartido, la vida cotidiana… Nada complicado, lo resolverán.

Repaso los puntos con la vista y mis ojos se agrandan.

—Aquí dice que tenemos que hacer una foto en la cama. ¿No es demasiado?

—No. No les pido que graben contenido para adultos. Solo muestren a la gente lo unidos que son. Algo tipo: "Miren, fotografié a mi novia mientras dormía. La amo".

—Está bien —asiente Skyler, y me sorprende lo rápido que acepta. No esperaba que cediera tan fácil—. ¿Ya podemos irnos?

—Sí. Por hoy es todo.

Él le hace una seña a Vadim para que nos lleve a casa. Y apenas salimos de la oficina tira a la basura los dos sobres, el suyo y el mío. Ahora todo vuelve a tener sentido.

De camino escuchamos canciones de Skyler. Eligió a propósito una emisora donde repiten sus alaridos todo el día. No entiendo para qué… como si no hubiéramos tenido suficiente tortura.

—Quiero darme una ducha, cenar y tirarme a la cama —dice al entrar en la espaciosa y fresca sala de estar.

—En la cama del segundo piso —aclaro.

—Maldición… ¿Y si lo dejamos para mañana? Puedes dormir otra noche en el sofá del salón. O… tengo una tienda de campaña. Si temes subir las escaleras, móntala junto a la piscina.

—¡Lo prometiste!

Me mira como si intentara carbonizarme. Aprieta los labios con fuerza y resopla por la nariz como un dragón. Pero me da igual. Que reviente si quiere. Yo no cedo.

—Está bien… —gruñe—. Pero no te lo perdonaré. Si tuviera una lista negra, tú la encabezarías, ¿entendido?

Con un golpe de pie al sofá, se marcha a su dormitorio. Yo lo sigo. Me muero de curiosidad por ver la habitación del rey del pop. Una habitación dice mucho de su dueño. La mía, por ejemplo, es un montón de novelas románticas, cuadernos llenos, pósteres motivacionales y plantas medio secas. La de Artem es una mezcla entre el guardarropa de un teatro arruinado y un basurero. La de Skyler… supongo que será fría y tan vacía como su corazón.

—Este es un lugar sagrado —dice al llegar a la puerta—. Te recomendaría lavarte los pies antes de cruzar el umbral.

—Es solo un dormitorio.

—MI dormitorio. Y deberías agradecerle al destino que tengas la oportunidad de entrar aquí. Algún día harán visitas guiadas, como en la casa de Michael Jackson.

—Dime, ¿eso les dices a todas las chicas que traes a tu casa?

Skyler se queda helado, con la mano en el picaporte.

—Yo no traigo a nadie —responde con sinceridad, casi incómodo—. Si salgo con alguien, no es aquí.

—¿Por qué?

—Porque… no es asunto tuyo.

—¡Espera! ¿Y Vadim, Karina…?

—…y la asistenta, que viene los sábados. Nadie más ha estado en mi casa desde que terminó la construcción y la reforma. Hasta que te trajeron a ti, claro —suena con evidente reproche.

—Hmm… Eso es un poco… inquietante. No sabía que fueras tan ermitaño.

Hoy dormiré con gas pimienta bajo la almohada.

—No soy ermitaño. Solo necesito espacio para recuperarme después de tratar con los fans. Valoro el silencio y la soledad.

Finalmente abre la puerta. La habitación es grande y luminosa, con ventanales hasta el suelo y salida propia a la piscina. Como en toda la casa, reina el minimalismo. Solo la gran cantidad de fotos enmarcadas sobre la cómoda rompe el estilo. Un sillón de masajes, una guitarra, una libreta en el suelo junto a ella. Qué aburrido… Si algún día hacen visitas aquí, será dinero tirado.

Me detengo frente a la cama gigante. Ni sabía que existieran camas así. Caben cinco sin problemas.

—¿Para qué comprar semejante sexódromo si duermes solo?

—Para que lo preguntaras.

—Pues lo pregunto. No es racional. Esas camas son para noches de pasión.

—¿Y tú entiendes de eso? —bufa.

—No menos que tú, créeme.

Skyler vuelve a poner los ojos en blanco. Lo hace tan a menudo que acabará con un calambre en los músculos.

—Hoy me llevaré las sábanas y algunas cosas. El resto, mañana —saca una caja del armario y tira dentro lo que pilla—. No te instales demasiado, ¿entendido? Y no toques las mesillas. De hecho… voy a

precintar todo con cinta adhesiva para que no tengas la tentación de curiosear.

—Ni pensaba hacerlo —claro que pensaba. Lo haría en cuanto cierre la puerta.

Me acerco a las fotos. Esto sí que es interesante… Aquí Skyler no se parece a sí mismo. Normal, humano, sin el barniz del glamour. En el primer retrato tiene unos seis años, de pie junto a su madre en el zoo, frente a la jaula de un león. En otra, ya adolescente, con su padre en una pesca. Luego, graduado de un liceo capitalino, recibiendo el diploma del director. En una foto al aire libre, casi irreconocible, hay un pie de foto: "Timur Savchenko. Excursión a Crimea".

—Timur Savchenko —repito, saboreando el nombre—. Ya había olvidado que tienes un nombre normal. ¿Puedo llamarte así en vez de Skyler?

—¿Qué? —lanza una mirada a las fotos, luego se apresura a guardarlas todas en la caja—. No. Para ti soy Skyler y nada más.

—¿Y para quién eres Timur?

—Solo para mis padres.

—Cuéntame de ellos. ¿Se ven a menudo?

Skyler mete la última foto en la caja.

—Hace como cinco años que no los veo.

—¿Por qué? ¿Hubo algún conflicto?

—¿Vas a dejarme en paz o no? Mi vida no te incumbe.

—¡Claro que me incumbe! Ahora también soy parte de tu vida.

Coloca la caja en el pasillo. Luego arranca las sábanas de la cama.

—Nunca serás parte de mi vida. Ni lo sueñes. Tarde o temprano nuestro romance falso terminará y nos olvidaremos uno del otro

como de una pesadilla —lanza la ropa de cama al pasillo con el resto de las cosas—. No exageres tu importancia, Mía.

Pues que le den. De sus padres me enteraré igual.

Skyler

No dormí en toda la noche. Me sentía un invitado indeseado en mi propia casa. Esta habitación me incomoda. La cama es demasiado alta, el colchón demasiado blando. La habitación, demasiado pequeña. ¿Por qué la diseñé así? Mejor habría ampliado la biblioteca.

Tomo el teléfono. Necesito valor para ver la reacción a la noticia de mi relación con Mía. También me intriga si alguien creerá en la sinceridad de nuestros sentimientos y apoyará esa absurda maratón de body positive.

Contengo la respiración, como si estuviera a punto de subir a una montaña rusa, activo el internet y entro en las redes sociales. Normalmente se encarga mi equipo de prensa: ellos responden comentarios, publican el contenido planificado y gestionan colaboraciones. Yo casi nunca escribo nada por mi cuenta.

—No puede ser… —no doy crédito a mis ojos. Enciendo la lámpara y me acomodo porque hay tantos comentarios que podría leerlos hasta el amanecer—. ¿De verdad lo creyeron? ¡Qué ingenuos!

Claro, la crítica es inevitable. Algunos llaman a mi relación la ruina de sus esperanzas y lamentan la pérdida de otro soltero codiciado. Otros me acusan de mal gusto porque "podría haber encontrado a alguien mejor" (aquí concuerdo). Pero el porcentaje de negatividad es mínimo. La mayoría nos apoya, desea felicidad y colma de cumplidos a Mía, que claramente no los merece.

Escribo el hashtag #meamo.

—¡Maldita sea!

¡Más de tres mil publicaciones en un solo día! No quiero ver tantos cuerpos raros. Lo importante es que la idea de Karina funcionó. Mis

ingenuos fans mordieron el anzuelo como peces hambrientos. Hasta da un poco de pena que sean tan crédulos.

Todo parece ir bien. Mi aura empieza a limpiarse. Con suerte pronto volverán a comprar entradas para mis conciertos. Pero… no siento alegría ni alivio. No es como un juicio que se cierra gracias a un buen abogado sin pérdidas para mí. Es una nueva forma de vida que me obliga a convivir con un incómodo malestar y con alguien de quien preferiría mantenerme alejado.

Si pudiera retroceder el tiempo… me habría mordido la lengua.

Para calmar la mente, voy a mi miniestudio. Me pongo los auriculares, agarro la guitarra y toco la melodía de una nueva canción, intentando encontrar los acordes finales del estribillo. El trabajo es la mejor medicina. Me duermo al amanecer, allí mismo.

El nuevo día trae nuevas pruebas. Primero, me duele el cuello por dormir en la silla. Segundo, mi teléfono no deja de sonar con mensajes. Tercero, debo volver a tratar con mi vecina.

Después de estirarme un poco, salgo del estudio. Mi nariz capta de inmediato un aroma que nada tiene que ver con mis ambientadores. Es extraño, inoportuno y dolorosamente nostálgico. Sacudo la cabeza para espantar recuerdos de infancia que se me meten en la mente como metástasis.

—¿No sabes lo que es una campana extractora? —le grito a Mía, que anda en la cocina—. ¡Vas a apestar mis muebles!

—¿Con qué? ¿Con crepes de vainilla y queso?

—¡Sí!

—No exageres.

Me detengo en medio de la sala, preparándome para resistir el golpe que le ha dado a mi cocina perfecta. Hay comida por todas partes: harina, masa, un montón de cuencos, sartenes y quién sabe qué utensilios. En la barra, pensada para cócteles, hay un plato con una

torre de crepes. Al lado, una taza humeante de cacao y una papilla extrañamente tentadora.

Quiero decirle todo lo que pienso de este restaurante clandestino, pero recuerdo mi obligación con los fans. Enciendo la cámara del móvil y grabo, comentando:

—Una mañana perfecta se ve así. Mi amada, un desayuno delicioso y la calidez que ahora llena cada rincón de nuestro hogar.

Mía lanza un beso al aire y desea a todos un buen día. Publico la historia, y, escarmentado, me aseguro de no haber activado el directo antes de guardar el teléfono en el bolsillo trasero. Ahora sí puedo ser yo mismo.

—¿De dónde salió toda esta comida? —señalo la montaña de colesterol e hidratos que ha traído a mi casa.

—Mientras dormías, fui al supermercado.

—¿Y decidiste ensuciar mi cocina al instante? ¿No podías hacerlo más… discreto? ¡Te has instalado como si fuera tu casa!

—Estaba grabando un blog. Resulta que a la gente le encanta ver cómo la novia de Skyler prepara el desayuno. ¡Ya tiene un millón de vistas!

—¡No olvides limpiar después y ventilar la casa! —me siento a la mesa. Tengo hambre. Mi estómago parece pegado a la columna—. ¿Qué es eso? —asiento hacia la cazuela—. Parece raro.

—Gachas de arroz con manzanas, receta especial de mi madre. Se parece al pudín inglés. Y de postre, crepes rellenos de queso y pasas.

—En el desayuno hay que comer proteínas —apunto, estirando la mano hacia un crepe, pero Mía aparta el plato y coloca en su lugar un recipiente desechable de mi servicio de comida.

—Entonces come tu proteína. Mis platos no los mereces.

Fingo que ni lo quería. Tragando saliva, abro el envase. Pavo, brócoli, aguacate y un puñado de quinoa.

—¡Esto sí que es comida! —me convenzo a mí mismo. Mejor muero antes que admitir que estaré pensando en sus crepes mientras simulo disfrutar del insípido pavo—. Fue un error rechazar mi dieta.

—El error fue portarte como un imbécil. Ahora desayunaría contigo —dice mientras se sirve la papilla. Desde fuera parece tan apetecible que lucho por no robar la cazuela y huir con ella al jardín. La comería escondido tras un rosal.

—Ya me las arreglaré.

—Claro, claro.

Devoro mi desayuno a toda prisa y subo al segundo piso. Mi plan para hoy: reducir nuestra interacción al mínimo. Y de ser posible, no ver qué prepara para el almuerzo.

Capítulo 10

No pasó ni media hora cuando vuelvo a escuchar la voz de Mía:

—¡Timur! —me llama desde la planta baja. ¿Se está burlando? Le prohibí que me llamara por mi nombre real. ¿Tan difícil es? ¿O lo hace a propósito para provocarme?—. Necesito ir a la ciudad. Volveré hacia la tarde.

Al principio me alegro. ¡Por fin un poco de espacio personal! Pero luego lo pienso mejor… Dejarla sola es peligroso. ¿Quién me garantiza que no la abordarán periodistas? No está preparada para eso. Podría soltar cualquier tontería o dejarse en ridículo, y nos arruinaría a los dos.

—¿A dónde vas? —pregunto, asomándome por la barandilla. Hoy lleva shorts vaqueros y una blusa suelta. El pelo rojo recogido en una coleta alta, pendientes grandes de aro en las orejas. Hm… hasta podría llamarlo un look decente. Pero claro, nunca lo diría en voz alta. Antes me corto la lengua que halagar a esta espina en el trasero.

Ella parpadea con esas pestañas largas y espesas.

—Tengo asuntos.

—¿Qué asuntos?

—Personales.

—Mientras seas mi novia, no puedes tener asuntos personales.

En sus mejillas aparece un rubor de ira, tan repentino como si alguien hubiera encendido una luz roja.

—¡Eso lo diría un abusador!

—Lo dice tu jefe. Mientras trabajes para mí, debes informarme a dónde vas, con quién y para qué. Todas tus acciones me afectan, así que ¡nada de asuntos personales!

Bien podría habérselo dicho a la puerta. No me escucha y, con un "ay, ya basta", se va hacia la entrada.

—¡Mía! ¿No me oíste?

—Te oí. Pero en mi contrato no figura "estar en cautiverio", así que agradéceme que al menos te avisé de mis planes.

—¡Espera! ¡Al menos dime a dónde!

Su mirada salta de un objeto a otro en la habitación, como si buscara rápido una excusa. Se detiene en la piscina.

—¡Necesito comprarme un bañador! Quiero nadar, pero no tengo uno.

Ajá. Claro. Y yo me lo creo. Seguro que en vez de un bañador planea encontrarse con todas sus amigas y despellejarme viva.

—¡Entonces voy contigo! —ni yo mismo me creo que lo diga voluntariamente.

—No hace falta… Estoy segura de que tienes otras cosas que hacer.

—Los asuntos pueden esperar. Además, Karina dijo que debemos mostrarnos más en público juntos. Es la ocasión perfecta para aparecer en el centro comercial.

Mía aprieta los labios con fastidio. Ahora estoy convencido de que lo del bañador era mentira.

—¿Y vas a acompañarme por las tiendas? ¿Esperar a que elija, me pruebe…? Es aburridísimo.

—Sobreviviré.

—Pero… —es obvio que no quiere pasar tiempo conmigo tanto como yo no quiero pasarlo con ella.

—Dame cinco minutos. Solo cojo las llaves del coche.

¿Qué estoy haciendo? ¿Por qué lo estoy haciendo? ¿Desde cuándo soy tan masoquista?

Voy a ponerme algo decente, porque desde la mañana ando en pantalones de pijama. Recuerdo que toda mi ropa está en el vestidor de la habitación que ocupa Mía. Hm… en realidad es mi cuarto. Ella solo durmió allí una noche…

Abro la puerta y entro al vestidor. Juro que no pensaba mirar sus cosas. Solo quería coger la mía. Pero mis ojos se detienen en una silla de la que cuelga un sujetador. Rojo intenso, de encaje fino, y cada copa es del tamaño de un sombrero de playa. No pienso ponérmelo en la cabeza, pero seguro que le cabe. Mentalmente le pongo un punto a favor a Mía: buen gusto en lencería. Pensaba que, con su talla, solo podía usar sujetadores anticuados y aburridos.

Vale. Hora de cambiarse.

Me obligo a apartar la vista y me acerco al vestidor, que ayer precinté con cinta adhesiva, como si fuera una escena del crimen. Tal vez sea paranoia, pero hoy la cinta no parece tan firme. Como si alguien la hubiera despegado y vuelto a pegar.

Y ese alguien fue Mía. ¡Lo sabía! Anduvo husmeando entre mis cosas.

Pues si ella puede, yo también.

Cojo su sujetador y me lo pongo en la cabeza. ¡Encaja perfecto! Lo sabía. Me miro en el espejo y solo entonces me doy cuenta de lo estúpido que me veo. Si Mía entrara ahora mismo, me moriría de la vergüenza. Ni todo un ejército de publicistas podría inventar una excusa para esto.

Basta. Lo dejo en su sitio, lejos de la tentación.

Me visto y salgo afuera.

—Listo, podemos irnos —le digo a Mía, que está tomando el sol en la tumbona.

—¿Nos lleva Vadim? ¿Viene ya?

—No. Yo mismo.

—Qué lástima…

No me gusta el tono de decepción en su voz. ¡Nada me gusta!

Saco de mi garaje a mi joyita: el coche con el que salgo escandalosamente poco. Es demasiado reconocible y provoca en los paparazzi el mismo efecto que un trapo rojo en un toro. Pero hoy el mismísimo Diosito quería que brillara.

—¡Guau…! —Mía no oculta su asombro, y eso me halaga más de lo que debería. Si incluso a ella le gusta, entonces no gasté en vano tanto dinero para traer este auto desde Italia. —Solo he visto coches así en el cine. ¿Puedo sentarme al volante?

—¿Y tienes licencia?

—Sí —me enseña una tarjeta de plástico con su foto como prueba.

—Pues entonces cómprate un coche y condúcelo. Pero con el mío ni lo sueñes —respondo, acomodándome en el asiento del conductor.

Mía suspira. Pasa unos minutos buscando la manilla, luego rompiéndose la cabeza sobre cómo abrir la puerta, pero se niega en redondo a pedirme ayuda. Esa terquedad suya es una auténtica catástrofe.

—No olvides ponerte el cinturón —le indico cuando al fin consigue entrar en el coche—. Si es que logras entender cómo funciona.

—Ya lo averiguo —rezonga mientras tira de él con tanta brusquedad que me sangra el corazón.

—¡Eh! Más suave, ¿sí?

—¡Está atascado!

—No está atascado nada. Es que lo manejas como una bárbara. ¡Esto no es un trolebús!

No faltaba más que rompiera algo aquí. Al final tengo que hacerme cargo yo. Me inclino sobre ella, agarro el cinturón y lo paso hasta la hebilla. Sin querer, rozo su pierna, un poco por encima de la rodilla.

Retiro la mano de inmediato, pero no puedo fingir que no vi cómo su piel se erizó.

—Y decías que no soy tu tipo… —arranco y salgo por la puerta del garaje—. Puedes mentir lo que quieras, pero tu cuerpo no miente.

—Eso no es excitación, idiota. ¡Es que tienes las manos heladas!

—¿Ah, sí? —me toco el cuello para comprobarlo. Maldita sea, en efecto, frías.

—¿Lo ves? Tu corazón de hielo no deja que la sangre se caliente.

—Ya cállate.

De todas formas, estoy convencido de que lo de las manos frías es solo una excusa. En realidad, se muere por mí. No lo reconoce todavía, se convence de lo contrario, pero… tarde o temprano tendrá que aceptar que no es especial, y que sucumbe a mis encantos como todas.

—Conozco unas tiendas buenas. Si llegamos a mi barrio, luego te indico adónde ir —dice Mía mientras se hace un montón de selfies para las redes. Eso sí, sus deberes los cumple de maravilla.

—No iremos a tiendas de tu barrio.

—¿Y por qué no?

—Porque mi novia no se pondría baratijas. Iremos donde yo mismo compro ropa.

—Yo pensaba que te la compraba Vadim —me pincha, pero no muerdo el anzuelo.

—Sí, él se encarga. Pero a veces voy yo mismo de compras —acompañado de Vadim, claro, que es quien carga las bolsas.

—Vale… si tú pagas.

—¿Y por qué habría de hacerlo?

—Porque no pienso gastar mi dinero en mantener tu estatus. ¿Quieres que tu novia vista marcas caras? Pues paga tú.

Aprieto más fuerte el volante.

—Ahora mismo tu sueldo es lo bastante alto como para permitirte un bañador de una buena tienda. No te arruinarás.

Ella tarda en responder. Se queda un rato mirando al frente, como si no se atreviera a decir lo que piensa.

—Sobre mi sueldo… —juguetea incómoda con la cadena de su bolso —. He decidido que no lo aceptaré.

Vaya bomba. Del susto freno en seco. Tengo que bajar la velocidad, porque con declaraciones así pierdo toda la concentración en la carretera.

—¿Cómo que no? ¿Piensas ayudarme de voluntaria?

—No. Es solo que… La gente está apoyando mucho nuestro reto. Leí las historias que publican con el hashtag #mequiero. Hay tanto dolor, tantas vivencias, todo un camino difícil hacia la aceptación del propio cuerpo. No quiero aprovecharme de eso ni traicionar su confianza.

—¿Y sin dinero tu mentira no cuenta? Entiéndeme bien, a mí no me molesta ahorrarme un sueldo. Pero no le veo lógica.

—La lógica es que en vez de pagarme deberías dar un concierto benéfico con el lema que estamos promoviendo. Allí podríamos anunciar una recaudación de fondos… digamos, para organizaciones que luchan contra el bullying escolar.

Me pregunto cuánto tiempo llevaba fermentando en su cabeza ese plan idiota. Vadim se equivoca creyendo que Mía es una roca. Se deja manipular con demasiada facilidad. Un par de historias lacrimógenas y ya está, lista para mover montañas por los desdichados.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque mi show cuesta demasiado caro. Y ni hablar de un concierto entero. ¿Has visto los precios de las entradas?

—Pero esto… es importante. Y sería publicidad extra para ti.

—No quiero. Si tanto deseas salir de esta relación con las manos vacías, dona tu sueldo a esa organización. Pero a mí no me metas.

—Un concierto llamaría mucho más la atención. Sería una misión social de verdad.

—Me da igual.

—Prométeme al menos que lo pensarás. Por favor.

Nos detenemos en un semáforo. Mientras estamos parados, Mía no me quita la vista de encima, esperando una respuesta que le convenga. ¡Y cómo me irrita eso!

—¡Vale, vale! Lo pensaré —me sacudo de ella como de una mosca pesada—. Pero deja de mirarme así. Mejor… mira dónde hemos llegado. Durante los próximos meses solo comprarás aquí.

Capítulo 11

Mía

Miro por la ventana y veo el centro comercial más caro de la ciudad. O incluso del país. Gente como yo y Artem solo puede entrar ahí para sacarse fotos o aprovechar los lujosísimos baños gratuitos (y de paso sacarse fotos también allí). Comprar algo… jamás. Hay que estar completamente loca para tirar el dinero de esa manera.

—¿Y a esto le llamas tiendas normales? —pregunto.

—Por supuesto.

—Yo pensaba que la mitad de esos locales existen solo para lavar dinero.

—Puede ser. Pero son cómodos, tienen buena atención y un público decente.

Dejamos el coche en el aparcamiento subterráneo y subimos en ascensor. Aquí realmente hay poca gente, y los que están son tan estirados y ensimismados que no se permiten mostrar emoción alguna, ni siquiera al ver a su ídolo. No gritan, no corren a abrazarlo ni a hacerse fotos, solo nos lanzan miradas furtivas y luego las esconden detrás de sus gafas de sol de marca. Ahora entiendo por qué Skyler se siente cómodo aquí: está en su elemento.

Yo no puedo decir lo mismo. Ni siquiera sé qué hago en este lugar. Ni siquiera necesito un bañador: solo fue lo primero que se me ocurrió. En realidad lo que quería era escapar un par de horas para reunirme con mis colegas y compartir con ellos las últimas noticias y el material para mis artículos.

—Mira, —Skyler señala con el dedo hacia adelante—. Veo una tienda de bañadores. Vamos.

—No hace falta que entres conmigo. Con que me des tu tarjeta basta.

Skyler niega con la cabeza.

—Ni lo sueñes, estafadora.

—Vale, entonces pago yo, te enseño el recibo y me devuelves el dinero.

Él arquea una ceja con sospecha.

—¿Estás intentando librarte de mí?

—¿Y te sorprende? Claro que no quiero que estés delante mientras me pruebo un bañador.

—¿Te da vergüenza?

—No. Solo sé de antemano cómo vas a comportarte, y no pienso amargarme el día.

—Me portaré bien, lo prometo, —se lleva la mano al pecho.

—¿Y por qué tanto empeño en venir conmigo? Podrías tomarte un café mientras tanto o…

—Si vas a nadar en mi piscina, al menos que sea algo… agradable a la vista. Te ayudaré a elegir un bañador que no irrite mis ojos.

Suena tan horrible que me dan ganas de agarrarlo del pelo y darle contra la pared varias veces. Pero no lo hago. Primero, porque estoy en contra de la violencia; y segundo, porque justo pasan unas cuantas personas a nuestro lado. Así que sonrío, le quito una pelusa invisible del cuello y le susurro entre dientes:

—Eres un verdadero imbécil.

Al final entramos a la tienda. Juntos. Skyler saluda a las dependientas, que se derriten bajo su atención. A mí apenas me asienten. Claro, para ellas soy la tipa que le robó, sedujo y se quedó con el hombre de sus sueños.

—Mi novia necesita un bañador, —anuncia, y las dependientas corren hacia los percheros de la nueva colección.

Nada de lo que ofrecen me gusta: aburrido, incómodo o poco favorecedor. Apenas conseguimos reunir unos cuantos modelos para que tenga qué probarme. En cuanto me escondo tras la cortina del probador, las dependientas reciben luz verde para lanzarse sobre "mi chico". Se le ofrecen con tanto entusiasmo que parece que lo próximo será un masaje o lustrarle los zapatos… con la lengua. Y Skyler, encantado, disfrutando de toda esa atención, olvidando por completo la "conspiración".

Siento la necesidad urgente de arruinar su idilio. Me pongo a toda prisa un bañador entero, color esmeralda, con cordones en el escote, y llamo:

—¡Cariño! Amor, ayúdame a abrochar el bañador.

La dependienta recupera de golpe el sentido de que está trabajando.

—¡Puedo ayudar yo! —dice con evidente frialdad, sin querer dejarle acercarse a mí.

—No hace falta. Timur lo hará mejor.

Ese Timur no está nada contento de que lo apartaran de su público femenino, pero al final se obliga a venir al probador. Aparta la cortina con cuidado y entra. El espacio se reduce a la mínima expresión.

—¿Es que has perdido la cabeza? —le susurro—. Un hombre enamorado no se distrae con otras mujeres, porque tiene a la suya, y la suya es la mejor. Pero tú ahí, con las dependientas, colgando de sus labios…

Skyler no responde. Solo me mira. O mejor dicho, mira el bañador.

—Te ves mucho mejor con menos ropa —suelta.

Me quedo sin palabras. ¿Eso fue… un cumplido? Ahora la cabina parece aún más pequeña. Siento su aliento tan cerca que se me acelera el pulso.

—Y sin nada, los hombres pierden la cabeza —digo sin saber ni por qué, probablemente para ocultar mi incomodidad.

—No me lo creo hasta comprobarlo por mí mismo, —su mirada baja hacia el escote—. Este bañador es pequeño. Te aprieta el pecho.

—Sí. Con estos cordones parece que llevo jamones.

—Bueno… este… —se acomoda el pelo, gesto que siempre hace cuando está inseguro—. Ahora mismo te buscaré algo mejor.

—¿Tú?

—Sí, —sale de la cabina dando un respiro profundo, como si acabara de salir a la superficie—. Espera un minuto.

Bueno. Ahora sí que tengo curiosidad por ver qué me traerá.

Cuanto más espero el dichoso bañador, más segura estoy de que Skyler aparecerá con alguna indecencia solo para burlarse. Y sus bromas, como siempre, solo le hacen gracia a él.

—¿Falta mucho? —pregunto, asomando la cabeza por la cortina. Desde aquí no se ve la sala de ventas, y empiezo a sospechar que ese imbécil se largó, dejándome tirada en la tienda. Y sería muy de su estilo, la verdad.

—¡Un segundo! —responde—. Ya voy.

Se acerca con una sonrisa autosatisfecha y me tiende un bikini celeste. La braguita es tipo brasileña, el top se ata al cuello. Lo examino intentando descubrir dónde está la trampa.

—¿Te lo pruebas? —pregunta impaciente, como si él mismo lo hubiera diseñado.

—¿No es demasiado atrevido?

—Demasiado, —asiente con gusto.

—Pero… Cuando dijiste que elegirías un bañador que no molestara a tus ojos, me imaginé una especie de manto de invisibilidad o un traje de buzo que me tapara por completo.

Skyler suelta un suspiro cansado.

—Me entendiste mal.

—Bueno, vale… —me escondo tras la cortina y empiezo a cambiarme.

La dependienta, que se había quedado apartada, se coloca junto a Skyler esperando a que aparezca. Y, por supuesto, no se resiste a lanzar la pulla:

—Si esta talla no le queda, en el piso de arriba hay una tienda de tallas grandes.

—Le quedará, —responde Skyler con un tono tajante.

Ojalá tuviera yo esa seguridad. La braguita se ajusta bien a mis caderas y el top… sorprendentemente sostiene mi pecho a la perfección. ¡Vaya! Un acierto total. ¿Cómo demonios lo hizo? Yo misma no puedo escoger un sujetador sin probarme cien, y él, que apenas me mira, dio justo en la talla. Pura magia.

—¿Y bien? —pregunto, corriendo la cortina y mostrándome.

Parece que va a soltar una de sus frases envenenadas, pero se contiene en el último instante. Instinto de supervivencia, supongo.

—Nos lo quedamos, —asiente.

—Bueno… A mí también me gusta.

Me quito el bikini, me pongo de nuevo los shorts y la blusa. Entonces veo la etiqueta. ¡Santa Virgen! Con ese dinero me compro un viaje al mar. Claro que no me molesta que Skyler gaste en mí, pero ¿y si se da cuenta en la caja de la fortuna que cuesta esta compra?

Lo llamo otra vez.

—Oye, este bañador es ridículamente caro. ¿Seguro que tenemos que llevarlo?

—Si prefieres nadar sin bañador, no lo compramos.

—Hay otras tiendas…

—Ya hablamos de eso.

—¡Pero mira la etiqueta! —le planto el top delante de la cara—. Seguro que se han confundido con las cifras.

Skyler niega con la cabeza con condescendencia, mirándome como a una niña poco lista.

—Sé perfectamente cuánto vale. Dame eso, —me quita las dos piezas de las manos—. Y no montes un circo.

—Está bien… Tú decides.

Lo tomaré como inversión. Después de nuestra "ruptura" lo venderé de segunda mano y con lo que saque me compro un abrigo de invierno y unas botas.

Skyler ya está saliendo de la cabina, pero lo agarro por la camiseta.

—Una cosa más.

—Dime.

—¿Cómo… cómo acertaste con la talla? Y no me digas que antes de cantar vendías lencería.

—No la vendía.

—Entonces no entiendo.

—Simplemente… —se le nota incómodo. ¡Increíble, una emoción nueva desbloqueada!— Lo calculé a ojo. ¿Cómo si no?

—¿Tuviste muchas novias con curvas? —activo mi modo periodista.

—Unas cuantas, pero eran falsas, y me sentía engañado.

—Bueno… las mías son de verdad.

—¿Seguro?

—Sí.

—No suelo fiarme de la palabra de nadie. El mundo es complicado, todos intentan engañarte… —extiende la mano como si fuera a tocarme el pecho.

Sé que es puro teatro. El verdadero Skyler preferiría pillarse la mano con una puerta antes que tocarme sin necesidad. Pero no me privo del placer de mandarlo al diablo:

—¡Vete al cuerno, depravado de manos frías! —lo empujo fuera del probador y salgo yo también.

Las empleadas nos observan con sonrisas forzadas. Lo juro, en sus ojos se lee claramente: "En cuanto pueda te estrangulo con unas bragas de la vitrina, y luego contrato a una abogada fan de Skyler que me saque libre".

—Envuélvalo, —Skyler le entrega el bikini a la dependienta—. Pago con tarjeta.

Y justo en el instante en que la tarjeta de Timur Savchenko roza el datáfono, me descubro pensando que hoy… lo odio un poquito menos.

Solo un poquito.

Capitulo 12

Salimos de la tienda justo cuando empieza a asomarse sospechosamente mucha gente. Todos fingen que han venido a mirar bañadores y no a nosotros, pero siento en la piel esas miradas punzantes que dan ganas de sacudirse como si fueran insectos.

—Rápido hemos terminado. Me da tiempo a llevarte a casa y luego ir al estudio de grabación —dice Skyler, entregándome una bolsa ridículamente grande.

—Puedes irte directo. No quiero volver todavía, prefiero pasear por la ciudad.

—¿Sola?

—Pues… sí.

—No. Mejor quédate en mi casa.

—¿Y qué se supone que haga allí?

—Nadar —asiente hacia la bolsa.

—Qué aburrido… Mejor paso por una cafetería a tomarme un batido bien rico, luego camino por el centro, llego al metro y me paso por casa. Quiero ver a mi amigo, no vaya a ser que se muera de pena sin mí.

—¿Tu amigo vive contigo?

—Sí, compartimos piso. Se llama Artem. Es de mi ciudad, somos amigos desde la infancia, y después del colegio nos vin…

—Para —se tapa la cara con las manos—, no me interesa. No puedes ver a ese amigo, al menos por ahora. Tenemos demasiada atención encima; si alguien se entera de que fuiste a casa de otro chico, entonces…

—…escribirán que te engaño —termino por él, porque justamente pensaba escribir eso para Natalia. Y da igual que no sea verdad. Lo importante es la “bomba”.

—Exacto. Pero si estás tan aburrida, puedes venir conmigo. Escucharás la canción en la que trabajo —lo suelta con un tono como si me hiciera un favorazo—. Serás de las primeras en oírla.

—¡Ni loca!

—Entonces quédate en casa y graba vídeos para el blog —no puede aceptar que haya gente a la que no le gusten sus aullidos—. Al fin y al cabo, es tu trabajo.

Caminamos hacia el parking en silencio. Skyler vuelve a estar irritado; se le nota en cada paso. Baja por la escalera mecánica con cara de haber tragado una mosca. Llegamos al aparcamiento subterráneo, localizamos la fila donde está su coche… y nos escondemos de golpe tras el todoterreno más cercano. Bueno, él se esconde, y yo lo imito del susto.

—Ya han venido… —gime, cubriéndose la cara—. ¡Los odio! ¡Los odio! Solo quería dejarme ver entre los clientes, no dar entrevistas. ¡No tengo humor! ¡No tengo fuerzas!

Me asomo con cuidado y miro a los periodistas. Reconozco a gente de varios programas de televisión (aunque trabaje en remoto, sigo de cerca los éxitos de los colegas) y a un bloguero. A tres más los veo por primera vez. Han rodeado el coche de Skyler esperando que aparezca.

—¿Y si simplemente saludamos, nos metemos y nos vamos? —propongo.

—Eso no funciona así —está a punto de llorar.

—¿Por qué? Decimos que hoy no teníamos previsto atender a la prensa.

—No conoces a los periodistas. No te dejarán ir hasta que te expriman hasta la última gota.

En su voz hay una desesperación auténtica. Antes pensaba que disfrutaba con la atención, y ahora veo lo mucho que lo agota. Y aun así nunca se delata. He visto millones de entrevistas suyas: en

todas, Skyler es chulo, seguro, vitalista. Nada que ver con el de ahora.

Me da pena.

—Dices que te exprimen… Pues que chupen —me enderezo—. Dame las llaves y espera junto a la salida. Hoy no te van a catar.

—No… ¡No te dejo ponerte al volante de mi coche!

Vale, ya no me da pena. Retiro lo dicho.

—Entonces no te libras de la entrevista. Prepárate para un millón de preguntas sobre nuestra relación y tus planes para promover la tolerancia en la sociedad.

Me mira con tal odio que parece que fui yo quien llamó a esos reporteros.

—¿Vas a poder? —pregunta, echando un vistazo alrededor.

—Creo que sí. Fingiré ser una tonta.

—Eso no te costará —se le contrae la comisura en algo parecido a una sonrisa.

—¿Te he dicho ya que eres un imbécil de primera, Timur?

—Soy Skyler. Y sí, me lo has dicho. Como un millón de veces. Bueno… Que sea como tú quieras —saca las llaves del bolsillo—. Pero si arañas mi coche…

—¡Estará perfecto! En el último curso del insti conduje un tractor. ¿Crees que no voy a poder con un Porschecito?

Le arranco las llaves de los dedos y le indico dónde esperar. Reuno toda mi seguridad. Cabeza alta, hombros rectos, pecho fuera. Camino como si no esperara ninguna emboscada.

Ya me han visto. Todas las cabezas giran hacia mí. En sus ojos hay curiosidad y una pizca de decepción por no ver a Skyler al lado.

—¡Mía! —salta la más atrevida.

—Buenas… —actúo sorpresa y susto a partes iguales. A la vez desactivo la alarma y abro las puertas—. ¿Y ustedes son?

Mis colegas se apresuran a decir nombre y medio. Oigo el de la revista que es nuestra mayor competidora. Sé que le pagan al personal de los locales que frecuentan los famosos para que filtren sus movimientos. Ajá… Seguramente alguien nos vendió.

—Por favor, apártense… Tengo que irme.

—¿Dónde está tu novio?

—Sigue de compras. Y yo llego tarde a hacerme las uñas, así que…

—¿Skyler está en la galería?

—Sí. ¿Queréis hablar con él? Supongo que —me abro paso entre dos chicos que se han plantado adrede junto a la puerta— os interesa nuestro proyecto social. Es… apasionante. Les cuento: el bullying es un problema enorme que no se puede ignorar. En estos tiempos, en los que todo el mundo tiene acceso a los medios…

—¿Viven juntos? ¿Cuándo te mudaste con Skyler? ¿Fue iniciativa suya? —me acribillan con lo que de verdad les interesa, bastante más que cualquier iniciativa social.

—¿Puedes hablar de su vida íntima? ¿Cómo es Skyler en la cama?

—Han empezado a subir vídeos juntos. ¿Piensas ganar dinero como bloguera? ¿Skyler te apoya?

Yo me mantengo firme ignorando el aluvión picante. Al contrario: contraataco y sigo con mi discurso.

—Tomemos como ejemplo el acoso escolar. Si entran en redes y buscan el hashtag #melquiero, verán muchas historias de adolescentes. Y hubo un niño, creo que tenía diez años… ¿Por qué no están tomando nota? ¡Ni siquiera han encendido las grabadoras!

El brillo competitivo en sus ojos se apaga a toda velocidad. Veo que cada segundo les intereso menos.

Aprovecho y me siento al volante. El motor ronronea bajo mí como un felino.

—Si no hay nada más, me voy… ¿Recuerdan lo de las uñas?

—Gracias por tu tiempo, Mía —oigo una despedida nada sincera.

—Las novedades sobre nuestro proyecto las pondremos en mi blog. ¡No olviden seguirme! —sonrío y cierro la puerta—. Que tengan buen día.

Se abren mansamente. Hacen un par de fotos del coche y se quedan atrás sin ganas de perseguir. Salgo del parking, me detengo junto a Skyler, que se esconde tras la garita del vigilante.

—¿Te llevo?

—¡Sí! —salta a toda prisa al asiento trasero. Aunque los cristales son tintados, se agacha para que no se le vea—. ¿Cómo demonios te los quitaste de encima?

—Les hice ver que tu novia es aburrida, sosa y está obsesionada con sembrar el bien por el mundo.

—¿Se lo creyeron?

—¡Por supuesto!

—Gracias. Me salvaste. No quería hablar con ellos… Normalmente es Vadim quien los despacha; sin él me siento desprotegido.

—Ahora suenas como una persona normal. ¡Con sentimientos, miedos y dudas! —me río, mirándolo por el retrovisor—. Intenta ser así más a menudo.

Skyler se hincha como un sapo.

—¡Mira la carretera! —ruge, arrepentido de su segundo de debilidad.

Al llegar a la entrada de la casa de Skyler, veo a Vadim. Está apoyado en el capó de su coche, moviendo el pie con nerviosismo y mirando el reloj cada pocos segundos. Está claro que está tenso. No es para menos: su jefe, sin él, resulta completamente inútil. Como

un pececillo que se aventuró solo al océano abierto y corre el riesgo de ser devorado por tiburones.

Freno suavemente junto a él. Quiero bajar la ventanilla y asomarme con estilo, pero olvido qué botón la controla. Han metido tantos caprichos en este coche que una se rompe la cabeza antes de entender qué hace cada cosa.

—¡Gracias al cielo, sigo vivo! —Skyler prácticamente se catapulta fuera del auto y apenas logra contenerse para no besar el suelo—. Ha sido el viaje más extremo de mi vida.

Yo salgo detrás de él.

—¡Hola! —saludo a Vadim.

Él no responde enseguida; me mira con la mandíbula entreabierta, luego pasa la vista de mí al coche.

—¿Skyler te dejó conducir? No me lo creo…

—Bueno, —me encojo de hombros—, no es que tuviera mucha opción.

—Me salvó de los periodistas, pero casi me mata provocando accidentes —murmura Skyler.

Da vueltas alrededor del coche, lo examina, lo palpa con la punta de los dedos y se agacha para mirar debajo del chasis. Parece un detective buscando pruebas de un crimen. Pero no encuentra nada: ni arañazos, ni abolladuras, ni sangre de peatones. Exagera. Yo conduje perfectamente. Bueno, puede que cortara el paso a un par de taxis, pero se lo buscaron.

—¿Los reporteros te fotografiaron al volante, Mía? —pregunta Vadim.

—Por supuesto.

—¡Excelente!

—Y también me captaron las cámaras de tráfico, así que hoy recibiré una multa por exceso de velocidad —añade Skyler, aunque ya sin

tanta rabia—. En fin… Vadim, aparca el coche en el garaje y llévame al estudio en el tuyo. Mientras trabajo, pasa por contabilidad: hay algún lío con los impuestos. Llama también al jardinero, que el césped está salvaje y las rosas pasadas. Y averigua si ya prepararon la nueva coreografía; si es así, que te manden el vídeo, lo veré luego.

—Entendido —asiente Vadim.

—Y tú, —Skyler se vuelve hacia mí; su tono de mando se suaviza un poco—, quédate en casa.

—Vale, pero necesito tu número —le digo—. Por si pasa algo.

—No pasará nada. Si necesitas ayuda, llama a Vadim; ya tienes su número.

Maldita sea. Pensé que por fin iba a ganarme un pequeño premio de parte de Natalia. Los números personales de los famosos son oro para los periodistas. Cualquiera en mi campo vendería el alma por el número de Skyler. Hasta podrían subastarlo en secreto.

—Vaya pareja somos… —suspiro—. Vivimos bajo el mismo techo y ni siquiera tenemos nuestros teléfonos.

—Ficticia, —responde cortante, y entra en la casa a por su guitarra.

Le cuento a Vadim nuestras aventuras del día. Él se ríe, nos felicita por el buen trabajo en equipo y luego me enseña unos gráficos con estadísticas sobre la reacción del público a nuestra "pareja". No sabía que el amor y la atención del público se pudieran medir con fórmulas matemáticas. No entiendo nada, pero asiento para no parecer tonta.

—También sería buena idea que se dejaran ver juntos en algún evento VIP… Pronto empieza la Semana de la Moda. Conseguiré invitaciones para los dos.

—¡Perfecto! —no puedo ocultar mi entusiasmo. Seré la primera periodista en asistir no solo al desfile, sino también al after-party. Natalia se va a morir de envidia. Y yo apenas me contengo.

—Y otra cosa… Skyler tiene razón. Puedes llamarme a cualquier hora.

—De acuerdo.

—Incluso si solo te apetece hablar —dice con una sonrisa ladeada y me guiña un ojo—. De lo que sea.

Suena a un coqueteo ligero, una especie de tanteo para ver si hay terreno fértil. Pero finjo no notarlo. Es un hombre atractivo y parece buena persona, justo por eso prefiero mantener la distancia. Tarde o temprano descubrirá mi mentira, y cuando lo haga, el golpe será duro para todos.

—Entendido —asiento, disimulando su atención.

Por fin el rey Skyler aparece. Lleva otra camiseta y una funda de guitarra colgada al hombro.

—Y que no haya sorpresas, —me advierte antes de subir al coche de Vadim.

Ninguna sorpresa. Solo voy a encerrarme, llamar a Natalia y enseñarle por videollamada toda la casa. Luego escribiré otro artículo asegurando que nuestro portal no cree en el "amor" entre Skyler y Mía. Y después empezaré a preparar el reportaje sobre su conflicto familiar. Siento que ahí hay material jugoso.

Pero primero… el baño en la piscina.

Capitulo 13

Skyler

Si en el estudio de grabación hubiera ducha y una cama decente, me quedaría a dormir ahí. Amo mi trabajo. Vivo de él. Cada una de mis canciones es un pedazo de alma. Sí, hago mi alma trizas para que esos fragmentos atraviesen el corazón de todo el que escuche mi voz.

Tres horas pasan volando. Seguiría encantado, pero los técnicos ya quieren irse a casa. Que si tienen familia, hijos, y que hoy ni siquiera debían trabajar… Como si no entendieran que mi inspiración importa más que sus familias.

—¡Skyler! —irrumpe Karina en la sala. Normalmente no se permite estas entradas. Cuando viene al estudio, se sienta calladita en una esquina y observa. Por buen comportamiento le dejo cantar un poco al micrófono: un karaoke para elegidos—. ¡Tenemos que hablar!

No oigo lo que dice, pero le leo muy bien los labios. Me quito los auriculares y la invito a pasar a la cabina. A los chicos hay que soltarlos; que descansen.

—Hola —saludo sin entusiasmo. Karina es una gran profesional, pero su presencia siempre significa que me cargarán de trabajo que probablemente no me va a gustar.

—No contestas el teléfono. Vadim dijo que te buscara aquí —gesticula, y sus joyas tintinean. Hasta que Mía no la llamó "baronesa gitana" ni me había fijado en eso.

—¿Pasó algo? ¿Otra vez?

—No. Pero pudo pasar. Porque tú y Mía no siguen mi plan y hacen lo que les da la gana.

—Tus cronos y calendarios de contenido son pura basura. Lo importante es el resultado, ¿no? Y el resultado es bueno. Todos nos creen.

—Casi —saca el móvil y abre un sitio lleno de spam—. Mira. Aquí dicen que su romance es ficticio y que pronto los desenmascararán.

—¡Eso es puro clickbait!

—Ahí está el problema: no. Está escrito con bastante cabeza y detalle. No aportan pruebas aún, pero siembran intriga. Donde hay humo, hay fuego; así que tienen que extremar el cuidado.

—Yo soy cuidadoso. De verdad. Y tengo a Mía bajo control. Ahora mismo está en casa y no se mueve a ninguna parte.

—Ajá… la vi. En directo, horneando un pastel de manzana para ti. Ternura pura.

No comparto la emoción de Karina. Ella no está en el tema, pero a mí no me engaña.

—¡Lo hace adrede! —digo—. Mía sabe que yo eso no lo como.

—A nadie le importa qué comes. Tu tarea es seguirle el juego. Ahora te vas a casa, compras flores por el camino y, cuando llegues, te grabas probando ese pastel. Y aunque sepa a suela, lo alabas.

—A ti no te dejo dictarme reglas, pero a Mía tengo que permitírselo. ¿Por qué no podemos grabar cómo entrenamos juntos en el gym o salimos a correr? ¿Por qué tengo que adaptarme a ella y a sus pasteles?

—En mi plan hay de todo: deporte en pareja, descanso e incluso peleas "domésticas". Pero ustedes no quieren consejos ni guiones. ¡Entonces arréglense entre ustedes! Lo único es que se vea verosímil. ¿Está claro?

Desconecto la guitarra y la guardo en el estuche.

—¡Skyler! —repite Karina, más alto—. ¿Te quedó claro o no?

—Sí, sí… déjame ya.

Se va haciendo sonar los tacones a propósito.

Recojo mis cosas y, al mismo tiempo, marco a Vadim.

—¿Dónde estás? Ya terminé. Llévame a casa.

—Llego en un minuto —su voz suena tan cansada como si llevara días sin dormir—. Y pasa por una floristería. Cómprale un ramo a Mía. Algo a tu gusto.

—¡Cómpralo tú!

—¿Te cuesta mucho?

—No me cuesta. Pero es tu novia. Y tienen que verte en la tienda. Debes elegirle flores con amor y esmero.

Debes. Debes. Debes. La palabra suena más de lo que resiste mi frágil psique. Hasta mi criado… perdón, mi asistente, me dice lo que debo. Estoy harto.

—Si no apareces en tres minutos, te despido —solo para recordarle quién manda—. ¡Corre el reloj!

Por supuesto, no llega en el tiempo, pero cuando aparece ya se me pasó el berrinche y no armo lío. La ciudad es un atasco; avanzamos como tortugas. Y eso tiene un lado bueno: también se retrasa mi encuentro con Mía. Cuanto menos tiempo pasemos juntos, mejor para ambos.

—La floristería —Vadim señala una tienda cercana—. Intento parar justo en la entrada.

—Ajá…

No recuerdo la última vez que compré flores. ¿Para qué? A mí me llueven ramos que luego no sé dónde meter. El más caro se lo queda Karina, el resto Vadim los reparte entre el equipo que organizó mi show.

—¡Buenas tardes! —los ojos del florista se iluminan con entusiasmo genuino. Me sorprendería otra reacción—. ¡Skyler! ¡Qué agradable sorpresa!

—Buenas.

—¿En qué puedo ayudarle? Bueno, espere… ¡Primero una foto! ¡Mi esposa no me lo va a creer!

Aprieto los dientes.

—Sí, claro —fuerzo una sonrisa y la mantengo mientras se hace varias selfies—. En realidad necesito flores. Para una chica.

—¿Su novia?

—Sí.

—Oh… —pasea entre las estanterías, dándose golpecitos en la barbilla. Parece tan perdido como si viera flores por primera vez—. Rosas no le ofrezco: demasiado trillado. Podemos ir con orquídeas, lirios o hortensias. También hay peonías reales frescas.

No tengo idea de lo que habla. Para mí, todo este jardín botánico son "flores". Miro alrededor dispuesto a señalar el primer ramo listo que vea. Y entonces las veo…

—¡Perfectas! Envuélvame esas. Bueno… ni las envuelva.

—¿Qué? ¿Girasoles? —pregunta con cautela.

—Sí. Póngame tres.

—¿Seguro que quiere esos? Podemos armar una composición con girasoles y…

—No. Solo esos.

—¿Quizá cinco? Así lucen mejor…

—Vale —decido apoyar al pequeño comercio—. Cinco. Me convenció.

Pago y vuelvo al coche.

—Listo. Vámonos —le digo a Vadim.

Él no arranca. Me mira como si en vez de flores trajera la cabeza del florista.

—¿Qué son esas malas hierbas? ¿Fuiste a la tienda o te diste un paseo por el campo?

—¿No te gustan? A mí me parecen perfectas para Mía. En cuanto las vi me acordé de ella: igual de simple, pueblerina y volumétrica. Y los tallos duros y un poco ásperos; me han irritado la piel… El ramo ideal.

Vadim suspira con dolor. Vaya drama.

—Ella merece algo mejor.

—Te propuse que eligieras el ramo a tu gusto. Te negaste —las hojas me dan en los ojos. Tiro los girasoles al asiento trasero y me limpio las manos con una toallita del guantera.

—No hablo del ramo, Skyler.

—¿Entonces de qué?

—Da igual —por fin recuerda para qué está al volante y se incorpora al tráfico.

—Si dijiste "A", di también "B".

Tarda en animarse. Mira la carretera, masticando el chicle de una mejilla a la otra.

—De ti —al fin suelta—. Ella merece un chico mejor que tú.

¡¿Qué se cree?! ¿Cómo se le ocurrió siquiera abrir la boca para decir eso de mí? Mía se merece algo mejor… Cualquier chica estaría en el séptimo cielo si estuviera en su lugar. Llevo tres años encabezando la lista de los solteros más deseados del país. Rico, talentoso, sexy, con buen gusto y sentido del humor: todo eso soy yo. ¿Qué más hace falta?

¿O quizá se refería a sí mismo? Como diciendo que él sería mejor pareja para Mía. Vaya serpiente… ¡Le pago el sueldo y le echa el ojo a mi novia ficticia! ¡Muerde la mano que le da de comer! Que ni lo sueñe. Mientras el contrato siga vigente, Mía es mía. Y punto.

Asomándome por encima de esos malditos girasoles, camino hacia la casa. Por la ventana entreabierta de la cocina se derrama a la calle el aroma de la repostería. Me envuelve, me agarra del cuello y me

ata las manos. Y, sin darme cuenta, me convierto en un esclavo incapaz de pensar en otra cosa que no sea ese maldito pastel.

Me detengo en el umbral. A último momento me da vergüenza regalarle esos girasoles. La idea nació como una broma, pero ahora no tiene ninguna gracia. Miro alrededor buscando dónde esconderlos. No me da tiempo. Mía asoma por la ventana.

—¡Timur! —sonríe y me saluda con la mano. Al principio pienso que lo hace para la cámara, porque dudo que Mía se alegre de verme. Pero no tiene el teléfono en las manos—. Llegas justo a tiempo. ¡Entra!

—Gracias por permitirlo… —murmuro por lo bajo, cruzando el umbral de mi propia casa.

Aquí la concentración del olor es aún más fuerte. Parece que viviéramos en una panadería.

—Oh… ¿Hasta en el trabajo te regalan flores? —pregunta Mía. Lleva un vestidito corto de estar en casa y un delantal rosa. El pelo recogido en una trenza, atada con un lazo. Una mejilla espolvoreada de harina, como si fuera polvo.

Así, me recuerda a una chica de un póster pin-up. Hmm… antes los hombres se volvían locos por ese tipo. Solo que la moda cambió, y Mía sigue anclada en los estándares de belleza de los años cincuenta. ¿Por qué no quiere ir al paso del tiempo? Si adelgazara unos quince kilos, sería un bombón.

—¿Qué? —pregunto, porque mis propios pensamientos no me dejaron oírla.

—Pregunto quién te regaló esos girasoles tan bonitos.

—¿Bonitos? —miro las flores con cara de tonto, como si de camino del coche a la puerta hubieran cambiado. No, siguen igual de sencillas—. ¿Te gustan?

—Claro.

—Oh… bueno, eso… está bien. Porque son para ti.

—¿Para mí? —los ojos le brillan como si le hubiera comprado un collar de diamantes y no unas malas hierbas—. ¿En serio? ¿Por qué motivo? Ah… ¡claro! Hay que grabarlo en vídeo. Sal tú ahora al patio, yo enciendo la cámara y vuelves a entrar para dármelas. Prometo fingir sorpresa.

—No, no —me da vergüenza con los fans—. Mejor no lo grabemos.

—Entonces nadie sabrá que me las compraste. ¿Cuál es el sentido?

Me encogo de hombros. Ya no puedo confesar que el "sentido" era humillarla.

—Es… porque sí. Para levantar el ánimo —le tiendo el ramo.

Mía se queda inmóvil. Me mira. Luego sus labios se van curvando en una sonrisa. Parece feliz, y aun así yo me sigo sintiendo un capullo.

—Gracias —abraza con cariño los girasoles—. Me hace mucha ilusión. No lo esperaba de ti… ¿Sabes? En el jardín de mi madre crecen iguales. Nunca los sembramos adrede y aun así cada año aparecen. Como un pequeño milagro. ¿Busco un jarrón?

—¿Es que tengo uno?

—Sí, sé dónde está.

Claro que lo sabe. Sería raro que no.

—Adelante.

Se pasa media hora con esas "matas". Que si cortar los tallos, que si echar agua, que si buscar el lugar "donde estén más a gusto". Estoy completamente descolocado. No esperaba algo así. No se alegró por un bikini que costó lo que un riñón de atleta. Y aquí, por unos girasoles que brotan aunque nadie los siembre… Rara, qué le vamos a hacer.

Mientras Mía está ocupada, miro el pastel. Maldita sea, es una pieza de orfebrería. Dorado y jugoso a la vez. Coronado con merengue horneado y espolvoreado con canela. Si Karina no me hubiera dicho

que lo preparó en directo, jamás creería que algo así puede hornearse en casa.

Suelto el aire.

Enciendo la cámara, saludo. Luego me corto un trocito diminuto y me lo meto en la boca. Dios, ¿por qué está tan rico? A mí la bollería ni me gusta. La última vez que comí fue cuando mi madre horneaba. Y con mi madre no hablo desde hace muchísimo…

—Sabe mejor si lo bebes con leche —dice Mía, sentándose frente a mí—. ¿Te pongo?

A lo hecho, pecho. Asiento. Trozo a trozo me como media tarta. Me siento como un yonqui que no resistió la dosis. Pero, joder, no me arrepiento de nada.

—¿No has pensado en cambiar de trabajo? —le pregunto a Mía, recogiendo las migas de la mesa—. Deberías tener tu propia pastelería, y no andar limpiando oficinas…

—Cocinar es solo un hobby. Al salir de la uni me veo en otra carrera.

—¿En cuál?

Aparta la mirada, un poco cohibida.

—No puedo decirte. Que sea una sorpresa.

—¡Al menos dame una pista! Me intriga.

Mía recoge el vaso vacío de leche y lo mete en el lavavajillas.

—Tiene que ver… con escribir. Con redactar textos.

—¡Aaah! Ya. Quieres escribir un libro. Seguro una novela romántica. ¿Acerté? Claro, estudiaste Filología, seguro que te gusta escribir…

—Me encanta.

—Pues escribe. No pierdas tiempo y empieza ya mismo. Si necesitas el prototipo de un hombre espectacular para el protagonista, puedes usar mi imagen. Te doy permiso.

—Gracias, Skyler. Qué generoso.

Se hace un selfie conmigo. Luego me desea buenas noches y se va a su cuarto.

Y yo me sorprendo pensando que no me habría importado seguir charlando un poco más…

Capitulo 14

Es de noche cerrada. Normalmente termino tan agotado que me duermo apenas toco la almohada, pero hoy el insomnio vuelve a torturarme. No consigo acomodarme… Doy vueltas y más vueltas, como una maldita princesa sobre el guisante. La culpa es de Mía: todo empezó cuando se mudó a mi casa. Tiene una energía extraña, pesada.

Cojo el móvil y, por aburrimiento, entro a su blog. No sé por qué empiezo a ver sus vídeos uno tras otro. Está tan graciosa, tan directa, tan auténtica, sin filtros ni sonrisas falsas. Habla como si no le importara lo que los demás piensen. Es tan distinto a lo que me rodea, tan… refrescante. Por eso, sonriendo como un idiota, le doy "me gusta" a cada publicación.

Dejo el teléfono y miro por la ventana. En el césped se distingue la luz que sale de su dormitorio. Así que tampoco duerme… La curiosidad me corroe: ¿qué estará haciendo? ¿Lee? ¿Mira una serie? ¿O quizá ya empezó a escribir su primera novela romántica inspirada en mí? Si es así, debería cobrar derechos de autor. Las musas también deben recibir su pago.

Si los dos estamos despiertos, debería buscar la manera de sacarla de su habitación. Pero necesito una excusa lógica. No puedo simplemente aparecer y decir: "Hola, Mía, estoy aburrido, hazme compañía". Sonaría como si estuviera desesperado por su atención.

Y no lo estoy.
¿O sí?

Podría fingir que necesito ayuda… algo como que he perdido una lentilla. Pero entonces sabría que tengo mala vista, y eso dañaría mi imagen de perfección (por absurda que sea). Hmm… quizá mentirle y decirle que oí ruidos raros y vine a ver si estaba bien. Eso me haría parecer protector. Perfecto.

Aunque pensándolo bien, ¿para qué inventar nada? Podría simplemente invitarla a dar un paseo. Decírselo tal cual: no duermes, yo tampoco, hace buena noche, vamos a tomar el aire. ¿Qué tiene de malo?

Eso haré.

Lleno de decisión, bajo las escaleras. Camino con paso firme hasta su puerta.
Toco. Una vez. Otra.

No sé por qué, pero las manos me sudan. Será por el calor. Apenas me da tiempo de secarlas en los pantalones cuando ella abre.

—¿Qué pasa?

Su pijama es una camiseta masculina con el logo de un equipo de fútbol de provincias. Ni Victoria's Secret ni Dior: solo una camiseta. Pero, por algún motivo, en ella se ve increíble.

Abro la boca para decir "Vamos a dar un paseo", pero las palabras se me atascan en la garganta. Sé que debo parecer un idiota, pero no puedo evitarlo. Resulta que invitarla a caminar no era tan sencillo.

—Skyler —dice, intentando sacarme de mi estupor—. ¿Te encuentras bien?

Desesperado por recuperar el control, recurro a mi truco infalible: activar el modo imbécil.

—¿Tienes conciencia? ¿Olvidaste que no vives sola? —suelto, con un resoplido despreciativo—. Tienes la luz encendida, haces ruido, y no puedo dormir por tu culpa. Tengo horario. No puedo cantar bien si no descanso. Y mañana tengo grabación.

Ella arquea una ceja. Tranquila. Demasiado tranquila. Y eso me inquieta.

—¿En serio? ¿Quieres decir que hago mucho ruido… escribiendo mensajes?

—¿Y a quién le escribes a estas horas?

—A Artem.

—¿Qué Artem?

—Ya te hablé de él. Mi amigo muy cercano.

Cierto. Algo recuerdo.

—Demasiado cercano, si le escribes de noche.

Mía se echa a reír.

—¿Estás celoso?

—Pff… ¡Por favor! Me da igual.

—Tu indiferencia habla por sí sola…

La situación se me escapa completamente de las manos. Debo rendirme antes de perder la dignidad.

—Apaga la luz y acuéstate. Mañana saldremos a correr. Eso era lo que quería decirte.

—Está bien —asiente—. Buenas noches.

Y me cierra la puerta en la cara.

Por supuesto, no me hizo caso. La luz de su habitación siguió encendida durante una hora y veinte minutos más.

El despertador suena a las siete, y por primera vez en mucho tiempo no lo pospongo diez minutos. Hoy tengo un plan: levantar a Mía para correr y disfrutar viendo cómo sufre. Seguro que no es de esas que saltan de la cama temprano para hacer deporte. Estoy a punto de presenciar la versión somnolienta y despeinada de "Miss Body Positive" y hacerle vivir un pequeño infierno (aquí debería sonar mi risa malvada).

Me pongo mis pantalones cortos deportivos y una camiseta. Hago unos estiramientos. Siento la energía fluir por mis venas. Hoy me voy a redimir: trabajaré duro y compensaré el desliz de ayer, cuando me comí aquel pastel que aún pesa en mi conciencia… y en mis abdominales.

Bajo las escaleras dispuesto a despertar a Mía. Ya imagino cómo se quejará: "¿No puede ser otro día?" o "No tengo ganas, déjame dormir". Incluso he preparado varias frases sarcásticas para cuando tenga que arrastrarla a la fuerza.

Pero la realidad destroza mis expectativas.

Mía me espera en el salón. Lleva unas mallas verdes y una camiseta roja brillante. Si yo suelo vestirme con colores oscuros y discretos, esta cotorra ha decidido salir a correr convertida en una fresa gigante: imposible no verla. Pero lo que más me desconcierta no es su atuendo, sino que está totalmente despierta, animada, y evidentemente se levantó antes que yo.

Bueno, no importa… mi triunfo llegará.

—Pensé que no ibas a salir —dice cerrando su botella de agua—. Estaba a punto de preparar el desayuno.

Contengo mi sorpresa.

—Yo ya estaba listo hace rato —murmuro—. No quería apresurarte.

Sonríe con esa expresión de quien ve justo a través de ti.

—Si ya estamos listos, ¿vamos? Enséñame la ruta.

—Adelante.

Empezamos a correr desde la puerta. A propósito, marco un ritmo rápido para dejarla sin aliento. En tres minutos se rendirá y volverá a casa, mientras yo descanso en el parque cercano.

Pero sigue a mi lado. Y no se queja.

Han pasado diez minutos y todavía no escucho su jadeante "Skyler, no puedo más". En cambio, escucho el clic de una cámara.

—¡Saluda a mis seguidores! —Mía sostiene el móvil delante de ella, y correr no parece afectarla—. Hace siglos que no corría, creo que desde el instituto. ¡Gracias a Skyler por adaptarse a mi ritmo de tortuga!

Por supuesto, no pienso confesar que yo soy el que apenas aguanta este ritmo.

—Deja de grabar —gruño—. Yo no entreno para presumir.

—¿Y si motivamos a otros? —ríe y sigue hablando a la cámara mientras trotamos por la avenida.

La observo de reojo. Es una bruja. No solo logra correr, sino también bromear. Ni un rastro de cansancio, mientras yo estoy a punto de escupir un pulmón.

Giramos hacia un parque. Aquí hace fresco y reina la calma. Sobre el estanque aún flota la niebla. Muy cerca está el banco que marca la meta de mis carreras: suelo desplomarme ahí, recuperar el aliento, secarme el sudor y esperar a que pase el agotamiento antes de volver caminando. Pero hoy lo ignoro. ¡Ni hablar de detenerme primero!

Con ese pensamiento acelero, intento adelantar a Mía, y casi me estrello contra su espalda (sí, corro detrás de ella; no hablemos de eso).

—Eh, ¿por qué te detienes? —me burlo, feliz de que por fin se haya rendido.

Inclina la cabeza y escucha.

—Silencio. ¿No lo oyes?

—Oigo cómo late tu corazón —bufé—. Admítelo, ya no puedes más.

—No, Timur, en serio —se lleva un dedo a los labios—. Hay un cachorro llorando cerca.

Pongo los ojos en blanco.

—Ese pitido que oyes debe ser de la presión alta. Si estás cansada, solo…

Pero ya se ha adelantado hacia una tapa de alcantarilla vieja. Se agacha, mira dentro y exclama:

—¡Dios mío, sí! ¡Mira! ¡Un pequeñito…!

Aun lleno de escepticismo, me acerco y echo un vistazo al oscuro agujero. Efectivamente, allá abajo, entre basura y tuberías oxidadas, tiembla un perrito cubierto de barro.

Mía se enternece al instante:

—¡Tenemos que salvarlo!

—¿Y cómo piensas hacerlo? ¿Vas a lanzarle una cuerda?

—No… habrá que bajar. ¿Tú puedes?

La pregunta es tan absurda que me da risa. Solo a Mía se le ocurriría algo así.

—¿Me imaginas ahí abajo? ¡Está sucio, peligroso y apesta! Además, llevo zapatillas de tres mil dólares.

—No esperaba otra cosa de ti —replica, y antes de que pueda detenerla, se pone de rodillas y se mete medio cuerpo en el agujero.

Cruzo los brazos y la observo mientras se estira torpemente hacia el fondo.

—Oh, genial idea, Mía. Vas a quedarte atascada y tendré que llamar a los bomberos. Debería grabarlo: tus seguidores se volverían locos.

Resopla intentando alcanzar al cachorro. No lo consigue. El animal llora aún más, haciendo dúo con ella. Al levantar la cabeza, tiene la cara manchada, un rasguño en el hombro y lágrimas en los ojos. Oh, no. Odio las lágrimas femeninas. Son la manipulación en su forma más pura.

Suspiro.

—Podríamos pagarle a alguien para que lo saque —sugiero, usando la lógica más elemental.

—¿Ves a alguien por aquí?

Miro alrededor. Cierto, no hay un alma. Precisamente por eso vengo a correr aquí.

—Podemos llamar a Vadim. No te metas ahí. Ese perro podría ser peligroso. No lleva collar; ¿y si muerde?

—Lo intentaré igual —deja el móvil y la botella a un lado. Calcula cómo bajar mejor. Aunque no estoy seguro de que pueda pasar por ese hueco. El pecho no la dejará.

—¡Espera! —grito al darme cuenta de que va en serio—. ¡Es demasiado alto! ¡Te romperás una pierna!

—¿Y si el cachorro ya la tiene rota? ¿Te imaginas cómo se siente?

Suelto el aire, conteniéndome para que no note que mis nervios están al límite.

—¡Apártate! —la empujo justo antes de que salte—. Lo haré yo.

—Pero si acabas de decir…

—¡Cállate! —le lanzo—. Cállate y no comentes nada.

Me quito la gorra, maldiciendo por lo bajo, y me meto en la alcantarilla.

—¡Si me contagio de rabia o pillo hepatitis por las jeringas que haya ahí, será tu culpa! ¿Entendido?!

Capitulo 15

Desciendo al pozo. Está estrecho, húmedo y huele a demonios. Mis pies resbalan sobre las tuberías sucias, y tengo que hacer un esfuerzo tremendo para no caer. Ya me arrepiento de haber bajado. Que otro salve a ese perro. Al fin y al cabo, soy cantante, no activista animal. Para eso hay gente entrenada.

—¿Qué pasa ahí abajo? —grita Mía desde arriba.

—Me temo que voy a tener que tirar toda mi ropa —murmuro—. En cuanto salga de aquí, me baño en antiséptico.

—Pregunto por el cachorro.

—Claro… porque preocuparte por mí sería demasiado pedir.

Entrecierro los ojos, buscando en la oscuridad dónde se esconde ese pobre animal. No veo nada. Enciendo la linterna del móvil y apunto el haz de luz hacia él. ¡Maldita sea! Tal vez sea un cachorro, pero cuando se levanta, tiene el tamaño de un ciervo. Jamás vi un monstruo igual: cabeza pequeña, orejas enormes, el pelaje de un color indefinido y erizado como púas de erizo. Solo de pensar en tocarlo me dan arcadas.

—¡Mía! Eso no es un cachorro. Es algún demonio. Quizá no deberíamos rescatarlo. Que se quede aquí abajo, en el infierno que le corresponde.

En respuesta, el perro gruñe y muestra unos colmillos jóvenes, pero endemoniadamente afilados.

—Está asustado —responde Mía con calma—. Háblale con cariño.

Parpadeo.

—¿Con cariño? ¿Qué se supone que diga? —doy un paso atrás y me apoyo contra la pared cubierta de moho—. Solo se me ocurren oraciones.

—No creo que quiera morderte… Pero si lo hace, recuerda ir al hospital a ponerte la vacuna contra la rabia.

Perfecto. Simplemente perfecto.

Me quedo mirándolo fijamente. Él gruñe. Yo gruño también, para que no note mi miedo. Si Mía se da cuenta de que me da miedo un perro, se reirá de mí, y no pienso darle ese gusto. Si ya me he metido en el papel de héroe, lo interpretaré hasta el final.

—Muy bien, pequeño, hagamos un trato —susurro, extendiendo la mano—. Tú no me muerdes, yo te saco de aquí. Luego cada uno sigue su camino. ¿Trato hecho?

El animal no se mueve. Sus ojos, negros y tensos, me observan con desconfianza. Ese brillo me pone la piel de gallina.

No hay opción. Tengo que actuar. Contengo la respiración, cuento hasta cinco y avanzo. No voy a mostrar miedo. No seré un cobarde ante Mía. Impulsado por una dosis de adrenalina que jamás sentí, agarro al perro por debajo del pecho. De inmediato empieza a sacudirse, a arañar y a gemir como si fuera yo quien fuera a comérselo.

—¡Tranquilo, idiota! —le siseo—. ¡Déjate ayudar!

Agita las patas como un karateka. Una de ellas termina en mi boca. Su cola mojada me golpea los ojos. Las garras destrozan mi camiseta… y su cuerpo se retuerce como un pez recién sacado del agua. No hay nada de indefenso en esta criatura.

—¿Cómo va eso? —grita Mía desde arriba.

—¡Todo bajo control! —respondo, con la voz quebrándose en falsete.

Por fin logro levantar al monstruo por encima de mi cabeza y acercarlo a la abertura. En medio del estrés, parece que hasta se ha orinado sobre mí. Bueno, no lo culpo. Yo también estoy a punto de hacerlo.

—¿Puedes alcanzarlo? ¡Tómalo! —casi le ruego—. Rápido, que no podré sostenerlo mucho más. ¡Puaj, creo que una pulga acaba de

saltarme encima! ¡MÍA!

Ella agarra al perro, lo aprieta contra su pecho. El animal se calma al instante, se acurruca y suelta un pequeño gemido, como si le diera las gracias.

Desde abajo contemplo la escena, me seco el sudor de la frente y advierto:

—Ten cuidado. Puede ser peligroso…

—Oh, basta ya —responde Mía—. Has asustado al pobrecito, míralo, está temblando.

—¿Eso fue un "gracias, eres mi héroe"?

—Gracias —su sonrisa brilla como el sol—. ¡Ahora sal de ahí!

Me acerco a la pared, apoyo las manos en una tubería y me impulso hacia arriba. En mi cabeza esto parecía fácil. En la práctica, termino colgado del borde con las manos raspadas.

—Eso fue solo el calentamiento —me susurro—. Ahora verás el verdadero parkour.

Me acomodo, salto, casi logro aferrarme al borde… resbalo y caigo al fondo con un golpe seco.

—¿Qué fue ese ruido? —pregunta Mía.

Fue mi autoestima rompiéndose.

—Solo comprobando la resistencia de las tuberías —respondo, lo primero que se me ocurre—. Ya que estoy aquí abajo, pensé que…

—¿No puedes salir, Timur? —siento que intenta contener la risa; su voz tiembla traicioneramente.

—¡Claro que puedo!

Lo intento otra vez. Y otra. Y tres veces más. Cada intento termina igual: el cemento resbaladizo, las manos que se escurren, los pies que patinan. Mi dignidad cae más rápido que la economía nacional.

Mía se inclina sobre la abertura. No dice nada, pero siento su mirada. Quema más que todas las heridas de mis brazos.

Bajo la cabeza, respiro hondo y, con voz ajena, ordeno:

—Llama a Vadim.

Vadim prometió que vendría lo antes posible, pero sé que seguro se quedará atrapado en el atasco de la mañana. Estoy sentado en este maldito agujero y pienso: así acaba la carrera de una leyenda. No en un escenario entre ovaciones, ni en revistas de brillo, sino en la alcantarilla, al lado de una botella de cerveza y un ratón muerto.

— ¡Magnífico comienzo de día! —me digo—. ¡Una dosis de energía! Estoy que reboso vigor. ¡Y todo gracias a ti, Mia! —levanto la cabeza —. Si no fuera por tu misericordia desmedida, no habría caído en esta trampa.

— Tú mismo te metiste —suena desde arriba—. Deja de quejarte. ¡He pensado cómo sacarte!

Miro hacia arriba y la veo estirarme… una rama.

— ¿En serio? —pregunto—. ¿Esto es un nuevo método de humillación?

— Agárrate y súbete. ¡Tú puedes!

Cojo la rama y tiro. Se dobla, cruje. Le cae corteza. Parezco un mono torpe con ciática que no puede trepar a un árbol. No hay manera.

— Plan brillante —suspiré—. Una pena que no funcione.

Mia deja la rama. Se tumba en la hierba junto a la boca del alcantarillado y la mira como si fuera un pozo mágico. Seguro está intentando inventar otra idea idiota para rescatarme. El perro también me contempla desde arriba. Y si Mia muestra preocupación, el bicho destila una mofa evidente. Juro que ese monstruo se burla de mí. Está encantado de que yo esté en su lugar.

— No vas a contar esto a tus seguidores, ¿verdad? —pregunto—. Si lo haces, te echo de la casa. ¡Te lo juro!

— ¿Por qué? ¿Es que tienes tanto miedo de parecer ridículo?

— No soy un payaso.

— Pero eres humano. A la gente le pasa meterse en situaciones tontas de vez en cuando; no es ningún drama.

— A la gente también le pasa meterse en escándalos. Y yo, como ves, no puedo permitírmelo. Cualquier error mío se vuelve noticia.

— ¿Y eso qué importa?

— No lo entenderías… Nunca has sido famosa.

Ella se encoge de hombros.

— Ahora soy bastante popular.

— ¿Y no te da miedo que se rían de ti o que te juzguen?

— No, en absoluto.

— Vaya… O eres muy dura o completamente tonta. Aún no lo tengo claro.

— La primera opción —me responde.

Me seco la mugre de la cara con el revés de la camiseta. Escucho y por fin distingo el rugido de un motor que no puede confundirse. No sé cómo demonios Vadim ha logrado meterse con el coche hasta el parque, pero se lo agradezco. Incluso se me mejora el humor.

— ¡Aquí estoy! —grito cuando oigo que se cierran puertas—. Vadim, date prisa.

— Skyler, ¿qué haces ahí abajo?

— Tomando el sol —resoplo—. Hay un sol estupendo y huele a rosas. ¿No lo ves?

Vadim mira a Mia.

— ¿No fuiste tú quien lo tiró allí? Si fue así, no te culpo. Sé de lo que es capaz…

— ¡NO! No, no fue ella —gruño perdiendo la poca paciencia que me queda—. Yo mismo… me bajé. Estaba salvando al perro, por cierto.

— Está bien —suspira Vadim—. ¿Tengo una cuerda de remolque, la tiro?

— Ya intentamos con la rama —responde Mia por mí—. No puede sostenerse, tiene los brazos débiles.

— ¡Mis brazos son fuertes! Es que… los músculos están cansados.

— Entendido —asiente Vadim—. Ahora te saco. No te pongas histérico.

Y, sin dudarlo, salta al alcantarillado. Aterriza junto a mí con una facilidad como si aquello fuera una cama elástica infantil.

— Vente aquí —dice, metiéndome la mano por la axila y levantándome como a un niño—.

— ¡Eh! No así —me opongo—. ¡No me cojas en brazos!

— ¿Por qué?

— Es humillante. No es de hombre, ¿sabes? —me acerco a su oído y susurro—. Mia está mirando. Mejor ponte de rodillas y me subo a tus hombros. ¡Vamos, rápido!

— Recuérdame por qué sigo trabajando para ti —se indigna, pero se arrodilla—. ¿Por qué tolero tus caprichos?

— Cállate.

Me subo a sus hombros. Él se levanta de un tirón y literalmente me empuja hacia la superficie. ¡Por fin puedo ver el sol! Me sacudo, me lavo con el agua que me derrama Mia sobre las manos. En secreto deseo que Vadim quede atrapado en mi lugar y no pueda salir solo. Pero ni se esfuerza. Simplemente se impulsa, pone las manos en el borde del sumidero y con una sola subida sale como si hubiese

entrenado toda la vida para este momento. Pueden felicitarme: mi asistente es Spider-Man.

Mia levanta el pulgar.

— ¡Eres el héroe del día!

Siento cómo algo hierva dentro de mí. ¿Vadim héroe? ¿Acaso no fui yo quien luchó con esa cosa? ¿No me arañaron, mordieron y me rociaron con fluidos biológicos? ¿Por qué todo el aplauso se lo lleva Vadim?

Bah, al diablo. Solo sueño con una cosa: una ducha caliente. Me lanzo al asiento trasero del coche de Vadim, listo para por fin volver a casa.

— ¡Te enviaré el recibo de la limpieza en seco del interior! —grita cuando me reclino—. ¡Y abre la ventana, apestas terrible!

— Mia, date prisa —grito—. ¿Vienes en coche o te vas andando?

Pero ella no se mueve. Está sentada en la hierba, abrazando al demonio del alcantarillado, que ya se ha acurrucado en su regazo y la mira como si ella fuera su nueva mamá. Mia pasa la mirada de él a mí, y en sus ojos veo una determinación peligrosa. Oh no… Creo que sé lo que va a decir.

— No podemos dejarlo aquí. Necesita un hogar.

— Necesita un exorcista —corrijo.

— Y tienes una casa tan grande. Podría ser un guardián… —su voz se suaviza de repente.

— ¡De ninguna manera! En mi casa no hay sitio para un perro apestoso y lleno de pulgas.

— Le encontraremos dueño —no cede Mia—. Solo tenemos que grabar un vídeo y subirlo a las redes. Tus fans estarán encantadas con la posibilidad de adoptar un perro sacado de las manos de Skyler.

— ¿Qué vídeo? —gruño—. Trabajo en el espectáculo, ¡no en un refugio de animales!

— Yo hace tiempo que quería un perro —dice Vadim con calma—. Si no os importa, podría quedármelo. Sería mi amigo.

Y entonces algo en mi cabeza hace un corto circuito. No hay otra explicación.

No le voy a dar el perro.

Ya le han puesto el título de héroe. No permitiré que Mia lo considere doble héroe. Aunque tenga que hacer un sacrificio.

— ¡Ja! —me asomo fuera del coche—. Yo salvé a ese monstruo, así que es mío. ¿Entendido? Y yo decido qué hacer con él.

Mia parpadea.

— Pero hace un momento dijiste que no lo querías.

— Ahora digo que lo quiero. Mucho. Llévalo al coche y vámonos. ¡Rápido, antes de que se escape!

Capítulo 16

Cuando por fin llegamos, Skyler sale del coche como si huyera de la policía. No deja de refunfuñar sobre el día arruinado, sobre cómo su carrera se acabará por culpa de las cloacas, y sobre que yo lo "metí en este circo".

Mientras tanto, llevo al perrito dentro de la casa. Es ligero como una almohada y tiembla tanto que se me parte el corazón. Da miedo imaginar lo que tuvo que pasar y cuánto tiempo estuvo solo, en la oscuridad y el frío.

—¡Alto! —Skyler alza la mano como si pusiera una barrera—. Ni se te ocurra. En mi casa no va a vivir.

—¿Y entonces dónde? ¿En la calle? —alzo una ceja—. No se puede dejar a un animal tan pequeño a la intemperie. Ni siquiera tienes un corral para él.

Skyler mira al techo, como si pidiera ayuda celestial.

—Mi salón es para los invitados. Mi estudio, para la música. Mi dormitorio, para dormir. Y en ninguna de esas habitaciones hay espacio para pulgas y pelo.

No dijo nada de la cocina. Así que, sin decir palabra, llevo al perrito allí. Tomo una alfombrilla del baño y la extiendo bajo la ventana.

—Aquí será su sitio —digo, dejando al cachorro sobre ella.

—¿En mi cocina? —Skyler se lleva las manos a la cabeza—. ¿Donde se prepara la comida?

—Tú no cocinas —sonrío—. Y tus bandejas gourmet para estrellas están bien selladas.

Skyler masculla algo con furia y gesticula como si fuera un actor dramático en un grupo de teatro amateur. Mientras él protesta, yo lleno un cuenco de agua y lo coloco junto al perro. El cachorro bebe con ansia, salpicando por todas partes.

—Míralo —digo en voz baja—. Está tan triste. Le dolía, pasó hambre, lloró… Y ahora está a salvo. Gracias a ti.

Por un instante el rostro de Skyler se suaviza. Pero solo un instante.

—No se quedará aquí mucho tiempo —gruñe—. Es temporal. ¿Me oyes? Temporal.

—Por supuesto —asiento. Aunque los dos sabemos que ya es nuestro. Para siempre.

Skyler me deja sola. Me ordena que el perro no huela mal y se va a "remojar" al baño. Y no exagero con lo de "remojar", porque se queda allí casi una hora. Ya pensaba ir a comprobar si no se había ahogado.

Pero no. Está vivo y muy sano. Baja a la cocina fresco y reluciente, como recién salido de un anuncio de champú. Solo su mirada sigue enfadada y molesta. Pero ese es su rostro estándar, así que todo bien.

Se detiene, cruza los brazos.

—Bueno, ¿cómo está nuestra rata? ¿Todavía no ha hecho pis en mis zapatillas?

En las zapatillas no. Pero sí en la alfombra blanca y mullida del salón. Decido callarme. La lavaré; la reputación del cachorro, en cambio, no se limpia tan fácil.

—No es una rata, es adorable. Mira qué orejitas tan lindas tiene.

—Ya las vi —dice seco—. No tienen nada de adorables. Parece una mezcla entre hombre lobo y ciervo. Y me odia. El sentimiento es mutuo.

Resoplo. Pero cuando bajo la vista, el perro de verdad lo mira fijamente. En serio. Como si evaluara si morderle la pierna o no.

—Solo siente que estás a la defensiva. Conmigo no reacciona así.

—¡Claro que estoy a la defensiva! Mi casa se está convirtiendo en un caos. ¡Un pasillo público! Primero tú, ahora el perro, ¿quién sigue?

—Los niños —bromeo—. Mira qué cuadro perfecto: tienes casa, amor, perro… Solo faltan los niños y podrás decir que tu vida está completa.

Skyler se queda pálido y traga saliva.

—No. —Es lo único que logra decir—. Ni hablar de niños. Y además… yo… tengo que ir a trabajar. Grabar el álbum.

—¿Ni siquiera vas a comer antes de irte?

Se detiene.

—Cierto —abre la nevera—. ¿Dónde está mi comida?

—Se la di al perro.

—¿¡Estás de broma!? —grita. Creo que si pudiera, se arrancaría el pelo.

—No. Tenía hambre, y no había nada preparado salvo tu ración. Lo siento. Sé que no debía tocar tu comida —intento sonar lo más amable posible—. Pero te preparé un pastel de requesón. Está rico, de verdad.

Skyler gira la cabeza hacia la mesa, donde le señalo con el dedo.

—¿Cuándo lo hiciste?

—Mientras te duchabas.

—Vaya… Qué sorpresa —su expresión se suaviza del todo—. Bueno… esto… gracias.

Se sienta a la mesa y empieza a comer. Entiendo que le gusta. Pero no sé por qué eso me hace sentir tan bien.

—Antes comías comida de entrega porque no tenías a nadie que cocinara para ti. Ahora me tienes a mí. Si quieres, puedo ocuparme de eso —las palabras salen de mi boca antes de que mi cerebro las procese.

—¿Me harás el menú? —ironiza.

—No. Te alimentaré como a una persona normal.

—Voy a engordar.

—¿Y qué?

—No me cabrá la ropa.

—Eres rico, te comprarás otra —veo la lucha en sus ojos. Quiere negarse, pero la tentación es demasiado fuerte—. Además, no estaremos juntos para siempre. Un mes, dos. Tu figura sobrevivirá.

Skyler mete en la boca el último trozo de pastel.

—De acuerdo. Puedes intentarlo, si tanto te apetece —dice con tono de quien hace un favor—. Pero soy muy exigente con la comida. No te ofendas si no me la como.

—Trato hecho.

Pronto, Skyler finalmente se va al trabajo. Por supuesto, antes de eso no olvida dar una lección sobre las prohibiciones respecto al perro. En resumen: no debe dejar olor, pelo ni ningún otro rastro de su estancia en la casa. Si algo muerde, me lo debe reponer. Si hace caca, también debo limpiarlo yo. En realidad, nada nuevo.

El perrito y yo nos quedamos solos. Decido presentarlo a mis seguidores, contar la historia de su rescate y pedir a los admiradores de Skyler que le inventen un nombre. No es apropiado que el niño se quede sin nombre.

No pensé que la gente se entusiasmaría tanto. Llenan de cumplidos al perro, a mí y a Skyler. A algunos les conmovió el simple hecho de rescatar al perro. A otros les gustó que Skyler se lo quedara. Y algunos incluso vieron en esto una propaganda para adoptar perros mestizos. Y nadie se atrevió a llamarlo rata de alcantarilla, como lo hacía el mismo Skyler. De los nombres propuestos, los que más me gustaron fueron Happy, Acord y Sky (abreviatura de Skyler). Los anoté en mi cuaderno para luego consultar a Timur. Claro, él finge que no le importa, pero en realidad no es así. Estará feliz si le pregunto su opinión.

Suena el teléfono. El perro empieza a aullar al ritmo de la música. ¡Qué talentoso! Incluso canta mejor que su dueño.

Miro la pantalla: es Natali.

— Hola, — tomo el auricular, aunque en realidad no tengo ganas de hablar con ella.

— ¿Y bien? — su voz es fría, profesional. — Mía, ¿por qué todavía no hay nada nuevo? Ninguna provocación, ningún párrafo escandaloso. Los lectores quieren una sensación. No les interesa leer lo mismo que muestras en tus blogs.

Bajo la mirada hacia la página en blanco de mi cuaderno, donde ya deberían estar las notas para el próximo artículo.

— Pronto estará todo. Estoy trabajando en ello, — respondo en voz baja. — El nuevo artículo te sorprenderá.

— ¿De verdad? ¿Y de qué tratará? ¿Ya averiguaste los detalles del conflicto de Skyler con sus padres?

— En proceso, — miento. No tengo idea de qué pasó entre ellos. Y Timur evita hablar de eso. — Solo dame un poco de tiempo, ¿de acuerdo? Además, la Semana de la Moda está cerca… Seguro de ahí sacaré algo interesante.

— ¿Lo prometes?

— Sí.

— Pero necesito el material antes de la Semana de la Moda. Te doy dos días.

— Pero…

— ¡Dos días, Mía!

Corta la llamada sin siquiera despedirse.

Siento un peso extraño en el corazón. En toda mi carrera como periodista nunca sentí repulsión por mis obligaciones. Me apasionaba, vivía para eso. Y ahora no quiero escribir. No puedo

obligarme a escribir una sola palabra mala sobre Skyler. Y mucho menos después de hoy.

Sí, es egoísta, sarcástico y un idiota. Se comporta como un auténtico imbécil. Pero también he visto otra faceta: cómo saltó sin dudar a un pozo de barro, cómo rescató a ese perro asustado. Cómo se alegró al probar comida casera y cómo temía desesperadamente otro encuentro con los paparazzi. No es un ídolo. No es una estrella. Ante todo, es un ser humano vivo y vulnerable. Y esa persona merece paz y vida privada.

Miro al perro, que parpadea con sus ojos oscuros, y susurro para mí misma:

— Parece que esto será más difícil de lo que pensé…

Lo intento. Honestamente. Hasta altas horas de la noche torturo el teclado de la computadora, escribiendo frase tras frase, y luego las borro y empiezo de nuevo. Me arden los ojos. Y mi cuerpo comienza a doler, porque la carrera dejó secuelas. Con mis últimas fuerzas me contengo para no mostrar lo difícil que me resulta. Quería parecer fuerte. Ahora quiero un analgésico, porque mis músculos duelen del cansancio.

Me acuesto en la cama. Apago la luz, pero antes de poder dormir, se oye el sonido de la cerradura. Skyler ha vuelto. Me levanto. De puntillas, me acerco a la puerta y la abro apenas un poco. Quiero ver cómo reacciona el perro ante el regreso de su dueño. ¿Volverá a gruñirle? También me preocupa mucho que Timur pise un charco y se enfade. En ese caso tendré que intervenir y explicar que enseñar al perro a hacer sus necesidades afuera lleva meses, no solo una noche.

Skyler entra a la casa con un enorme saco de comida para perros sobre el hombro. En la otra mano, una bolsa de la tienda de mascotas. Me tapo la boca con la mano para no reír. ¿Y este hombre decía que en su casa no había lugar para un perro apestoso?

Deja las compras en el suelo y se queda un momento parado, mirando al cachorro. Este levanta la cabeza, parpadea con ojos somnolientos y coloca su hocico sobre las patas con cautela.

Skyler saca lentamente de la bolsa una pequeña caja. Entorno los ojos. Parece un collar.

— Está bien, pequeño, — murmura. — El asesor de la tienda dijo que este collar te librará de las pulgas. Quieras o no, debo ponértelo.

Se mueve con tensión, como si se acercara a una bomba. Extiende la mano y toca con cuidado la nariz del perro. El cachorro se mueve un poco y veo cómo Skyler tiembla con todo el cuerpo.

— Tranquilo, sin trucos, — susurra. — Yo también tengo miedo.

Y milagrosamente, lo logra. El collar hace clic. El perro no entiende por qué le pusieron eso en el cuello y trata de quitárselo con la pata. Skyler, para distraerlo, saca un juguete suave: un pato amarillo.

— Si te enojas y quieres morder a alguien, ¡muerde esto! — se echa hacia atrás, se seca el sudor de la frente y murmura: — Perfecto. He perdido la cabeza, hablando con un perro.

Por último, vuelve a acercarse al cachorro y lo acaricia nerviosamente en la cabeza. Probablemente para consolidar el éxito. Luego lo deja en la cocina y sube al segundo piso.

Parece que el hielo entre ellos se ha roto. Un poco más y se harán amigos. Garantizado.

Capitulo 17

Sé que no puedo retrasarlo más. Natali espera un artículo provocador, y si no le entrego material, me arriesgo a una reprimenda, y con ello, incluso mi ascenso podría estar en peligro. Así que solo me queda una opción: si no hay sensación, hay que crearla.

Pero el protagonista principal será otro personaje. Yo misma. "La novia de Skyler al borde de la depresión" — ese titular hará que los lectores entren en la página del artículo.

Una vez más sacrifico el sueño y me levanto más temprano de lo habitual. Me aseguro de que Timur todavía duerma y me pongo manos a la obra con mi plan. Rebusco en la sala buscando las llaves de su auto. Ojalá no las haya llevado a la habitación… ahí no voy a meterme. En el sofá veo su chaqueta de mezclilla y, sin remordimientos, comienzo a revisar sus bolsillos. Me sorprendo pensando que me gusta su olor — cálido, un poco amargo, con notas de pino y tabaco. Levanto el cuello hasta la nariz y respiro de nuevo ese aroma. Resulta que Skyler tiene buen gusto para los perfumes. Claro, si no los compró Vadim.

Finalmente, encuentro las llaves. ¡Suerte!

En el pasillo me recibe nuestro cachorro todavía sin nombre. Durante la noche ha logrado volcar el cesto de basura, destrozar un rollo de papel higiénico y construir un nido con mis zapatos. Además, hizo tres charcos del tamaño del Océano Pacífico.

— Menos mal que Skyler no ve esto, — murmuro, limpiando la orina con la fregona. — Le daría un infarto.

El perro parpadea y bosteza, como diciendo: «Tú misma tienes la culpa por dejarme solo».

— Sé un buen chico, — lleno su cuenco nuevo con comida. — Y cuida de tu dueño mientras no estoy.

Su auto lo espera en el garaje. Una bestia roja de lujo con el capó pulido hasta reflejar como un espejo. En las placas, con letras doradas, brilla "SKYLER". Seguro que Timur ya se arrepintió de comprar placas con su seudónimo. Se privó conscientemente de la posibilidad de pasar desapercibido cuando se desplaza en su propio vehículo.

Pero eso me conviene. Hoy debo ser visible.

Abro la puerta del garaje. Me siento en el auto y lo enciendo. El motor ruge tan fuerte que el corazón me da un vuelco. Me quedo inmóvil, temiendo que Skyler lo escuche. Escucho atentamente. Silencio. Todavía duerme. Respiro hondo, aprieto el volante y salgo cuidadosamente por la puerta.

La capital ya vibra. El tranvía suena cerca de la esquina, las cafeterías sacan sus mesas a la acera, y sobre mi cabeza brilla la hoja húmeda de los tilos. La gente camina con café en mano, y casi todos se detienen a mirar. Los teléfonos se levantan. Todos reconocen este auto.

Y al volante — yo. La estrella de los titulares de hoy.

Por un momento me invade una sensación extraña. Como si realmente fuera la novia de una celebridad. En el centro de atención, bajo la mirada fascinada, entre susurros: «Es ella…». Y dentro de mí surge una ola de orgullo que no sentía desde hace mucho. Bajo las ventanas. El viento revuelve mi cabello y me dejo llevar riendo en voz alta. Que miren. Que fotografíen.

Para no perder tiempo, saco de mi bolsillo mi pequeña grabadora y comienzo la entrevista:

— ¿Cómo se siente después del accidente de hoy? — me pregunto a mí misma. Exactamente como cuando era niña, imaginando ser famosa y entrevistando a mi reflejo.

— Bien… Me duele un poco la cabeza, pero es más por los nervios que por el golpe. Probablemente exceso de adrenalina.

— ¿Es consciente de que ha creado un precedente peligroso? ¡Un peatón pudo estar bajo sus ruedas! ¿Se considera intocable, ya que los contactos de Skyler pueden arreglar cualquier situación?

— No. Para nada me considero intocable. Estoy en shock por cómo sucedió… De ninguna manera quise causar peligro. Solo que, entienden… estoy pasando por un momento difícil. Estoy muy nerviosa, no recuerdo la última vez que dormí o comí — ("comí" tachar, no lo olvidaría ni si empezara el apocalipsis). Probablemente el estrés se manifestó, y por un momento perdí el control del auto.

— ¿Estrés? — entro en el centro de la ciudad.

— Sí. En realidad, no quisiera hablar de ello…

— ¡Al menos un indicio! ¿Tiene que ver con Skyler? ¿Problemas de pareja?

— Oh, no. Con Timur estamos bien. Él es mi rayo de luz. Sin él no sé qué haría.

— Entonces, ¿cuál es el asunto?

Aquí pongo la grabación en pausa. ¿Qué desgracia inventar? ¿Problemas de salud? ¿Mentales? ¿Adicción a sustancias prohibidas…? No, nada de eso.

— Agreguen que dudé mucho antes de confesarlo. Pero finalmente digo: tengo deudas enormes. No voy a especificar de dónde, es muy personal. Pero la suma es altísima. Cuando los cobradores supieron que salgo con Skyler, ¡empezaron a exigir aún más! Esas amenazas… son horribles. No tengo paz ni de día ni de noche. Temo por mi vida (por cierto, aquí se puede agregar la hipótesis de la redacción sobre la causa de las deudas. No limiten su imaginación).

Y ahora lo más interesante. Hay que volver al principio. Tuve un accidente. Bueno… organicemos.

Llego a la plaza principal. Delante veo un poste metálico con la señal de paso peatonal — perfecto. Voy directo hacia él.

— El show debe continuar, — susurro y piso el acelerador.

Impacto. Sordo, metálico. El coche tiembla, me lanza hacia adelante y el cinturón me aprieta el pecho. El aire sale de mis pulmones, el zumbido retumba en mi cabeza.

La multitud se congrega al instante. Alguien grita:

— ¡Salven a Skyler!

Los teléfonos hacen clic, las cámaras graban. Ya se escuchan sirenas de policía…

Me recuesto en el asiento y de inmediato envío a Natali la entrevista para el artículo. Ahora finjo estar asustada y un poco desorientada. Pero en mi pecho arde el triunfo: la sensación está lista, y Skyler no resultó afectado.

A nuestro alrededor se desata un verdadero caos. La gente corre desde todas direcciones, todos encienden la cámara del teléfono. Algunos miran en silencio, otros discuten en voz alta si deben llamar a una ambulancia. Una mujer con uniforme de tienda de vinos casi cae sobre mis rodillas, murmurando:
— Señorita, ¿está bien? ¿Necesita ayuda? ¿Puedo tomarme una foto con usted? Soy su seguidora.

Asiento para mostrar que estoy viva y cubro con la mano la cámara que ya me apunta en la cara. En realidad, estoy un poco desorientada. El cinturón de seguridad me clavó dolorosamente en el pecho, el hombro me duele, y también me mordí el labio. Probablemente exageré un poco con ese golpe dramático.

Una patrulla se detiene cerca, las sirenas cortan todas las voces. Dos policías comienzan a hacer el informe. Yo cumplo educadamente el papel de "víctima asustada de las circunstancias": hablo bajito, aprieto los dedos, bajo la mirada al suelo. Ya están fotografiando el coche desde todos los ángulos, preparándolo para remolque.

No han pasado ni treinta minutos cuando, entre las luces y la multitud, aparece él.

Pero no es Skyler.

Es Vadim.

Con traje, peinado perfecto, calmado y concentrado, se mueve como si no bajara de un SUV negro, sino del escenario de una película de superhéroes. La gente se abre a su paso. Incluso los policías hablan con más calma.

— Mía —se inclina hacia mí, tocándome el hombro—. ¿Estás bien?

— Sí —aprieto los labios—. Todo está bien.

— Hay que ir al hospital —afirma—. Al menos a un chequeo.

— No hace falta. Solo no al hospital —niego con la cabeza como una niña pequeña—. Estoy bien.

Vadim mira a los policías, intercambia unas palabras con ellos, y de inmediato se vuelven más flexibles. ¡Un verdadero "gestor de crisis"! Me toma del brazo y me lleva a su coche.

— Te llevaré a casa —dice con tal calma que parece resolver situaciones así todos los días—. Skyler ya está al tanto. Él… cómo decirlo suavemente… está furioso. En tu lugar, prepararía una buena excusa.

Si pudiera decir la verdad… no tendría que inventar nada. Pero no me queda otra que hacerme la tonta. Después de todo, es una manera infalible de evitar problemas.

— ¿Seguro que no necesitas ir a una clínica? —pregunta Vadim de nuevo, sin maniobrar demasiado—. Puedo llevarte con un conocido para que te haga una radiografía.

— No, de verdad. Ni siquiera fue un accidente completo. Solo… una tontería.

Él asiente, pero no parece convencido.

— Tontería o no, esto saldrá en las noticias —añade con reproche.

— Lo sé.

Vadim suspira y suelta el volante un segundo para frotarse el puente de la nariz.

— Esa era tu intención, ¿verdad? —me sorprende. Por un instante, siento miedo.

— ¿Perdón?… —pregunto, intentando ganar algo de tiempo. Por si acaso, pienso en una posible fuga si descubre mi instinto periodístico.

— Sabía que tarde o temprano intentarías atraer la atención hacia ti. Eres demasiado brillante para permanecer a la sombra de Skyler. Tú también quieres atención y reconocimiento, ¿verdad? Por eso fuiste al centro en hora punta, aceleraste, te luciste. Querías atención.

Uf. No entendió nada. Respiro aliviada.

— Actué como una idiota —digo con un arrepentimiento bastante realista—. Quería sentirme como una estrella y casi acabo convertida en un filete. Me da vergüenza.

— Solo no se lo digas a tus seguidores, ¿entendido? —sonríe cansado—. Tendrás que explicar lo de hoy, pero mejor mantén una línea neutral. Por ejemplo, que el coche estaba defectuoso y no pudiste frenar a tiempo. Así no solo te justificas, sino que además le das emoción a la vida de Skyler, porque podría haber sido peor.

— Está bien —asiento—. Y gracias por venir tan rápido.

— Es mi trabajo. Y Skyler lo paga bien.

— Y sinceramente, ¿qué tal trabajar con él? Porque a veces me saca de quicio…

— Sinceramente, no es tan malo como quiere parecer. Todo su fanfarroneo, su orgullo, su comportamiento de bufón, es solo una máscara.

— ¿Para qué? ¿Por qué no puede ser una persona normal?

— Porque a una persona normal es más fácil herirla, y él… es muy vulnerable, créeme.

No me di cuenta cómo llegamos a la puerta. La tensión que acababa de calmarse vuelve y se intensifica. Especialmente cuando aparece Skyler en persona. En una mano sostiene la correa del perro que se agita desesperadamente, en la otra el teléfono. Su aspecto es como si acabara de intentar llamar bomberos, ambulancia y la OTAN al mismo tiempo.

Al verme, Skyler sale disparado. Sus pies se enredan con los del perro, ambos gruñen por poco caerse.

— ¡¿Estás viva?! ¿Qué pasó? ¿Dónde te duele? —lanzando preguntas, abre la puerta. Luego cambia de tono abruptamente—. ¿Y el coche?! ¿Dónde demonios está mi coche?! ¡MÍA!

— Solo cálmate. Todo está bien —comienzo, pero me interrumpe:

— ¿Qué es eso en tu frente? ¿Un moretón? ¿Te golpeaste la cabeza otra vez? —y de inmediato se lanza—. ¡Dios, el coche! ¿No está destrozado? ¡Tengo que verlo!

Parece que su cerebro no puede priorizar: primero entra en pánico por mí, luego recuerda el coche, y ambas ideas chocan, explotando en nuevas preguntas.

Veo que Skyler palidece y entiendo que realmente está asustado. Su voz cambia entre gritos y ronquera, y parece no saber a qué aferrarse más: ¿a mí o a su maldito coche?

El cachorro, sintiendo la tensión, llora y tira de la correa hacia un lado, como queriendo esconderse de este espectáculo. Lo entiendo.

Skyler gruñe:

— ¡Cállate, Chupacabra! ¡No te soltaré de la correa de todos modos!

— ¿Chupacabra?! —grito.

— Sí, ese es su nombre ahora.

— ¡¿Qué demonios?! ¡No puedes ponerle un nombre tan tonto a tu mascota!

— Es mi perro. Lo nombro como quiero —cruza los brazos con firmeza—. Y además, ahora eso no te debe preocupar. Tenemos una conversación seria por delante.

Las últimas palabras las pronuncia con un tono que me hace estremecer. Me vuelvo hacia Vadim, rogándole con la mirada que no me deje sola con Skyler.

Y él solo se encoge de hombros.

— Deberías haber pensado en las consecuencias… —susurra con los labios apenas moviéndose.

Capitulo 18

— ¡Podías haber muerto! — la voz de Skyler suena como una cuerda a punto de romperse. Asiente, indicándome que entre en el patio. — ¿Cómo se te ocurrió ponerte al volante?! ¡Sin permiso! ¡Debiste preguntar!

— Pero no me habrías dejado.

— ¡Claro que no!

— Entiendes… — las palabras se me atascan en la garganta. Intento hablar con calma, aunque mi corazón aún late como si hubiera corrido un maratón. — Quería comprar algunos víveres. Bueno… para prepararte el almuerzo, como habíamos acordado… y luego me sentí un poco perdida, no pude controlar el coche. Los pedales de tu auto son… duros.

— ¿Comprar víveres? — levanta las cejas tan alto que podrían captar señales de radio desde el espacio. — ¿Decidiste ir por leche en un auto que vale como un avión pequeño?!

— No solo por leche… También carne, huevos, pan…

— ¡MÍA!

Uy, me gusta cómo grita mi nombre.

Paro. No estoy pensando en eso.

Tomo aire y digo rápido:

— ¡Perdón! No pensé que todo saldría así. Esperaba devolver el auto discretamente y ni siquiera lo notarías.

— ¡Mala excusa! La peor que he escuchado, — intenta desenredarse de la correa, que el perro (me niego a llamarlo Chupacabra) ha enrollado alrededor de sus piernas. — Diablo…

— Lo sé, lo sé, — me pongo a ayudar. — No lo haré de nuevo. Te lo juro. Fue una lección para mí. ¡He aprendido la lección!

Se queda en silencio. De pie, con los puños apretados. Me mira como si intentara decidir qué es más importante: ¿reprenderme hasta el cansancio o… abrazarme? Su mandíbula está tensa, los ojos arden.

— Podrías… — empieza de nuevo, pero traga las palabras. Aparta la mirada y exhala con fuerza. — Lo importante es que sigues viva.

— Sí… De lo contrario, no solo habrías tenido que pagar la reparación del coche, sino también por mi funeral.

— ¿Eso te parece gracioso?

Se queda en silencio un minuto más, pasa las manos por su cabello, como si con ese gesto intentara limpiar el aura y disipar la ira. Luego, ya más tranquilo, en su estilo, dice:

— La próxima vez haz una lista de víveres y pásasela a Vadim.

De repente, el perro hace un tirón brusco. La correa se escapa de las manos de Skyler y Chupi (¿mejor así?) sale disparado por el patio, como en una carrera olímpica.

— ¡Alto! — grita Skyler. — ¡Ven aquí!

Ajá, claro. El cachorro no se detiene, corre directo a la piscina y comienza, entre jadeos, a beber agua.

— No solo es temeroso, sino también tonto como un tapón. Ahora va a pegarse una resbalada porque se tomó el cloro. ¿Acaso los perros no tienen instinto de supervivencia? Debe entender subconscientemente lo peligroso que es.

Al siguiente instante, el perro, saciada la sed, camina solemnemente hacia el porche… y vomita justo en la entrada.

— Ahí tienes tu instinto, — apenas contengo la risa. — Demostración en toda su gloria.

Skyler se agarra la cabeza.

— No… ¡esto ya es demasiado! Desde que apareciste, cada mañana es una catástrofe. ¡Y hoy con bonus! Para mi felicidad completa solo

faltaba el vómito en la alfombra.

— Bueno, sabes, no fui yo quien observó eso. Así que no me culpes.

Mientras tanto, el perro se arrepiente de lo hecho y decide cubrir sus huellas. Literalmente: empieza a rascar la tierra del macizo de flores para enterrar su desayuno no digerido.

— No es tan tonto después de todo, — digo irónica. — Mira a lo que se ha inventado.

Skyler pasa la mirada de mí al perro y de regreso.

— Ya sé cómo te voy a castigar por destrozar el coche, — finalmente se dibuja una sonrisa en sus labios. — Ahora recogerás lo que hizo.

— Fácil.

— Lo pasearás tres veces al día, y asistirás a clases con un adiestrador hasta que se vuelva un animal adecuado.

— ¿Y eso es todo? — en realidad, ya lo haría de todas formas.

— ¿Te parece poco? Puedo inventar algo más…

— No. Estoy de acuerdo, — extiendo la mano. — ¿Paz?

Skyler mira mi mano largo rato antes de obligarse a estrecharla.

— Paz.

Extraño… pensaba que dejaría de hablarme. Me preparaba para grandes problemas. Incluso calculaba cuántos órganos tendría que vender para cubrir el costo de reparar el coche. Y él simplemente dijo: "pasea al perro…"

Ahora está claro: no fue en vano que me negué a escribir ese artículo sucio sobre Skyler. Y probablemente nunca lo escriba.

Por cierto, ¡el artículo! Saco el teléfono y reviso los mensajes. Veo uno entrante de Natalia. Solo dos palabras:

"Lo publicamos esta noche".

La tarde transcurre sorprendentemente tranquila. Timur está en el salón, con el portátil sobre las rodillas. Finge escribir la letra de una nueva canción, pero lo veo echar miradas furtivas a Chupi, que se ha estirado a sus pies.

Yo estoy en la cocina, guardando las compras que Vadim trajo por orden del jefe, y solo pienso en una cosa: ¿cómo decirle a Natalia que ya no escribiré más artículos sobre Skyler?

Y justo entonces alguien empieza a golpear la puerta con tanta fuerza que la vajilla tintinea en los armarios. Chupacabra se levanta enseguida. Ladra, intentando parecer fiero, aunque su vocecita infantil arruina todos sus esfuerzos. Pero qué valiente, ya se entrena para el puesto de guardián. Por eso recibe un leve asentimiento aprobador de su dueño.

— ¿Quién demonios será ahora?... —murmura Timur—. ¿Esperas visitas?

— Me tienen prohibido invitar a nadie.

— Ah, cierto... —se levanta y va hacia la puerta—. Seguro que son los polis. Decidieron arrestarte por conducción temeraria. Sabes, hasta los ayudaría a ponerte las esposas.

Abre la puerta, y al instante, Karina entra como un huracán. Brillante de pies a cabeza, cubierta de cadenas y pulseras de oro. Leí una vez que el mayor consumidor de oro del mundo era China. Mentira. Las estadísticas simplemente no contaron las reservas de Karina.

— ¡¿Estás loca?! —grita mirándome. Luego lanza una mirada al perro, frunce los labios con asco, pero aun así da un paso dentro de la casa—. Te pregunto, ¿¡si estás loca!? ¡Porque otra explicación no tengo!

Me quedo inmóvil con un paquete de arroz en las manos.

— ¿Qué pasa? —pregunto, fingiendo sorpresa.

— ¡Tú sabes perfectamente qué pasa! —Karina lanza su bolso al sofá, lo que tienta muchísimo a Chupi a probar la piel de cocodrilo

lacada—. ¡He leído el artículo! ¡Sobre tus deudas! Está por todo internet, brillando como una antorcha.

Siento un escalofrío en el pecho. Bien, llegó la hora de recoger los frutos de mi ingenio.

— ¡No tenías derecho a publicar eso sin consultarlo! ¡No tienes ningún derecho! ¡Tienes que pedirme permiso para todo! ¿Querías atención? ¿Olvidaste de dónde te sacamos? Puedo hacer que vuelvas a limpiar baños de oficina, ¿quieres eso?

— Yo… —la voz me tiembla, pero me obligo a hablar—. Me llamaron, empezaron a hacer preguntas, y ni me di cuenta de cómo terminé siendo sincera. Salió solo, no fue mi intención…

— ¡Mentira! —explota Karina—. ¡Nos has traicionado a todos! Acabábamos de limpiar los titulares sobre Skyler, y ahora aparecen nuevos… sobre su novia problemática.

— ¡BASTA! —la voz de Timur retumba tan fuerte que incluso Chupacabra se calla por un momento.

Karina se estremece, como si le hubieran echado un cubo de agua fría.

— ¿Qué?...

— He dicho basta —repite él, poniéndose entre nosotras—. Esta es mi casa. Has entrado sin invitación y estás creando caos. No me gusta eso.

A mis oídos sonó un poco diferente. Me pareció que no defendía la casa, sino a mí. Solo que no quería demostrarlo.

— Pero ella… —Karina todavía intenta insistir.

— Solo es un artículo —la corta Timur—. Sé cómo son los periodistas: astutos, manipuladores, exprimen de una persona todo lo que quieren. Y Mía es nueva en el mundo del espectáculo. No tiene por qué conocer todas sus trampas. No olvides que fuimos nosotros quienes la metimos en este pantano.

Me lanza una mirada rápida, y alcanzo a ver el calor escondido en sus ojos. Eso me llena de lágrimas. Pensé que sería distinto, que él se uniría a Karina para regañarme. Pero ahora todo se ha complicado… Me abruma la culpa.

— Si tienes quejas —dice Timur, volviendo a dirigirse a Karina—, preséntalas por escrito. Pero no te atrevas a tratar a Mía como si fuera una niña.

Chupacabra, como si estuviera de acuerdo, ladra en apoyo.

Karina se queda con la boca abierta; sus pulseras doradas tintinean de nuevo, esta vez por el temblor de sus manos. Luego agarra bruscamente su bolso, justo delante del hocico del perro, y se dirige a la puerta.

— Ignorar el problema no lo resolverá —escupe por encima del hombro, y da un portazo.

La casa queda en silencio. Me quedo en medio de la cocina, mirando a Skyler. Siento una oleada de calor y gratitud en el pecho.

— Y ahora me vas a contar con detalle todo lo que le soltaste a los periodistas —dice él.

Asiento.

— De acuerdo.

Capitulo 19

Skyler

Debería estar furioso. En realidad, *tengo* que gritar y lanzar acusaciones… Mía se ha pasado de la raya. Ha creado un montón de problemas y ha conseguido cargarme con parte de ellos. Merece una buena reprimenda. Pero… no tengo ganas de discutir. No tengo energía para eso.

Maldita sea. Cada vez que la miro, toda mi rabia se desvanece, como si alguien me la robara. Y eso me incomoda. No estoy preparado para admitir que pueda ser atracción. Y mucho menos de ese tipo, inoportuna y absurda. No necesito una relación. No ahora. Y desde luego no con una chica que cobra por soportarme.

Respiro hondo. Meto las manos en los bolsillos para que no se note la tensión.

—Entonces, las deudas… —digo al fin—. ¿Cuánto y a quién?

Baja la mirada, juguetea con el borde de la camiseta. No quiere hablar de eso, lo veo. Pero si fue capaz de abrirse con esos periodistas repugnantes, también puede hacerlo conmigo. Al fin y al cabo, no soy un extraño. Ficticios o no, seguimos siendo una pareja.

—Eso no te incumbe —murmura apenas audible—. Puedo arreglármelas sola.

—No, Mía, así no va —me inclino hacia ella—. Tengo que saber en qué te has metido. ¿No será algo criminal, verdad? ¿No habrás cruzado el camino de algún mafioso? Porque, te lo juro, ya nada podría sorprenderme.

Levanta la cabeza bruscamente.

—No, no es nada criminal —nuestros ojos se encuentran. ¿Desde cuándo eso resulta tan incómodo?—. No tienes que preocuparte por tu seguridad.

La observo con atención. Habla con sinceridad, pero siento que hay algo más. Algo que oculta.

—Entonces explícame —insisto—. Por favor. Necesito saberlo. Si la causa de tus deudas fue una enfermedad o…

Lo niega rápidamente:

—No te voy a contagiar nada.

—¡No me preocupaba por mí!

—¿Entonces por qué?

—Simplemente… no te entiendo. Tienes problemas de dinero y aun así estás dispuesta a renunciar al pago por un concierto benéfico. No tiene sentido.

—La lógica me ha fallado mucho últimamente.

—Ya me he dado cuenta.

Suspira. Desesperada por cambiar de tema.

—¿Vas a comer? —fuerza una sonrisa—. Ya está todo listo.

Asiento.

Cenamos en silencio. Mía se ha esmerado con la cena. Es como si hubiera usado su superpoder culinario para compensar su culpa. En los platos hay pollo con verduras, ensalada y una especie de pastel gratinado con una capa de queso crujiente. Los aromas hacen rugir mi estómago tan fuerte que casi me sonrojo.

Pruebo el primer bocado y tengo que admitirlo: está increíblemente bueno. Mil veces mejor que en los restaurantes caros. Me esfuerzo por no pedir más antes de terminar lo que ya tengo en el plato. Tenía razón: después de esto no quiero volver a pensar en comida envasada. Qué más da el conteo de calorías o el equilibrio nutricional; sus platos me han devuelto las ganas de vivir.

—¿Todo esto lo has hecho tú? —pregunto para romper el silencio.

—¿Y quién más, la Chupacabra? —responde mientras revuelve la ensalada con desgana. No ha comido ni un bocado.

Sus ojos están tristes, su mirada perdida. Siento algo raro dentro de mí: molesto, pero al mismo tiempo cálido. No sé si me gusta o me incomoda.

Basta. No puedo más. Dejo el tenedor y respiro hondo.

—Mía… Si tu deuda es tan grande… puedo ayudarte.

Se estremece.

—¿Cómo exactamente?

—Con dinero, por supuesto —ni siquiera reconozco mi propia voz; se quiebra, como si me doliera la garganta—. Si te incomoda hablar de ello, no digas nada. Solo escribe la cifra. La que sea. Mañana la sacaré del depósito en el banco.

Me mira como si acabara de ofrecerle un corazón para trasplante. Espero un "gracias" o al menos un chiste sarcástico, muy suyo. Pero en lugar de eso, veo cómo le tiemblan los labios. En el siguiente instante se aprietan con fuerza y las lágrimas brotan de sus ojos.

—¿Mía? —pregunto con cuidado—. ¿Qué te pasa?

Empuja la silla con tanta fuerza que casi cae sobre Chupi. Las lágrimas corren por sus mejillas y ni siquiera intenta secarlas.

—¡Maldita sea, Skyler! —solloza.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué justo hoy has decidido dejar de ser un imbécil?

Y antes de que pueda decir algo, sale de la cocina. La puerta de su habitación se cierra de un portazo, como el acorde final de nuestra cena.

Chupi y yo nos miramos.

—¿Todas las mujeres están un poco locas, o solo me ha tocado a mí una así? —murmuro.

Por supuesto, el perro no responde. Solo roba un trozo de pollo del plato y se va a comerlo en mi sofá blanco.

Decido darle un poco de tiempo. Mientras tanto, entro en internet y busco ese artículo catastrófico. Karina tenía razón: ahora mismo todo el mundo está pendiente de ella — más de mil compartidos, un millón de comentarios. Nunca he entendido por qué a la gente le interesa tanto meterse en la vida ajena. Primero que pongan orden en la suya, ¿no?

Ignoro el titular —siempre exagera— y paso directamente al texto. Mi vista se detiene en una frase que me encoge el corazón: *«Sin él no sé qué habría hecho. Es mi rayo de luz».* Oh, qué tierno...

Y enseguida me llega una sensación asquerosa. No me lo dijo a mí. Se lo dijo a los periodistas. Y solo porque ese tipo de frases forman parte de su trabajo. En realidad, Mía no siente ningún afecto por mí. Hasta un chupacabras le resulta más simpático. No entiendo por qué me afecta tanto. Ayer mismo soñaba con librarme de ella. Y hoy… hoy tengo miedo, en secreto, de perderla. Supongo que me estoy ablandando.

Me acerco a la puerta de su habitación y llamo.

—¿Mía, piensas salir? —pregunto con cautela.

—¡No!

—¡Pero tienes que sacar al perro! ¿O quieres que mee otra vez en el salón?

Me ignora.

Bueno… como quieras. No quieres hablar, no hables. Al fin y al cabo, sé de al menos una persona que está al tanto de sus asuntos. Ese amigo suyo… ¿cómo se llamaba? ¿Artem? ¡Exacto! Iré a verlo y lo averiguaré todo.

Pido un taxi. Por memoria, le indico al conductor el camino hasta su casa. Primero llegamos al portal equivocado. Damos unas vueltas por los alrededores —todas las casas aquí son iguales. Podría

preguntarle la dirección exacta a Vadim, pero no quiero que se meta. Ya habla demasiado con Mía. Solo faltaría que también se involucrara en resolver sus problemas económicos. Quiero seguir siendo, al menos en eso, el único héroe a sus ojos.

Por fin encontramos el edificio correcto. Le pago al taxista el triple con tal de que deje de quejarse y me espere. No planeo tardar mucho. Solo hablaré con Artem, cuestión de minutos.

Me pongo la capucha y salgo a la calle. Junto a la entrada hay una abuela sentada —¡qué suerte!

—Buenas tardes —le sonrío, confiando en mis encantos—. ¿Podría decirme dónde vive Mía?

—¿Mía? Muchacho, ¿crees que me sé los nombres de todos los vecinos? —responde con una voz chirriante, como una puerta vieja —. Vaya ocurrencia…

—Mía… bueno, es… guapa. Pelo largo y pelirrojo, lleva vestidos coloridos. Comparte piso con un amigo. Se llama Artem.

—Ah… —asiente la anciana—. ¿Artem? ¿Nuestra estrellita local?

¿Estrellita? ¿Qué broma es esa? Aquí solo hay una estrella en el firmamento —y soy yo.

—¿Y dónde vive ese Artem?

—Tercer piso, apartamento sesenta y cuatro. Toca el portero, te abrirá. Está en casa.

—Gracias.

Uf… medio trabajo hecho. Me acerco a la puerta, aprieto el botón del portero y espero.

—¿Quién es? —se oye al cabo de un minuto.

—Soy… me llamo Timur.

—¿Quién? No conozco a ninguno.

—¡Skyler!

Silencio.

—Oh… ¿Mía? ¿También estás ahí? ¿Por qué no avisaste de que venías?

—Mía no está. Estoy solo.

Otra pausa.

—¿Y por qué? ¿Qué ha pasado con Mía?

—Está bien. Pero no sabe que estoy aquí. Y no debe saberlo. Nuestra conversación debe quedar en secreto.

—Bueno… de acuerdo. Me intrigaste —suena el pitido del portero al abrirse—. Entra. Pero aviso, no esperaba visitas.

Subo por las escaleras —el ascensor no parece de fiar. Aquí está oscuro, húmedo y huele mal. Justo como en las películas de mi infancia… Sacudo la cabeza. Al diablo con la nostalgia.

En la puerta no hay número. En su lugar, me recibe un idiota disfrazado de muñeco de nieve. ¿Y este es la estrella local? ¿Un animador? Bah… no hay competencia que temer aquí.

—¡Hola! —los ojos de Artem brillan con entusiasmo, como si acabara de presenciar la segunda venida de Cristo—. ¡Encantado de conocerte!

—Ajá, —murmuro mientras paso a su lado, cruzo el umbral y enseguida siento que he entrado en otro mundo.

El piso es pequeño, pero luminoso. Demasiado. En las paredes hay pósteres de colores, guirnaldas navideñas colgando torcidas del techo. En las estanterías, libros y tazas amontonados, atrapados a medio camino hacia el fregadero. Es un caos, pero… un caos vivo. Tiene carácter. El lugar me recuerda a la propia Mía: ruidoso, desordenado, un poco loco, pero cálido y acogedor.

Recorro la habitación con la mirada, y por un momento me parece que ella está allí. Que en cualquier instante podría salir de detrás de

una puerta, bromear o regañarme. Incluso huele a ella… una mezcla de vainilla y pimienta picante.

—Perdona otra vez por el desorden —dice Artem, pasando junto a mí y recogiendo una camiseta del suelo.

—No pasa nada —le hago un gesto. Aunque en mi cabeza solo pienso: *¿cómo puede vivir aquí después de mi casa?* No puede volver a estas condiciones.

Mi atención se dirige a una puerta entreabierta. Me entran ganas de mirar dentro, pero en cuanto doy un paso hacia adelante, se cierra de golpe justo ante mi cara.

Artem está apoyado contra ella, con la mano en el pomo. Su sonrisa ha desaparecido.

—Es la habitación de Mía —dice bruscamente—. No se puede entrar sin su permiso.

Levanto una ceja.

—Solo quería… —me aclaro la garganta—. Ella, por cierto, ahora vive en mi dormitorio. ¿Y yo no puedo ni mirar el suyo?

—No puedes —repite.

Hay algo en su voz que me inquieta. No parece que solo esté protegiendo su intimidad. Es como si escondiera algo.

¿Qué otros secretos tiene Mía?

Capitulo 20

— Está bien —respiro hondo y suelto el aire despacio. Siento que hablar con este idiota no será fácil—. Debes estar al tanto de los problemas de Mía. Dime cuánto dinero y a quién le debe. Quiero resolver este asunto de una vez por todas.

Con cada palabra mía, los ojos de Artem se agrandan más. Da la impresión de que escucha sobre la deuda por primera vez. Pero sé que no es así. Viven juntos, se conocen desde niños. Seguro que sabe algo.

— ¿Mía debe dinero? —repite—. ¿A quién?

— No te hagas el tonto. No tengo tiempo para eso.

— Bueno… —se rasca la nuca. Parece totalmente perdido.

Ya entendí. Probablemente no sabe si debe confiar en mí. Tiene miedo de decir algo de más y que despidan a su amiga del puesto de mi novia.

— No puedo revelar detalles de su vida privada… —confirma mis sospechas.

Decido presionarlo.

— ¿Acaso no quieres ayudarla? —gruño.

Quizás he presionado demasiado, porque el cobarde suelta:

— ¡Necesito ir al baño! ¡Dame un minuto! —corre hacia la habitación contigua y desaparece tras una puerta con el cartel de "no molestar".— ¡No te muevas! ¡Quédate ahí!

Asiento. ¿Qué más puedo hacer?

Lo espero en el pasillo. Normalmente no escucho los sonidos que provienen del baño, pero esta vez oigo claramente el tono de un mensaje entrante.

— Artem, ¿te encerraste en el baño para chatear a escondidas con Mía?

— No…

— ¿Entonces qué haces?

— Solo estoy sentado en el inodoro.

— Con el teléfono.

— Estoy acostumbrado a leer las noticias mientras hago mis necesidades. Cada uno tiene sus rarezas, ¿no? —suena otro mensaje.

— ¡Al menos silencia el sonido, mentiroso con corbata!

Un minuto después, sale del baño.

— ¿En qué estábamos?... ¡Ah, sí! Las deudas… —se frota las manos en los pantalones—. Sí… las deudas son malas. Ella… ehm… pidió un préstamo.

— ¿Para qué?

— Quería empezar un… negocio. ¡Exacto! —sus ojos se iluminan, como si de pronto se encendiera una bombilla en su cabeza y los recuerdos volvieran—. Un negocio relacionado con…

— ¿La publicación de un libro? —adivino—. Sé que quiere publicar una novela.

— ¿En serio? —vuelve a sorprenderse—. ¿O sea… te lo contó? Pues eso, la novela no salió, el dinero no se recuperó y el crédito quedó sin pagar. Y la suma era alta. ¡Más de cien mil!

— Más los intereses…

— Exacto.

— Entonces una cosa más. Si te doy el dinero, ¿puedes ir al banco y pagar por ella? ¿Inventar una manera de averiguar el número de cuenta?

— Bueno… yo…

— ¿Lo harás por ella?

— Supongo que sí.

Suelto un suspiro de alivio. Por fin. Este problema se resuelve en cinco minutos y le ha estado arruinando la vida a Mía por años.

— Mañana te verá uno de los míos. Se llama Vadim. Te entregará el dinero, y tú harás que el crédito de Mía se convierta en un recuerdo.

Artem niega con la cabeza.

— No te lo va a agradecer.

— ¿Por qué?

— Porque Mía es terca. No le gusta que otros decidan por ella. Prefiere trabajar en tres empleos antes que pedir ayuda.

— Sí, es muy propio de ella —me río—. Pero estoy preparado para las consecuencias. Ya sobreviviré.

Logrado mi objetivo, me dirijo a la salida.

— ¡Skyler! —me llama Artem.

— ¿Qué?

— ¿Por qué la ayudas? Hasta donde sé, entre ustedes saltan chispas. Ni siquiera son amigos.

Buena pregunta. Ni yo mismo sé la respuesta.

— El mecenazgo es bueno para el karma.

— Entendido…

Satisfecho conmigo mismo, salgo a la calle. Estoy por subir a un taxi y pedirle al conductor que me lleve a casa lo más rápido posible. Le diré a Mía que ya resolví sus problemas. Que se enfurezca, que grite, no importa. Lo esencial es que ahora podrá dormir tranquila.

Salgo a la calle y…

— ¡¡¡ESTÁ AQUÍ!!! ¡¡¡SKYLER!!!

— ¡De verdad, es ÉL!

— ¡Skyler! ¡Una foto, por favor! ¡¡¡SOMOS TUS FANS!!!

Mierda. Justo esto no.

Mía

No encuentro mi lugar. El teléfono sigue en silencio. Artem me escribió que Skyler está con él, y nada más. Ni un solo detalle. Solo alcancé a pedirle que le siguiera el juego. Pero Artem no sabe nada de mis maniobras con la deuda inventada. La esperanza de que haya leído el artículo es mínima. Ojalá no lo empeore… Seguro ahora se pondrá a actuar y Skyler se dará cuenta enseguida de que lo hemos tomado por tonto.

Camino de un lado al otro de la habitación, del ventanal a la puerta y de la puerta de vuelta. Tengo los dedos tensos, con ganas de llamar a Artem y exigirle explicaciones. O de salir corriendo detrás de ellos para ver con mis propios ojos qué pasa ahí. No puedo imaginar a esos dos en el mismo piso. ¡En mi piso! ¿Y si Skyler ve algo que no debería? ¿Y si encuentra pruebas de mi trabajo periodístico? Sería una catástrofe.

Estoy temblando de impaciencia. Puedo oír cada latido de mi corazón, cada tic del reloj de la pared. Aprieto el teléfono con tanta fuerza que me duelen los dedos. Me cuesta no pulsar su número. Y entonces suena la melodía conocida y en la pantalla aparece: Artem. ¡Por fin!

—A ver, querida, ¿desde cuándo estás endeudada? —pregunta con ese tono paternal que me saca de quicio.

—Son deudas falsas. No quería... no sabía que Skyler intentaría ayudarme. Natalia exigía una primicia y no se me ocurrió nada mejor...

—¿Y por qué no escribes sobre el propio Skyler? Para eso vives con él, ¿no? Hay mil opciones: que usa tangas de mujer, que duerme en una criocámara o que organiza fiestas swingers. En fin, ¿la periodista eres tú o yo? Siempre tuviste buena imaginación.

—Porque no quiero ensuciarlo —digo con una voz tan suave que parece una confesión íntima.

—¿Desde cuándo? —se burla Artem.

—Desde hace poco. Verás... últimamente nos hemos acercado un poco. Digamos que... nos hemos hecho amigos.

—Ajá... Creo que lo que Skyler siente por ti no es precisamente amistad.

Siento cómo me arden las mejillas.

—¿Qué quieres decir?

—Que me acorraló contra la pared y me obligó a prometer que inventaría una manera de pagar tu crédito con su dinero.

—Mierda... Espero que hayas encontrado una excusa para negarte.

—No, acepté. ¿Qué otra cosa podía hacer? Si no, habría buscado a alguien que investigara tu historial crediticio.

—Y tienes razón...

—Por cierto, detalle importante: el préstamo lo pediste para publicar tu libro. Fue Skyler quien lo dedujo. No sé por qué lo pensó.

Porque le importo. Recuerda nuestra conversación. Y no importa que entonces hablara del periodismo, no de la escritura.

—Mañana me traerán un montón de dinero —sigue Artem—, y no tengo ni idea de qué hacer con él.

—Cógelo y escóndelo en algún sitio. Ya se me ocurrirá algo...

—Ya has inventado suficiente. ¿No sería mejor decirle la verdad?

—¿Cómo se supone que voy a hacer eso?

—Simple: dile la verdad. Si "se han hecho amigos", te perdonará.

—No lo hará... —suspiro—. Skyler es demasiado orgulloso.

—Por cierto, ¿sabes qué está haciendo ahora? —pregunta con tono divertido.

—¿Qué? —siento un nudo en el estómago—. ¡No me digas que está escuchando nuestra conversación!

—No, no. Skyler ya no está aquí. Nos despedimos, salí a acompañarlo... y había una multitud bajo el edificio. Pensé que había una asamblea de vecinos o algo así. ¡Pero no! Era un rebaño de fans. Un rebaño de verdad, no exagero. ¡Casi me aplastan con sus tacones! Gritaban, lloraban, histéricas.

Me muerdo el labio. Sé que a Skyler no le gustan esas sorpresas. Aprecia a sus fans, pero prefiere mantenerlos a distancia.

Artem sigue contando, divertido.

—¿Y sabes lo que hizo tu Skyler?

—Déjame adivinar: ¿salió corriendo gritando "¡Vadim, sálvame!"?

—No. Se sentó en las escaleras y empezó a cantar con ellas. ¡Imagínatelo! Autógrafos, selfies, una canción de regalo. Convirtió el caos en un concierto improvisado en la puerta. Solo le faltaba el sombrero para recoger propinas.

Puedo imaginarlo y no puedo evitar sonreír.

—¿Sigue cantando?

—Sí. Pero ha llegado un amigo suyo, creo que el tal Vadim, y está dispersando a la multitud poco a poco. Supongo que pronto se irá a casa. Deberías estar preparada.

—Ajá... —asiento, aunque él no pueda verme—. Gracias por ayudarme.

—No me lo agradezcas. Si Skyler descubre que lo hemos estafado, acabaremos los dos en la cárcel. Entonces sí me das las gracias.

—Todo saldrá bien —le aseguro, aunque ni yo misma lo creo.

Necesito un plan.

Capitulo 21

Vale. Vamos a ir paso a paso. Primero tengo que decidir qué hacer con el dinero. No puedo quedármelo. Debo devolvérselo a Skyler, pero sin que se entere. O que lo descubra cuando esté preparado… Supongo que lo haré al terminar nuestro contrato, como despedida.

Por ahora, ¿qué? ¿Agradecerle? Las palabras no bastan… No sé qué podría hacer por él para siquiera acercarme al nivel de su ayuda.

—Aunque… —acaricio la cabeza de Chupi para calmarme—. ¿Y si intento reconciliarlo con sus padres? Pero ni siquiera sé cuál fue el motivo de su pelea. Si es que la hubo. Ojalá pudiera saber más… ¿Qué opinas? ¿Debería meterme?

Chupi olfateó con indiferencia, como diciendo: "No pienso darte consejo, soy solo un perro. Déjame en paz".

El asunto de los padres quedó sin resolver. Pero reuní el valor para poner fin a otra cosa. Decidí que por la mañana llamaría a Natalia para decirle que rechazo el ascenso y que no volveré a filtrar información sobre Skyler. No escribiré más sobre celebridades. Quiero cubrir eventos culturales o políticos interesantes, no revolver la ropa sucia ajena fingiendo que es el trabajo soñado.

Puede que me despida. No me importa. Al fin y al cabo, puedo seguir con mi blog o volver a mis tareas de limpiadora. Sí. Eso haré.

Una hora más tarde, oigo el rugido de un motor. El coche de Vadim se detiene frente a la casa.

Corro hacia el espejo y me arreglo el pelo, pero enseguida me detengo: ¿qué más da cómo lo tenga? Luego pienso si debería salir a recibirlo. ¿O fingir que duermo y dejar la charla para mañana? Me quedo inmóvil, clavada al suelo. ¿Y qué hago con las manos? ¿Cruzarlas? ¿Meterlas en los bolsillos? No tengo bolsillos… ¿Tomar el móvil y fingir que estoy muy ocupada?

El pecho se me oprime tanto que apenas puedo respirar. Mi cabeza da vueltas con mil opciones: ¿sonreír o mirarlo con desafío? ¿Decir "por fin" o callar? Me siento como una colegiala citada al despacho del director.

La puerta se abre y Skyler entra en el pasillo. Parece agotado, como si le hubieran exprimido toda la energía. Los hombros caídos, ojeras marcadas, el rostro tenso. Creo que está a punto de decir algo tipo "todo esto es culpa tuya". Me preparo para recibir el golpe merecido, pero pasa de largo y se deja caer en el sofá.

—Amo a mis fans —murmura tras una larga pausa—. Y al mismo tiempo, los odio.

Parpadeo. No esperaba ese inicio.

—Artem dijo que organizaste un concierto bajo nuestra casa. Fue bastante tierno de tu parte…

—¿Tierno? —bufa—. Acabo de ser atacado por una multitud. No podía defenderme… así que, como toda víctima modelo, fingí que me encantaba.

—¿Cómo dices?

Pasa la mano por el cabello, como intentando sacudirse los toques ajenos.

—Todos querían tocarme. Agarrarme, hacerse selfies… Me sentí como un animal en un zoológico interactivo. ¿Sabes lo desagradable que es? Cuando te acarician, te manosean, te aprietan, y no tienes forma de escapar. Incluso me arrancaron algunos botones de la camisa…

Sus labios se curvan en una sonrisa cansada, sin una chispa de alegría.

—Y lo peor es que no podía mostrar lo mal que me sentía. Sobre todo después del último escándalo. Tenía que sonreír, bromear, cantar con ellos en las escaleras, fingir que me divertía. Pero en

realidad quería… mierda, ni siquiera sé. Encerrarme en el coche y gritar para que todos me dejaran en paz.

Se deja caer de espaldas en los cojines y se cubre los ojos con la mano. El silencio se instala en la habitación, solo su respiración pesada recuerda lo mucho que lo ha agotado todo.

—No sé cómo ayudarte —digo aún de pie frente a él—. Cuando Artem está mal, lo abrazo. Pero tú… probablemente eso sea lo último que necesitas ahora. Ya sufres bastante con los toques ajenos.

Separa los dedos con los que cubre su rostro. Sus ojos, enrojecidos por el cansancio, me miran con una calidez inesperada. Como si me viera a través de un filtro interno, donde ya no soy su enemiga ni una intrusa.

Las comisuras de sus labios tiemblan, dudando si decirlo o no. Pero al final susurra:

—Sabes… podríamos intentarlo.

Siento que mis pies se mueven solos hacia él. Como si caminara sobre una cuerda floja: un paso en falso y me caigo al vacío. Las palmas me sudan, el corazón late tan fuerte que temo que pueda oírlo.

Skyler se levanta del sofá. Alto, cansado, con ojeras. Y aun así tan… peligroso para mi paz interior. Me mira como si luchara consigo mismo. Me quedo inmóvil, con los brazos abiertos torpemente para abrazarlo. Si no hace nada ahora, pareceré una idiota. Cada músculo de mi cuerpo está tenso, esperando una broma sarcástica de su parte.

Pero Skyler no dice nada. Coloca con cuidado las manos sobre mis hombros, y ese simple contacto me corta la respiración. Un segundo después, me rodea con los brazos y me atrae hacia él. Fuerte, cálido, de verdad.

Cierro los ojos y me permito relajarme. Paso la mano por su nuca, acariciándole el cabello.

—¿Mejor? —pregunto.

—No lo sé. Necesito quedarme así un poco más… —susurra.

—Está bien. No tengo prisa.

Nos quedamos en silencio durante unos largos minutos. Siento cómo su cuerpo se relaja, los hombros se hunden. Ahora me abraza con menos fuerza que al principio, pero aun así no tiene prisa por soltarme.

Y entonces me atrevo a decir lo que me ronda por la cabeza toda la noche.

—Gracias —susurro.

—¿Por qué?

—Tú sabes por qué. No estabas obligado a hacerlo. Y sabes perfectamente que no tengo cómo devolverte ese dinero.

Él suspira. Da un paso atrás, liberándome de su abrazo.

—No, Mia, tenía que hacerlo. Vives bajo mi techo, y mientras sea así, debo hacerme responsable de ti. Igual que de Chupacabra.

—Hasta la comparación con Chupacabra sonaba bien.

—No te estoy comparando con el perro. El perro, gracias a Dios, no pediría dinero prestado… —comenta, aunque sin enfado—. Espera… me hiciste perder el hilo. Quería decir que solo intento ser responsable.

—Pero…

—Y mejor olvidemos esto desde hoy. No quiero que te sientas culpable. Piensa que no lo hice por ti. Lo hice, sobre todo, por mí. Me gusta sentir que puedo controlar al menos algo —mira el reloj—. Parece que ya es hora de dormir.

—También para ti.

—Yo nadaré un poco más. Quiero quitarme los últimos rastros del contacto con esas chicas inagotables.

No me apetece dejarlo ir. Desesperadamente intento inventar una excusa para no separarnos. Y se me ocurre una bastante estúpida.

—Según las reglas de mi estancia en tu casa, las horas nocturnas de la piscina son mías.

Skyler se pone rojo. Abre la boca buscando aire, como si estuviera a punto de ahogarse.

—¡Acabo de firmar un cheque de cien mil para pagar tu deuda!

—Y pediste no volver a mencionarlo.

Exhala despacio. Apenas contiene la risa.

—Entonces, ¿qué se supone que haga, Mia? ¿Pagarte por usar mi propia piscina?

—No. Solo… —me pongo algo incómoda—. Bueno… quería proponerte… ¿Y si nadamos juntos? Sería más divertido.

Baja la mirada al suelo. Se muerde apenas el labio inferior.

—Bueno… yo…

—¿Temes que mi peso provoque un tsunami y el agua se salga del borde? —recuerdo su advertencia del primer día que llegué a la casa.

—¡No! Dices tonterías.

—¿Entonces qué?

—Nada. No me importa. Nademos juntos, si eso quieres.

—¡Genial! Solo me pongo el bañador.

Skyler asiente.

—De acuerdo. Yo también tengo que ponerme el bañador. Quiero decir… el traje de baño. Está en el dormitorio. En mi dormitorio temporal, el del segundo piso —mira alrededor y luego, por alguna razón, se dirige a la cocina. Se mueve como un robot aspirador al que se le ha estropeado la navegación.

—Timur, sube por aquí —me río—. ¿Lo olvidaste?

—Ah, cierto. Es que… me he confundido un poco —dice evitando mi mirada mientras sube—. Nos vemos en la piscina.

Entro a mi habitación y enseguida siento cómo la ansiedad vuelve con fuerza. Saco del armario el bañador que Skyler me compró. Cada vez que me lo ponía, me sentía como una diosa.

Pero hoy me quedo paralizada frente al espejo. Lo que veo no me gusta.

El vientre. Es blando y blanco, como un malvavisco. Y basta inclinarme un poco para que aparezcan unos pliegues feos a los lados. Las caderas… ¿por qué de repente se ven tan anchas? Y las piernas, que antes me parecían bastante sexys, ahora lucen pesadas y demasiado grandes.

El bañador no oculta nada. Al contrario, parece resaltar cada detalle en el que nunca me había fijado. Siempre estuve convencida de que me veía bien. Pero ahora, al imaginar que Skyler me verá así… y encima dentro del agua… me da vergüenza.

Tiro del tirante del bañador, intentando cubrir mis costados. Me inclino hacia adelante, me observo en el espejo desde distintos ángulos. Pero nada cambia. Mi reflejo se ríe en silencio de mí: "¿Así piensas salir a verlo? ¿A Mr. Perfección?".

Exhalo y me froto las mejillas encendidas. ¿Y si finjo que he cambiado de idea? ¿Decir que estoy cansada y me voy a dormir? Siento un nudo en la garganta. No puedo. No estoy lista. No así.

—¿Pero en qué estaba pensando? —murmuro, quitándome nerviosa los tirantes del bañador—. "Nademos juntos"… ¿Cómo se me ocurrió eso?

¿Mostrarme medio desnuda y luego escuchar toda la semana sus bromas sarcásticas sobre mi cuerpo? No, gracias.

Rápido me quito el bañador, lo escondo al fondo del armario y me pongo lo primero que encuentro: el pijama. Unos pantalones suaves

con estrellitas pequeñas y una camiseta ancha. Eso en lo que me siento protegida. Comodidad ante todo.

Miro al espejo una vez más. Sí, parezco alguien que va a tomar té por la noche, no a un baño romántico bajo las estrellas. Pero al menos no me siento desnuda ni vulnerable.

Recojo el pelo en una coleta descuidada y decido: primero voy a ponerme en forma, y luego, sí, me pondré el bañador atrevido.

Abro la puerta y salgo a su encuentro con mi pijama de estrellitas.

Capitulo 22

Si no fuera por las cucarachas que tengo en la cabeza arruinándolo todo, esta noche podría considerarse la más hermosa de todo el verano. El aire es cálido y tranquilo, huele a flores. El cielo está cubierto de estrellas. La piscina brilla con una luz azul suave, y el agua parece tan lisa como el cristal.

Salgo al patio, con las manos cruzadas sobre el pecho, incómoda. Todavía intento inventar una excusa para mi cambio de humor, pero nada suena convincente. Me siento en una tumbona, en silencio. Doblo las piernas y trato de fundirme con la sombra.

Skyler ya está en el agua. Nada con una facilidad casi hipnótica, disfrutando de cada movimiento. Cuando me ve, se acerca y apoya los brazos en el borde de la piscina. El agua resbala por sus hombros, brillando sobre su piel. Y, de algún modo, consigue verse perfecto incluso con el pelo mojado, pegado a la frente.

—¿Por qué no estás en bañador? —su voz suena tranquila, pero con una pizca de burla.

—Simplemente… —trago aire y bajo la mirada—. De pronto me di cuenta de lo cansada que estoy. Quizá otro día…

No aparta los ojos de mí. En ese instante tengo la sensación de que me ve por dentro.

—¿De verdad? —pregunta despacio—. ¿O es que te da vergüenza?

—Claro que no —respondo demasiado rápido.

—Olvidas que ya te he visto en bañador —sonríe apenas con las comisuras—. Entonces no te daba vergüenza.

Siento cómo las mejillas me arden. Aparto la vista y finjo mirar el agua.

—Era distinto entonces.

—¿Distinto en qué?

—En todo —digo, y mi voz casi se quiebra.

Skyler guarda silencio, pero sigue mirándome. Y eso solo hace que respirar sea más difícil. No entiendo desde cuándo mi cuerpo reacciona así a su presencia. Antes me sentía mucho más cómoda cuando entre nosotros solo había hostilidad.

—Sabes, no entiendo —dice, alejándose un poco del borde. En su cara aparece una sonrisa traviesa, de esas que me dan ganas de desaparecer bajo tierra… o de morderle la mejilla—. Tú misma fuiste quien propuso nadar.

—Y luego cambié de opinión —trato de sonar digna, aunque mi voz no ayuda—. Me acordé de lo que cuesta secarse el pelo.

—Ajá, claro —murmura él, escéptico.

—Estoy bien aquí —añado, encogiéndome de hombros.

Inclina la cabeza, y en sus ojos brilla la diversión.

—Por cierto, creo que tu bañador es la mejor compra del último año.

Contengo un suspiro.

—Ya no me gusta.

—¿En serio? —alza las cejas, sorprendido pero sin perder ese tono juguetón—. ¿Por qué?

—Porque es demasiado revelador. Es indecente.

Skyler se ríe. Su risa es baja, sincera, y no sé qué me irrita más: que se ría de mí o que ese sonido me obligue a sonreír también.

—Tonterías —rueda los ojos de manera tan exagerada que tengo que contener la risa—. Pero si de repente te avergüenza tu bañador, entonces nada en pijama. Te doy permiso.

—¿En pijama? —repito, alzando las cejas—. ¿Estás loco?

—¿Y qué? —se encoge de hombros, como un niño—. ¿Por qué no?

—¿Quieres grabarlo para tus fans? ¿Eh? ¿Para que se rían de mí?

—No. Hoy no hay fans. Solo tú y yo.

—Sí, claro. Nadar en pijama es ridículo.

—Ridículo es quedarte ahí fingiendo que no te apetece meterte al agua —replica él. Luego extiende los brazos hacia mí—. Vamos, salta. Te atrapo.

Pongo los ojos en blanco.

—Skyler…

—Venga, te espero.

Me cubro la cara con las manos. Una risa nerviosa y ligera se me escapa.

—¡Estás loco!

—Y tú también —responde sonriendo, aún con los brazos extendidos —. Si no, no estarías aquí.

Lo miro. A él, al agua, a sus manos abiertas… y siento cómo mi terquedad empieza a derretirse.

Me pongo de pie. Casi me animo: estoy al borde, respiro hondo… Y justo entonces algo pasa volando a mi lado como un meteorito.

¡Splash!

El agua me empapa de pies a cabeza. Me limpio la cara mientras escucho salpicaduras, risas y un ladrido entusiasmado.

—¡Chupacabra! —grita Skyler, apartándose del borde—. ¡A ti no te invité! ¡Santo cielo, sabes nadar! ¿Quién te enseñó? ¡Guau, de verdad sabe nadar! ¡Puaj, huele como un zorrillo!

El perro nada feliz por toda la piscina, levantando olas de agua a cada movimiento. Se le ve absolutamente encantado.

Skyler lo agarra del collar y recibe una pata mojada en la nariz.

—Bueno, ya está —dice escupiendo pelos—. Ahora todos estamos en la piscina. Solo faltas tú. ¡Salta!

—¡Ni siquiera sé zambullirme bien!

—No importa. Chupi tampoco sabe, y eso no lo detuvo.

Sus ojos brillan con desafío. Qué tipo, por Dios…

—Está bien —digo, dando un paso atrás.

Aprieto los puños, tomo impulso… y salto.

El agua, apenas fresca, me envuelve por completo. El pijama se pega al cuerpo, el pelo me cubre la cara, y solo oigo chapoteos y risas. Mías.

Salgo a la superficie, tosiendo, y Skyler ya está ahí —riendo, aparta un mechón de mi frente y dice:

—Eso ha sido espectacular.

El agua está fresca y, al mismo tiempo, suave: justo lo que necesito después de un día agotador. Skyler y yo jugamos persiguiendo a Chupi, que gira entre nosotros: a veces se sumerge como una orca peluda, otras intenta morder el chorro de agua. Cuando las gotas le entran en la nariz, empieza a estornudar, pero aun así se niega a salir del agua.

Skyler se ríe con tanta sinceridad que me cuesta creer que sea el mismo gruñón eternamente insatisfecho. Me lanza agua a la cabeza, yo hago lo mismo y me alejo nadando.

—No vas a escapar —dice, atrapándome la mano y acercándome a él.

—Tú lo pediste —le advierto, dirigiendo otra ola improvisada directo a su cara.

El agua a nuestro alrededor se agita. Pequeños círculos se expanden en la superficie. La luz de las lámparas parpadea sobre las salpicaduras, como si diminutas estrellas flotaran en el aire. Nos reímos, jugamos. Olvidamos por completo que somos adultos con un montón de problemas y responsabilidades.

Con el tiempo empiezo a notar que Skyler me mira de una forma… rara. Primero pienso que quizá tengo el rímel corrido. O tal vez se me pegó un pelo de perro en la cara. Pero no. Me sigue mirando incluso después de que me enjuago. Y empieza a molestarme.

—¿Qué pasa? —pregunto, incapaz de contenerme.

—Nada —responde Skyler con voz ronca, apartando al fin la mirada.

—¡Anda ya! Veo que algo pasa. ¿Por qué me miras así, como un búho frente a un farol?

Se cubre la cara con la mano, pero las comisuras de sus labios tiemblan, traicionándolo.

—Es solo que… —suspira—. No vuelvas a bañarte con el pijama. O al menos, no con nadie que no sea yo.

—¿Por qué? —frunzo el ceño.

Él asiente hacia abajo. Entonces miro.

Mi camiseta blanca. Completamente mojada.

Transparente como el cristal.

Dios mío.

Emito un sonido que parece el grito de una ballena. Me cubro el pecho con las manos, intentando tapar todo lo que ahora se ve incluso desde el espacio.

—¿Y tú… —jadeo, indignada— estuviste callado todo este tiempo? ¿Solo mirando?

—¡Al principio intenté no mirar! —se defiende, pero la sonrisa lo delata—. ¡No funcionó!

—¡Claro! —retrocedo hacia las escaleras—. ¡Mentiroso!

—¡No sabía cómo decírtelo! No existe una forma educada de avisar a una chica de que sus pezones están a punto de sacarme los ojos.

—¡Podrías haberlo insinuado, al menos! —gruño, saliendo del agua.

—¿Para qué? A mí me parecía perfecto…

Salgo del agua temblando de frío y de furia. Detrás de mí todavía se escucha su risa —primero baja, luego completamente descontrolada.

—¡Idiota! —le grito por encima del hombro.

—Llámame como quieras —responde entre risas—, pero admite que la noche se volvió mucho más divertida.

Me cubro torpemente con las manos, alternando entre el pecho y las piernas. Debo de parecer ridícula. El aire nocturno quema mi piel, pero la vergüenza arde aún más.

Oigo un chapoteo detrás de mí.

Me giro bruscamente.

Primero Chupi, y luego Skyler salen de la piscina. Incluso ahora, cuando quiero matarlo, tengo que admitir que se ve increíble. Como si de verdad estuviera filmando un anuncio de gel de ducha.

—¡No me sigas! —grito.

Él no responde. Toma una toalla y se acerca con ella.

—¡No te acerques! —gruño.

—Solo quiero disculparme. Y decir que… todo lo que vi era hermoso.

Parpadeo.

—¿Te estás burlando?

—No —responde tranquilo—. Es la verdad.

Nos quedamos frente a frente: él, mojado y relajado; yo, rígida, furiosa, con el pelo despeinado y el pijama pegado al cuerpo. Entre nosotros, apenas unos pasos, unas cuantas palabras no dichas y un abismo de tensión.

Veo cómo su mirada cambia —de burlona a una que no necesita palabras. Parece que también siente esa pausa tonta, incómoda. Y aunque debería huir, esconderme en mi habitación, no me muevo.

Skyler da otro paso hacia mí. Lento, sin prisa, como si midiera hasta dónde le voy a permitir acercarse.

—¿Qué piensas hacer? —susurro, aunque en el fondo ya lo sé. Y maldita sea, me gusta la respuesta.

—Lo que hará que vuelvas a enfadarte —dice.

Antes de que pueda contestar, Skyler se inclina. Al principio despacio, conteniéndose, pero enseguida se atreve. Toma mi cara entre sus manos y roza mis labios con los suyos.

El beso no es perfecto. Demasiado repentino, demasiado ardiente, un poco torpe… como todo entre nosotros. Sus dedos están fríos, pero sus labios, calientes. La tensión en mi cuerpo se disuelve poco a poco. Los pensamientos se dispersan, como pájaros asustados.

No sé quién se aparta primero. Solo siento mi corazón latiendo con furia.

Él también parece desconcertado: el pelo despeinado, las pestañas húmedas, la mirada algo perdida.

—Esto… —empiezo, pero las palabras se me atascan en la garganta —. Esto no está en nuestro contrato.

Él sonríe de lado.

—Puedo pedirle a Karina que añada unas cláusulas más.

—¿Unas cuantas? ¿Qué más aparte de los besos?

Skyler se encoge de hombros.

—Ya lo verás… —me tiende la toalla y desaparece subiendo las escaleras al segundo piso.

Capitulo 23

Skyler

Y aquí estoy: justo con lo que más temía. Me he enamorado. ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿En qué momento ha pasado? Recuerdo perfectamente cuál era el plan: no encariñarme, no meterme en más líos, no dejar que se acercara demasiado.

Y ahora mírame: de pie frente al espejo, viendo a un idiota que ayer besó no a una chica, sino a parte de su campaña de relaciones públicas. No a una amiga, ni a una vecina, ni a una conocida. Ella es mi empleada. Yo soy su jefe. Una relación entre nosotros es imposible, incluso ilegal. Espero que no me demande por acoso laboral…

¿Por qué lo hice? Y, sobre todo, ¿qué va a pasar ahora?

Cuando estoy cerca de ella, mi lógica se apaga. Dice algo totalmente cotidiano, y yo me descubro sonriendo. Me irrita, y quiero abrazarla. No es propio de mí. No me reconozco. Todas mis relaciones anteriores seguían un patrón claro y estable: flirteo, química, final. Pero esta vez… mis pensamientos parecen haberse perdido en un laberinto sin entrada ni salida.

Maldita sea. Soy un hombre adulto. Una estrella. Un músico. Y me comporto como un adolescente que acaba de confesar su primer flechazo. Si es que un beso puede contarse como una confesión.

Me he despertado demasiado temprano. Por eso el tiempo pasa con una lentitud insoportable. La casa está tan silenciosa que resulta antinatural; ni siquiera el perro aparece por ningún lado. Reviso la piscina: no se ha ahogado, y eso ya es lo principal. Aunque se haya escapado, volverá cuando tenga hambre.

Bajo a la cocina, pero Mía no está. ¿Se habrá enfadado por lo de ayer? ¿Habrá huido mientras dormía? Solo pensarlo me provoca un tirón doloroso en el pecho.

—Vamos, ya basta —murmuro para mí mismo—. Seguro que solo ha querido dormir un poco más. No dramatices.

Para no volverme loco, abro la nevera. Termino todo lo que Mía cocinó ayer. Luego me doy cuenta de que no he dejado nada para ella.

No hay problema. Le prepararé el desayuno yo mismo. ¡Con mis propias manos! Si ella puede sorprenderme, ¿por qué no intentarlo yo también?

Veinte minutos después, la cocina parece el escenario de un huracán gastronómico. Harina sobre las encimeras, una gota de masa en el techo (¿cómo llegó allí?, misterio), y algo chisporrotea en la sartén: una sustancia extraña que solo vagamente recuerda a tortitas. Pero el olor… ¡el olor es increíble! Cálido, casero, real. Si no se las come, que al menos las huela.

Rara vez me inspiro para cocinar. Y entiendo que debo compartir esta inspiración con mis fans. Saco el móvil y grabo una historia.

—Buenos días, mundo. Aquí su Skyler, y hoy… cocino. Sí, con mis propias manos. Para Mía. Crucen los dedos para que las pruebe y no me deje.

Pongo un emoji y el hashtag #NoIntentenEstoEnCasa.

Me siento frente al plato con lo que apenas puede llamarse tortitas. Todas son de formas distintas, parecen cera derretida de una vela vieja. Aun así, estoy satisfecho. Lo importante es la intención, ¿verdad? Mía entenderá que solo quería agradarle.

Y para hacerlo aún mejor, decido añadir el toque final.

Tomo el jarrón donde estaban los girasoles y salgo al jardín. Corto flores de todos los arbustos en flor. Un ramo mixto, colorido, como la propia Mía. Lo coloco junto al plato con tortitas. Espanto una abeja que no había terminado de recolectar néctar. Miro todo el conjunto y sonrío. Qué tierno. Tan tierno que dan ganas de vomitar. Creo que Mía me está robando la personalidad.

O quizá me la está devolviendo. Me está quitando las espinas que durante años cultivé con tanto esmero.

La puerta se abre, y entran corriendo Mía y Chupacabra. El perro va directo al cuenco de agua, como si hubiera cruzado un desierto. Mía se queda en el umbral: jadeante, con las mejillas sonrojadas, el pelo despeinado y un brillo vivísimo en los ojos.

—¿Has estado… corriendo? —pregunto, sin ocultar mi sorpresa.

—Ajá —responde, sonriendo mientras se seca el sudor de la frente —. He decidido empezar a hacer deporte.

—¿Sin mí? —se me escapa automáticamente.

Ella ríe.

—Estabas dormido. No quería despertarte. Chupi me hizo compañía.

—¿Y a qué viene ahora eso del deporte? ¿Por el contenido?

Niega con la cabeza, evitando mirarme a los ojos.

—Simplemente… —dice con cierta timidez— pensé que no me vendría mal ponerme un poco en forma.

—¿En forma? —repito, girándome hacia ella—. ¿Estás bromeando?

Ella se encoge de hombros, baja la mirada.

—Bueno, tú mismo dijiste… que debería adelgazar. ¿O ya olvidaste la cantidad de comentarios sarcásticos que me soltaste?

Me quedo paralizado. Esas palabras cortan como una cuchilla. Es verdad, lo dije. En su momento me pareció divertido.

Pero ella lo recordó.

—¿Por qué me hiciste caso, idiota? Mía… —suspiro, dando un paso hacia ella—. Me comporté fatal. No sé por qué lo dije. De verdad no quise insinuar que haya nada mal en ti. Llámalo inseguridad, llámalo estupidez… pero, por favor, no te lo tomes a pecho.

Ella calla, jugueteando con un mechón de cabello.

—No pasa nada. Y no es solo por eso —dice, aunque la voz le tiembla—. Es que… he dejado de gustarme. A tu lado parezco una elefanta.

—¡Eso no es porque seas gorda! ¡Es porque yo soy flaco! Si quieres, engordo yo. Así alcanzamos la armonía. ¿Cuánto? ¿Diez, veinte kilos? Empiezo ahora mismo… De hecho, tengo tortitas —digo, señalando la mesa.

—Pero si yo no hice tortitas —se sorprende—. Y menos tan feas. ¿De dónde las sacaste?

—Las hice yo.

—Oh… —se lleva la mano a los labios, conteniendo algún comentario sobre mis habilidades culinarias. Se acerca, huele el aire—. Huelen bien.

—Y saben aún mejor —le guiño—. Vamos, prueba una.

Corto un trozo, lo pincho con el tenedor y se lo acerco a los labios. Casi bailo de alegría cuando empieza a masticar.

—Sorprendentemente… —dice Mía— esto es comestible.

—¿"Comestible"? —mi sonrisa se borra—. ¿No había una palabra mejor? Comestible…

Por fin se ríe. Su risa suena ligera, como una campanilla. Y por un instante siento que esta casa se llena de una calidez que antes nunca tuvo.

—¿Salimos a una cita? —digo, dejándome llevar por la emoción.

Mía levanta la mirada, y ya me preparo para su reacción. Será una de dos: o una negativa tajante, o esa risa sarcástica y exasperada en la que nadie la supera. Contengo la respiración, esperando el veredicto.

En cambio, asiente con total calma.

—De acuerdo.

—¿Qué? —no doy crédito a mis oídos.

—Una cita es una cita —repite tranquilamente, encogiéndose ligeramente de hombros—. Solo necesito cambiarme y lavarme el pelo. Veinte minutos serán suficientes.

Parpadeo. Juro que debo estar soñando. Ha aceptado. Sin escándalos, sin sarcasmos, sin negociar. Como si no fuera nuestra primera cita, sino algo rutinario.

—Ehm… bueno… perfecto —respiro al fin.

Está a punto de irse, pero se detiene de pronto y se vuelve hacia mí por encima del hombro.

—Solo dime, ¿a dónde vamos?

—Todavía no lo he decidido —confieso con sinceridad.

—Podemos elegir uno de los lugares de la lista que nos dio Karina. Hizo un ranking de cafés y restaurantes que deberíamos visitar para dejarnos ver en público —sus ojos brillan con curiosidad—. Ya revisé la lista. El que más me gustó fue el restaurante en la azotea del rascacielos. Es imponente, muy de tu estilo. Además, tiene una vista increíble, buen café, postres… Y, lo mejor, mucha gente de tu círculo.

Ah… claro. Ahora todo encaja. Ella cree que esto forma parte de nuestra historia ficticia. Que "la cita" es otra idea del equipo de relaciones públicas.

El calor que me inundaba por dentro se apaga de golpe, como si me arrojaran un cubo de agua fría. Bajo la mirada, tratando de no dejar ver la decepción. Intento mantenerme sereno.

—En realidad tenía en mente otra cosa… Ir a un sitio donde no haya nadie —digo despacio, con la voz más tranquila que puedo—. Sin cámaras. Sin fans. Y sin el blog. Ya sabes… solo tú y yo.

Mía se queda inmóvil. Sus ojos se agrandan poco a poco, sus labios se entreabren. En su mirada, al fin, se dibuja la comprensión.

—¿Tú… te refieres a…? —empieza, pero la voz se le quiebra. Traga saliva. Mira por la ventana, como buscando una vía de escape—. ¿Una cita de verdad? ¿Lo dices en serio?

—¿Acaso parezco que bromeo? —siseo, porque por dentro ya estoy hirviendo.

Está confundida. Más que yo, incluso. Sus mejillas se tiñen de rosa. Sus dedos se enredan nerviosos en el borde de la camiseta. Empieza a acariciar la cabeza de Chupi para tener algo que hacer con las manos, pero lo hace con tanta intensidad que el pobre perro corre el riesgo de quedarse calvo.

—Una cita de verdad… —susurra, y suena aún más absurdo la segunda vez. Como si acabara de proponerle una locura.

—¿Entonces aceptas o no? ¡Solo dilo!

Guarda silencio. Largo. Demasiado largo.

Permanece en medio de la habitación, como en una encrucijada: entre el "sí" y el "vete al diablo". Y mientras tanto, yo ya me arrepiento de haber abierto la boca.

Demasiado precipitado.

Por supuesto.

¿Quién en su sano juicio aceptaría salir con alguien que hace apenas una semana la sacaba de quicio?

—Olvídalo —digo al fin, ocultando como puedo la decepción tras un tono indiferente—. Era una broma. Solo quería ver tu reacción…

—¿Y qué tal mi reacción? —pregunta Mía.

—Oh, estabas tan graciosa. Te pusiste roja, nerviosa… ¡Tendrías que haberte visto! ¡Fue divertidísimo!

Me doy la vuelta y empiezo a subir las escaleras.

—¡Skyler! —su voz resuena a mis espaldas.

Me detengo y giro lentamente.

Está de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho. Pero ahora, en su mirada, hay seguridad.

—No hace falta fingir que eres un idiota cada vez que te pones nervioso —dice con una leve sonrisa—. Nadie te va a juzgar por eso.

Quiero responder, pero sé que solo empeoraría las cosas.

—Olvidémoslo —murmuro casi suplicante—. Finjamos que no he dicho nada y que tú no has oído nada.

—¿Entonces la propuesta de cita ya no está vigente? —entorna los ojos con picardía—. Qué lástima, porque pensaba aceptar.

—¿De verdad?

—Sí —asiente.

La sonrisa se abre paso a través de mi desconcierto. Hace apenas un minuto quería encerrarme en el estudio y no salir hasta la semana siguiente. Y ahora siento una oleada de energía, un impulso de vida. ¿Cómo se explica esta montaña rusa emocional? Tal vez deba decirle a Vadim que reanude mis sesiones con el terapeuta.

—¿Entonces me preparo? —pregunta Mía.

—Sí. Ponte algo cómodo. Vamos a hacer un picnic. En un lugar especial —la idea me viene de golpe.

—¿Dónde exactamente?

—Lo verás —respondo breve—. Es una sorpresa.

—De acuerdo…

Se dirige a su habitación, y yo tardo un minuto en darme cuenta de que sigo plantado en las escaleras.

¡Maldición! No tengo tiempo para quedarme aquí congelado. Tengo que organizarlo todo.

Capítulo 24

Ya había olvidado lo responsable que puede ser eso de tener una cita. Resulta que hay que pensar en tantas cosas... y yo no sé hacerlo. No recuerdo la última vez que estuve en una cita de verdad. Es decir, sí salí con chicas, pero nunca tuve miedo de decepcionarlas. Todas estaban dispuestas a saltar a mi cama desde el primer encuentro. Y nada más serio que eso me interesaba.

Con Mía todo es diferente. Ella es la excepción a la regla. Mi dolor de cabeza… y, al mismo tiempo, una poderosa fuente de endorfinas en mi sangre.

Decido no arriesgarme y confiar la organización a Vadim. Salgo a la calle para que Mía no escuche nuestra conversación y lo llamo.

—¿Qué ha pasado? —pregunta en cuanto contesta—. Estoy cerca, enseguida voy.

—¿Por qué siempre asumes que ha pasado algo malo?

—Porque te conozco demasiado bien.

—Qué suerte tienes de que estoy de buen humor y voy a fingir que no he oído eso.

—¿De buen humor? ¿Y eso por qué?

—Porque tengo una cita. De hecho, por eso te llamo.

Vadim guarda silencio. No reacciona de ninguna manera.

—¿Hola? ¿Sigues ahí? —pregunto, por si se cortó la llamada.

—Sí —responde por fin—. Escucha, Skyler, sabes que mientras Mía finge ser tu novia, no puedes salir con otras. ¿Para qué provocar a la prensa con otro escándalo?

—No habrá ningún escándalo. Voy a tener una cita con Mía —le informo, bastante orgulloso de mí mismo.

Oigo cómo suelta un suspiro de alivio.

—Uf —ríe—. Ya pensaba que te referías a una cita de verdad.

¡Otro más! ¿Se han puesto de acuerdo o qué?

—Es una cita de verdad —gruño entre dientes—. Una cita real con Mía. La invité yo.

—¿Y ella aceptó?

—¿Te sorprende?

—Sí.

¡Me saca de quicio! Y el tiempo pasa. En vez de estar charlando, ya deberíamos estar organizándolo todo.

—En fin. Necesito que lo dejes todo espectacular. Ya sabes… una manta de cuadros rojos, una cesta con delicatesen, un lugar con buenas vistas. Como en las películas. Y no tienes mucho tiempo, así que ¡anda, ponte a trabajar!

—Si lo organizo todo, ¿qué me impide invitar yo mismo a Mía a una cita?

—La amenaza de despido —gruño—. ¿Entonces no me ayudarás?

—Puedo ayudarte, pero no lo haré todo por ti. Si quieres impresionar a una chica, tendrás que esforzarte, no llevarla a algo que ya está preparado. Si fuera por temas de relaciones públicas, te ayudaría encantado. Pero tu vida personal arréglala tú. Soy asistente de un cantante, no un casamentero.

—Ah, con que así estamos... Me lo voy a recordar. Cuando me pidas un día libre o…

—Hace medio año que no tengo días libres.

—¡Y los próximos seis meses tampoco los tendrás! —resoplo, intentando contener mi enfado—. Al menos, ¿me prestarás el coche? ¡Ni siquiera tengo con qué salir de la ciudad!

—Sí. El coche te lo presto. Pero hasta ahí.

—Déjalo junto a la puerta. Las llaves en el buzón. ¡Y mejor no te cruces conmigo, porque no estoy de humor para verte!

—De acuerdo.

Cuelgo. ¿Y para qué necesito un asistente si se niega a ayudarme? ¡Todo tengo que hacerlo yo!

Empiezo a correr por la casa como un loco. Miro a mi alrededor. Picnic... ¿Qué se necesita para eso?

La manta —listo. Bueno, más bien una manta gruesa de la habitación de invitados, que nadie ha usado jamás. De paso, agarro una almohada. Por si acaso.

Luego, la comida. Voy a la cocina. Abro la nevera y me quedo mirando dentro unos segundos, como esperando que aparezca de repente una cesta llena de delicatesen. En lugar de eso, veo medio limón, tres huevos, un trozo de queso, un frasco de aceitunas y restos de mis tortitas caseras.

—Romántico —murmuro—. Simplemente, romántico.

Empiezo a improvisar. Corto el queso en cubos y lo meto en un recipiente. Las aceitunas, también. Añado un trozo de baguette (seco, pero puedo fingir que era la intención), unas cuantas fresas medio muertas y una manzana, al menos algo fresco. Pienso en añadir vino, pero recuerdo que conduzco y que Mía probablemente no beberá sola.

Al final tomo una botella de agua con gas y limón, y decido que es mejor así. Más saludable.

Mi mirada cae sobre el termo —puedo preparar té caliente por si acaso hace frío. Lo lanzo junto a las demás cosas, y solo después caigo en la cuenta de que difícilmente tendremos frío con cuarenta grados.

Recuerdo que en los picnics todo suele verse bonito. Así que hace falta algo "decorativo".
Tomo un jarrón vacío (ya recogeré flores silvestres), unas cuantas

velas de la repisa de la chimenea e incluso la guitarra decorativa que me regalaron unos fans.

Después, los cubiertos. Busco durante un buen rato, no encuentro tenedores iguales, así que pongo tres distintos. Añadiré las servilletas de lino que estaban en el cajón de la mesa, esperando su momento de brillar en una cena elegante. Picnic o no, el ambiente tiene que ser festivo.

Por fin meto todo en la cesta y me detengo a contemplar el resultado. Parece un apocalipsis sacado de Pinterest. Y, aun así… hasta tiene su encanto.

—Parece que nos mudamos de casa —dice la voz de Mía a mis espaldas.

Está detrás de mí, observando con escepticismo el caos que he armado. Chupi también decidió "ayudar" y añadió su juguete y una cola de toro seca y maloliente que me vendieron en la tienda de mascotas como un "snack saludable".

Me doy la vuelta y la miro (a Mía, no al montón de cosas). Se ve… impresionante. Shorts claros que dejan ver sus rodillas bronceadas. Una camisa suelta color leche con las mangas remangadas. El cabello recogido en una coleta desordenada, con unos mechones sueltos que le caen suavemente sobre el rostro. En la muñeca, una pulsera de conchas que no le había visto antes. Y en los pies, las mismas zapatillas con las que llegó a mi casa.

Sin brillo, sin glamour, y aun así no puedo apartar la mirada. Estoy tan fuera de mí por estos sentimientos inoportunos que probablemente la admiraría igual aunque volviera a ponerse el pijama.

—¿Pasa algo? —pregunta, mirándose.

—¡No, no! Todo está perfecto.

En ese momento se oye el frenazo de un coche junto a la puerta. Espero un par de minutos para asegurarme de que Vadim se ha ido. Luego agarro todo mi montón de cosas y me dirijo hacia el coche.

Abro la puerta y, con toda la galantería posible, ayudo a Mía a subir al coche. Intento parecer como si todo estuviera planeado al detalle. Como si fuera el novio perfecto, el que sabe lo que hace, adónde va, y ni siquiera se inmuta.

Ojalá fuera verdad.

En realidad estoy nervioso, como si tuviera que actuar ante un ejército de críticos con una cuchara en lugar de micrófono. ¡Ni siquiera en la preselección para Eurovisión me puse tan nervioso! Las palmas me sudan, el corazón me late con fuerza, y el pensamiento «¿dónde demonios deberíamos parar?» me roe el cerebro como un castor un cable eléctrico.

Arranco el motor y empiezo a tararear la canción de la radio para acallar mis pensamientos de pánico. Salgo del patio lentamente, girando el volante con una confianza fingida. Mía está a mi lado, observándome de reojo. Y, por supuesto, ve todo lo que intento ocultar.

—Estás un poco… tenso —dice, inclinándose hacia mí.

—¿Yo? No, para nada —respondo demasiado rápido.

—Ajá —asiente con una sonrisa—. Ni siquiera te diste cuenta de que ya pasamos tres veces por la misma esquina.

Miro por el retrovisor… y tiene razón. Acabamos de pasar otra vez frente al supermercado.

—Es parte del recorrido —murmuro, intentando sonar convincente.

—¿Qué recorrido?

—Solo… ya sabes, estoy comprobando… el tráfico. Y viendo si no nos siguen.

—Si damos otra vuelta, seguro que empiezan a seguirnos —comenta, conteniendo la risa—. Los policías. Pensarán que el conductor está loco.

—Mía, lo tengo todo bajo control. Tranquila.

—Vale… si tú lo dices —empieza a reírse. Pero su risa no es burlona ni fría. Es cálida, sincera, como campanillas de Navidad.

Intento no sonreír, pero parece que mis músculos no me obedecen. Pasan unos minutos en silencio. Aún no tengo destino final, pero sí buen humor.

De pronto, una idea me cruza la mente. Un lugar. Olvidado, tranquilo, especial.

Un sitio al que no he llevado a nadie. Ni siquiera a mí mismo, desde hace tiempo.

—Ya sé adónde iremos —digo al fin.

—¿Otra vuelta frente al supermercado? —bromea ella—. No me importaría… pero empiezo a marearme.

—Aguanta un poco, no está lejos —respondo, girando hacia la carretera que sale de la ciudad.

El asfalto se convierte en un camino estrecho, flanqueado por tomillo silvestre y margaritas. Más adelante, en un sendero entre campos dorados de trigo. Mía baja la ventanilla y asoma la cabeza.

—Guau… —susurra—. Es precioso aquí… me encanta.

Me alegra. De verdad. Porque no es solo un rincón perdido. Es un lugar lleno de recuerdos felices de mi infancia. Y de esos no hubo muchos.

Subimos a una colina y bajamos del coche. Frente a nosotros se extiende el mismo paisaje de siempre. Azul y amarillo, como un cuadro. El cielo, tan limpio que parece que puedas tocarlo. El trigo, que se mece con la brisa y suena como una melodía suave imposible de grabar. Y junto a nosotros, un viejo roble. Imponente, con una copa ancha que da sombra fresca incluso en pleno calor.

Y un columpio. Cadena oxidada por el tiempo y asiento de madera, donde alguna vez grabé mis iniciales.

Me detengo. Miro el árbol unos segundos. La garganta se me seca.

—¿Aquí? —pregunta Mía, mirando alrededor.

—Sí —asiento—. Es justo aquí.

Me acerco y apoyo la mano en el tronco. La corteza áspera. Una sensación dolorosamente familiar. El mismo olor: un poco de humedad, un poco de tierra caliente… un poco de infancia.

—Vivía cerca de aquí —digo, sorprendiéndome a mí mismo—. Veníamos con mi padre. Él hizo ese columpio.

—¿De verdad? —me mira, con un brillo curioso en los ojos—. Aún está firme. Buen trabajo.

—Entonces todavía no bebía —añado en voz baja—. Fue… antes de que todo se viniera abajo.

Me callo al instante. Supongo que los recuerdos de un padre problemático no son tema ideal para una primera cita.

Mía se sienta en el columpio y se impulsa suavemente con los pies.

—La verdad, no imaginaba que tuvieras un lugar así. Me refiero… del alma. Sin postureo.

—Todos necesitamos un sitio donde nadie nos moleste —respondo, mirando cómo el viento juega con su pelo.

—¿Y decidiste compartirlo conmigo? —levanta una ceja.

Me encojo de hombros.

—Bueno, no pareces una periodista dispuesta a vender esta historia al tabloide —bromeo—. Así que puedo confiar en que seguirá siendo un secreto.

Mía suspira profundamente. Salta del columpio y empieza a extender una manta sobre la hierba. Evita mirarme. Supongo que acaba de darse cuenta de que estamos solos, y también empieza a ponerse nerviosa.

Y yo la observo, pensando: si esto es un sueño, no quiero despertar.

Capitulo 25

Mía

Me atormenta la conciencia. Y lo peor es que lo merezco. Skyler confía en mí. Comparte recuerdos, sonríe de verdad. Me mira como si fuera alguien en quien puede confiar. ¿Y qué hago yo a cambio? Le miento.

Estoy sentada sobre la manta, girando con cuidado una fresa entre los dedos, y siento cómo algo dentro de mí se encoge de vergüenza. En el bolsillo tengo el teléfono, todavía lleno de decenas de mensajes sin leer de Natalia. Y cada uno me recuerda lo mismo: no soy solo la chica con la que él ha venido de picnic. Soy una espía. Una persona que debería vigilarlo, recopilar detalles, vender la verdad —o incluso medias verdades— a cambio de una carrera.

Pero ahora… ni siquiera puedo mirarlo a los ojos. Él, ese egoísta engreído que antes me sacaba de quicio con su arrogancia, ahora se comporta de otro modo. Sincero. Simple. Casi hogareño. Intenta sacar la comida del cesto con torpeza, y parte del contenido cae directamente sobre la hierba.

—Ahora este queso es aún más gourmet —dice, inclinándose para recoger un trozo—. Con hierbas y hormigas.

No puedo contener la risa. Y eso es lo peor: me río, me siento bien. Siento que empiezo a hundirme en esa sensación —en su voz, en sus torpes intentos de parecer perfecto, en el silencio que nos rodea —. Y al mismo tiempo, me desgarra pensar: él no sabe quién soy realmente. Si lo descubre, se acabó. No solo para mí. También para él. Su confianza, su calma, todo se derrumbaría.

Bajo la mirada para no cruzarme con la suya. Quiero confesarlo. Ahora mismo. Explicarle por qué estoy aquí, por qué empezó todo esto. Pero mis labios no me obedecen. Porque tengo miedo de que, si digo la verdad, pierda este momento. Lo pierda a él.

Él levanta su copa de agua mineral y dice:

—Por nuestra primera cita. Sin escándalos, sin gritos y, por suerte, sin el Chupacabras.

Sonrío y toco su copa con la mía.

—Pero a Chupi le encantaría estar en un sitio como este… —digo antes de dar un sorbo.

—Vendrá con nosotros la próxima vez.

¿La próxima vez? ¿Eso significa que quiere repetir? ¿Que realmente quiere salir conmigo en serio? ¿Se ha enamorado? ¿Y yo? Yo no lo planeaba…

Nos dejamos abrazar por el sol. Hablamos de tonterías. Me siento tan bien que, por momentos, olvido dónde estamos y quiénes somos. Solo el día, el campo, el viento cálido y él a mi lado.

—¿Sabes? —me recuesto contra el árbol—. Yo también tuve un columpio parecido. Aunque no tan bonito ni resistente. Lo hicimos con una cuerda y una vieja llanta que Artem le "tomó prestada" a un vecino.

Skyler levanta una ceja, intrigado.

—¿Le "tomó prestada"?

—Bueno… se la pidió sin permiso. Estábamos convencidos de que el vecino ya no la necesitaba. La atamos a una cuerda, la colgamos del manzano y nos balanceábamos. Solo que… cuando el vecino se dio cuenta…

—¿Resultó que sí la necesitaba?

—Sí —respondo, riendo—. Resultó que era una llanta de invierno que pensaba poner en el coche cuando llegara la temporada. Y nosotros además la pintamos… Dos inviernos seguidos condujo por el pueblo con dibujos en una rueda.

Skyler se ríe. Una risa real, profunda, que resuena por todo el campo. Incluso se inclina hacia adelante, sujetándose el estómago.

—¡Dios mío, puedo imaginármelo! ¿Y vuestros padres no os castigaron?

—Bueno… Mis padres no. En ese entonces mi padre estaba en el hospital, y mi madre estaba tan agotada por su enfermedad que no tenía fuerzas para nuestras aventuras con Artem. Pero los padres de Artem sí que nos dieron una buena lección… Nunca volvimos a soñar con tener otro columpio.

—Y para mí este columpio es el único trozo del pasado que no duele recordar —dice Skyler, sin apartar la vista de las cadenas.

Guardo silencio. El viento juega con el borde de la manta, y el aire se vuelve más denso.

—Luego empezó a beber —continúa Skyler, con voz contenida—. Al principio solo después del trabajo, luego en lugar de trabajar. No teníamos mucho, y con el tiempo nos quedamos sin nada. Mi madre intentó sacarnos adelante, se fue a España a trabajar. Decía que volvería cuando estuviera estable. Y… —sonríe con amargura—. Lo consiguió. Solo que decidió no volver.

Siento un nudo en la garganta.

—Se casó con otro. Obtuvo la nacionalidad —añade con calma, aunque esa calma es falsa—. Ni siquiera me enfadé. Simplemente… dejé de esperarla.

—¿Y te quedaste con tu padre? —pregunto en voz baja.

—Sí. E intenté fingir que todo estaba bien. Porque si alguien se enteraba de que bebía, me habrían mandado a un orfanato. Así que mentía… Aprendí a cuidarme y a cuidarlo. Inventaba excusas para los profesores cuando no iba a las reuniones. Lo encubría ante los vecinos.

Habla con tono sereno, pero veo cómo se tensa su mandíbula. No es solo una historia; es una herida que todavía no ha cerrado.

—Y luego —suspira— me presenté a *La Voz del País*. Quería escapar de ese pozo. Demostrarme algo… bueno, no. ¿A quién engaño?

Quería demostrarle a mi madre que valía algo y que se equivocó al dejarme.

—No tenías que… —empiezo a decir, pero Skyler me interrumpe.

—Lo sé. Ahora, que soy adulto. Pero entonces era un adolescente. Pensaba que si ganaba, mi madre se sentiría orgullosa de mí, reconocería su error y me llevaría con ella… Tenía una motivación enorme, y por eso gané. Pero como aún era menor de edad, el premio lo pusieron a nombre de mi padre. Debería haber bastado para lanzarme, grabar mi primer álbum, empezar una carrera. Pero él… —su voz se quiebra—. Simplemente se quedó con casi todo. Me dejó una décima parte y desapareció.

Skyler guarda silencio, mirando hacia el campo. El sol ya se inclina hacia el horizonte, bañando su perfil en una luz dorada y suave.

—Tuve que empezar de cero —dice tras una pausa—. Sin dinero, sin apoyo. Solo con mi voz. Y eso, creo, fue lo único que me salvó.

Siento un dolor sordo en el pecho. Quiero consolarlo, pero cualquier palabra me parece insuficiente.

—Perdona —añade, recordando que estoy allí—. No sé por qué te cuento todo esto. Es una cita. Debería estar bromeando, y te estoy soltando un drama familiar.

—No tienes que disculparte —digo, conteniendo las lágrimas—. Es solo que… no lo sabía. En internet no hay nada de eso.

—Y no lo habrá —responde tranquilo—. Solo tú lo sabes.

Sus palabras me golpean directamente en el corazón. Saber que me confía esto —a mí, una mentirosa que finge cada día— me duele más que nada.

Bajo la mirada para que no vea mi vergüenza.

—Gracias por contármelo —susurro—. Significa mucho.

Él esboza una leve sonrisa. Pero en ella hay cansancio… y una tristeza profunda. Tal vez el mismo dolor que durante años ha

escondido detrás del sarcasmo y la música.

Nos quedamos allí hasta el atardecer. El aire huele a trigo, a calor y a algo muy vivo… a eso que tanto falta en la ciudad. El viento mueve la hierba, el roble proyecta sobre nosotros una sombra alargada, y el tiempo… parece ralentizarse. No hablamos, pero es un silencio bonito. Tranquilo. Como si ya todo estuviera dicho —con palabras y con miradas.

Skyler está tumbado de espaldas, mirando al cielo. Yo me siento junto a él, terminando una corona de tréboles. Nuestras manos se rozan apenas al respirar.

—Ya había olvidado lo que es simplemente sentarse sin hacer nada —digo, suspirando.

—A veces eso es justo lo que me falta. No correr a ningún lado, vaguear, respirar sin prisa… —sonríe sin apartar la vista del cielo—. Pero claro, siempre acabo eligiendo la opción de "trabajar hasta reventar". Supongo que no sé relajarme porque tengo miedo de perder lo que tengo.

—Por cierto, ¿cómo va tu agenda de conciertos? ¿El escándalo ya se calmó, la gente volvió a comprar entradas?

—Sí. El próximo mes empieza la gira —dice, girando el rostro hacia mí—. Quince ciudades de Ucrania, y luego las capitales de Europa. ¿Vendrás conmigo?

Se me corta la respiración. Esa invitación es una prueba más de que le gusto. Pero todavía me cuesta asumirlo con calma, así que recurro a mi clásico plan: fingir que no entiendo la indirecta.

—No creo que tenga opción —murmuro con una sonrisa torcida—. En nuestro contrato…

—¡Olvida el contrato! —gruñe con su tono habitual, pero esta vez no me irrita—. No eres mi esclava, Mía. Haz lo que quieras. Ven conmigo si te apetece.

—Una gira suena genial. Me encantaría, pero…

—¿Pero qué?

—Tendría que escucharte cantar.

Él pone los ojos en blanco y me empuja el codo en broma.

—¡Eres incorregible!

Cuando el sol toca el horizonte, miro el reloj y suspiro.

—Tenemos que volver. Chupi seguro que ya se ha comido medio sofá de la ansiedad.

—Ni quiero imaginar en qué habrá convertido la casa —dice Skyler mientras empieza a recoger las cosas.

¿Nuestra casa? ¿De verdad dijo *nuestra*? Oh, Dios. Esto es más serio de lo que pensaba.

Metemos todo en la cesta y caminamos hacia el coche. Al volver la vista atrás una última vez, veo el campo, el roble, el columpio. El lugar parece sacado de una película. Una de esas románticas y preciosas que uno quiere volver a ver cada vez que el alma se siente triste. Me da pena que el día termine.

El camino de regreso transcurre en una calma agradable. La música del coche suena suave, casi como un susurro de fondo. Me doy cuenta de que él elige a propósito la ruta más larga, pero no digo nada. Yo también quiero alargar un poco más nuestra cita. Porque siento que toda esta ternura se esfumará en cuanto salgamos del coche.

—Te dejo en casa y después paso por lo de Vadim. Tengo que devolverle el coche.

—¿Y cómo volverás? ¿En taxi?

—Sí.

—¿Y si voy contigo? Por si te ataca otro ejército de fans histéricas.

—Oh, no. No pienso dejar que me protejas. Puedo defenderme solo.

Cuando nos detenemos frente a la verja, ya ha oscurecido. Abro la puerta, pero no me bajo enseguida.

—¿Sabes? —digo, mirándolo—. Ahora sí que parece una cita de verdad.

—¿"Más aún"? —alza una ceja—. Y yo que creía que ya lo era.

—Puede ser —respondo con una sonrisa apenas insinuada—. Pero en una cita de verdad, el chico suele… besar a la chica al despedirse.

Lo digo medio en broma, pero las palabras quedan suspendidas en el aire. Y al instante sé que no pasarán desapercibidas.

Skyler me mira. Su expresión cambia poco a poco: se vuelve concentrada, profunda. La tensión entre nosotros es tan palpable como una descarga eléctrica.

—¿Eso fue un desafío? —pregunta en voz baja.

Quiero contestar algo ingenioso, pero mi mente se queda en blanco. Abro la boca… y la cierro otra vez, como si me faltara el aire.

Skyler se inclina hacia mí. Sus dedos finos me toman suavemente del mentón. Nuestros alientos se mezclan. Y todo lo demás —la radio, la noche, las luces de los faros— desaparece.

Sus labios rozan los míos. Cálidos, dulces, reales. Como si el beso anterior solo hubiera sido una prueba, y ahora me sirvieran el plato principal. Em… ¿es normal comparar un beso con comida? Tal vez tengo hambre. Ay, por Dios, ¿en qué estoy pensando?

No sé cuánto dura. Unos segundos, tal vez más. Cuando se separa, siento que el corazón me late tan fuerte que casi lo escucho en los oídos.

—Ahora sí es una cita de verdad —susurra, sonriendo.

Yo guardo silencio. Porque si abro la boca, seguro digo una tontería. Algo como que nos conocemos demasiado para llamarlo *primera cita*. Que, de hecho, podría considerarse la tercera… o incluso la

quinta. Y que en la quinta cita suelo permitirme mucho más que un beso inocente.

Menos mal que no lo digo.

Capitulo 26

Skyler se fue. El coche desapareció tras la curva, dejando en el camino las marcas de las ruedas y una extraña sensación de vacío. Como si con él se hubiera marchado una parte de mí. Me quedo junto al portón, toco mis labios con los dedos y todavía no lo creo. Me ha vuelto a besar. Y esta vez… realmente lo deseaba. Si no fuera por los remordimientos que me corroen por dentro, diría que fue increíble.

Abro la puerta y entro en casa. Adentro, el caos total. Cojines por el suelo, un juguete destrozado sobre el sofá, el suelo cubierto de migas y basura del cubo de la cocina. Y junto a la chimenea… alguien claramente ha estado jugando con los calcetines sucios de Skyler. Chupi está plantado en medio del desastre, con una expresión en el hocico que dice claramente: *"No entiendo en absoluto cómo ha pasado esto"*.

—Veo que no te aburriste —le digo, rascándole detrás de la oreja—. No te voy a regañar, pero si Skyler pregunta, le dices que me puse furiosa y te eché una buena bronca. ¿Trato hecho?

El perro ladra una vez, como confirmando el pacto.

Me río de él. Y de mí. Me siento a punto de estallar de emoción, como si el sol hubiera explotado dentro de mí. Quiero gritar, correr, abrazar a alguien, compartir este calor con el mundo entero. Pero ¿a quién se lo cuento? Mis seguidores del blog están convencidos de que Skyler y yo ya somos pareja desde hace tiempo. Y Chupi… no es precisamente el mejor oyente. Ahora mismo solo le interesa mi cordón, al que intenta morder como si fuera una serpiente.

—Esto no es normal —digo en voz alta, solo para comprobar que no he perdido la cabeza—. Es solo una cita. Solo… un beso. Entonces, ¿qué demonios me pasa?

Cojo el teléfono. Mi dedo encuentra solo el contacto correcto. Artem, claro. La única persona en la que aún confío. El único que sabe toda

la verdad sobre mí.

Contesta al segundo tono.

—¿Aló? —dice, bostezando.

—¿Dormías? —pregunto, mirando el reloj—. Pero si todavía es temprano...

—No, acabo de volver de una fiesta infantil —gruñe—. Dos horas metido en el traje de Mickey Mouse. Estoy muerto. Me duele la cabeza y no siento las piernas.

Me río.

—Pobre Mickey. ¿Por qué no te tomas unos días libres?

—Ni hablar. Apenas gano para sobrevivir. Acepto todos los encargos que salen —hace una pausa, luego baja la voz hasta un susurro—: Mientras tanto, ustedes tienen en casa, así sin más, cien mil encima de la mesa. Ese dinero podría resolver todos mis problemas.

—Es el dinero de Skyler —respondo con firmeza—. Y ni se te ocurra pensarlo, ¿me oyes?

—Era una broma —murmura, aunque no suena demasiado convincente—. Solo digo… si él ya te lo regaló, dudo que espere que se lo devuelvas. Tiene sentido, ¿no?

Inspiro hondo para calmarme. Siento cómo la rabia empieza a hervir en mi pecho.

—Artem, escúchame bien. Skyler se ha ganado ese dinero. Cada centavo. Y le ha costado tanto como a ti disfrazarte de Mickey Mouse.

—Él es cantante, Mía. No es exactamente trabajo duro.

—¡No tienes ni idea de lo que dices! —me sale del alma—. Creció prácticamente como huérfano teniendo padres vivos. Su padre es alcohólico. Su madre se fue a trabajar al extranjero y nunca volvió. Se quedó solo. Y cuando ganó un concurso de talentos, su padre le robó el premio y desapareció. Nadie le ayudó. No tuvo

patrocinadores. Todo lo que consiguió fue gracias a su propio esfuerzo.

—¿En serio? Nunca había oído eso.

—Nadie lo ha oído —respondo, paseando de un lado a otro con el móvil apretado en la mano—. Nunca lo ha contado en público. Solo a mí. ¿Entiendes? Confió en mí para hacerlo.

—Pues felicidades —dice Artem, con otro tono—. Lo lograste.

—¿Logré qué?

—Tu objetivo, ¡por supuesto! Es una bomba, Mía. Esa historia es oro puro para la revista. ¡Proyecto, premio, ascenso! ¡Lo conseguiste!

Me quedo helada, como si me hubiera dado una descarga.

—No has entendido nada —digo en voz baja, aunque me tiembla la voz—. No voy a hacerlo.

—¿A qué te refieres?

—A escribir sobre él. No quiero hacerle daño otra vez. Mañana hablaré con Natalia y renunciaré.

—¡Estás loca! —grita Artem, sin contenerse ya—. ¡Es la oportunidad de tu vida!

—¡Al diablo con la oportunidad! —le devuelvo el grito—. No voy a traicionar su confianza. No ahora.

En la otra línea, silencio. Y luego, muy despacio:

—¿Desde cuándo tanto sacrificio? ¿Desde cuándo te preocupas por sus sentimientos?

Suelto el aire despacio.

—Desde que vi quién es realmente —respondo—. Y desde que entendí… que no me es indiferente.

—Estás enamorada —dice Artem, decepcionado, como si acabara de perder algo importante.

No respondo. Pero mi silencio grita más fuerte que cualquier "sí".

El sol apenas había salido, y Skyler ya se había ido al ensayo. Ni siquiera nos vimos por la mañana, aunque, siendo honesta, fue porque me quedé encerrada en mi habitación a propósito. No quería cruzar su mirada; sabía que notaría mi nerviosismo. Primero voy a renunciar. Luego le contaré la verdad. Y si después de eso todavía quiere hablar conmigo, empezaré desde cero. Sin mentiras, sin secretos.

Saco a pasear a Chupacabra. El perro corre feliz, persigue mariposas, muerde el aire, y aun así yo no puedo sonreírle. En mi cabeza solo resuena una idea con fuerza: *hoy todo va a cambiar.* Cuando volvemos, me visto a toda prisa, me arreglo un poco y me escapo de casa. En el bolso llevo la carta de renuncia, doblada con cuidado. La hoja no pesa más que unos gramos, pero siento que cargo con una piedra enorme.

El camino hacia la ciudad pasa envuelto en una especie de neblina. Mi mente reproduce una y otra vez todos los posibles escenarios de la conversación con Natalie: desde su frialdad absoluta hasta un ataque de histeria, desde las amenazas hasta los ruegos. Pero no importa cómo reaccione. No voy a echarme atrás. Tengo que hacerlo. Si no, esta mentira terminará por devorarme.

La cafetería *Urban Bean* es uno de esos lugares donde Natalie suele concertar sus reuniones. Minimalismo, silencio, aroma a vainilla y café. Ya está allí, sentada junto a la ventana, impecable como siempre: traje de oficina, pendientes en forma de luna y esa sonrisa segura de sí misma que podría desarmar a cualquiera.

Hubo un tiempo en que era mi modelo a seguir, mi mentora. Copiaba su estilo, su forma de hablar, incluso aprendí a arquear la ceja con el mismo aire de superioridad cuando alguien me caía mal. Pero ahora solo deseo librarme de su influencia y no volver a verla jamás. Tengo que admitir que Skyler me ha puesto el mundo patas arriba.

—¡Mía, mi sol! —exclama cuando me acerco—. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez? Estás radiante. La vida de estrella te sienta de maravilla.

—Gracias —respondo con una sonrisa forzada—. Y gracias por aceptar verme.

Ella me observa con atención, aparta la taza de latte y entrelaza los dedos.

—Puedo sentir que no estás aquí solo porque me echabas de menos. ¿Qué traes entre manos? Vamos, confiesa, ¿has conseguido por fin un material explosivo para mí? —dice frotándose las palmas con una satisfacción casi infantil.

Desvío la mirada hacia la calle. Detrás del cristal, la gente pasa riendo, con cafés para llevar en las manos. Les envidio su despreocupación. Viven sin pensar en cuánta mentira hay que tragar o escupir para seguir a flote. Yo, en cambio, me ahogo. Solo quiero acabar con todo esto de una vez.

—Natalie, siempre voy a agradecerte que confiaras en mí. Me diste la oportunidad de acercarme a mi sueño. Pero… a veces los sueños cambian. Ya no quiero trabajar en este medio. Voy a renunciar.

Ella suelta una risa corta, falsa, como si hubiera escuchado un chiste absurdo que no entiende.

—¿Renunciar? ¿Después de todo lo que hemos invertido en este proyecto? —niega con la cabeza—. Estás cansada, nada más. El agotamiento nos pasa a todos, pero no es razón para tirar la toalla.

—No es agotamiento —respondo con voz baja—. Es que… ya no puedo seguir mintiendo.

Natalie suspira y se inclina hacia mí; su perfume, dulce y penetrante, me envuelve.

—Escúchame, Mía. Has tropezado con una historia única. Cualquiera en la redacción mataría por tenerla. Es tu oportunidad de hacer un reportaje de verdad, no de propagar un simple rumor. Solo tú

puedes mostrar a Skyler como realmente es. ¡Será una bomba! Piensa en el proyecto. Piensa en tu futuro.

—Eso destruiría a Skyler —la interrumpo—. No voy a monetizar su dolor. Sería cruel, incluso para una periodista.

Natalie se recuesta en la silla y me observa por encima de la taza.

—¿Sabes a quién veo ahora? A una periodista que está tirando su carrera por la borda. Alguien que se arrepentirá de esta decisión el resto de su vida.

—Puede ser —admito—. Pero ya no quiero una carrera que exija traicionar a la gente.

—Estás dramatizando demasiado.

Saco la hoja del bolso y la dejo sobre la mesa.

—Aquí está mi renuncia.

Ella guarda silencio unos segundos. Me examina, y cuando entiende que no pienso retractarme, firma el documento.

—Vas a arrepentirte —dice con un tono casi compasivo—. En este mundo nadie juega limpio. Y tú, querida, estás abandonando la pista justo antes de cruzar la meta.

—Tal vez. Pero al menos voy a poder dormir tranquila.

Intercambiamos una sonrisa fría. Luego saca su teléfono y empieza a teclear, dejándome claro que la conversación ha terminado.

Cuando por fin salgo de la cafetería, respiro hondo. El aire parece más fresco que hace unos minutos. Como si, junto con esa firma, me hubieran quitado un enorme peso de encima. Por fin me he librado de esa doble vida. Me invade una sensación de alivio luminoso, casi eufórico. El sol brilla con fuerza, los coches pitan, alguien ríe al otro lado de la calle… y todo suena como una sinfonía de libertad. Por fin hice lo correcto.

Sigo caminando, perdida en mis pensamientos, hacia la entrada del metro. Pero a unos metros de distancia distingo una silueta

conocida. Vadim.

Está apoyado en su coche, con los brazos cruzados, mirándome fijamente. No con reproche, sino con una atención tan intensa que me hiela la sangre. En su postura hay algo tenso, como si temiera que fuera a huir.

—¿Vadim…? —aprieto el asa del bolso sin querer—. ¿Qué haces aquí?

No responde. Se acerca despacio, se detiene frente a mí y asiente hacia el coche, indicándome que suba. Sus ojos brillan con una seriedad que me deja helada, a pesar del calor.

Capítulo 27

Los primeros minutos transcurren en silencio. El coche avanza despacio por calles estrechas, y puedo oír cómo mi corazón golpea con fuerza, como si quisiera escapar del pecho. No entiendo adónde me lleva ni qué está pasando. Las preguntas se amontonan en mi cabeza, pero la lengua no me obedece.

Vadim mantiene la vista fija en la carretera. No queda ni rastro de su sonrisa habitual. Parece concentrado, como si estuviera decidiendo cómo empezar la conversación… o en qué bosque sería mejor enterrar mi cuerpo.

—Supongo que piensas que te he estado siguiendo —dice al fin, sin apartar la vista del camino.

—Sería raro que no lo pensara —respondo más brusca de lo que pretendía.

—Pero no te seguía a ti —replica, lanzándome una mirada fugaz—. Seguía a Natalie Kork.

Parpadeo, confundida, sin estar segura de haber oído bien.

—¿A Natalie?

—Sí. He descubierto que es la dueña del medio que publica la mayor parte de las porquerías sobre Skyler. Iba a hablar con ella. A ofrecerle dinero para que frenara ese torrente de basura. Skyler se va de gira pronto, y esas historias podrían arruinarlo todo. Pero entonces te vi…

Siento cómo el frío me recorre el cuerpo.

—Déjame explicarlo… —murmuro.

—No hace falta —dice con calma—. No soy idiota, Mía. No cuesta mucho sumar dos más dos para darse cuenta de que la traidora siempre estuvo entre nosotros.

Aprieto las manos contra las rodillas para que no note cómo me tiemblan los dedos.

—Sí —admito al fin—. Tienes razón. Soy periodista. Bueno… *era*. Trabajaba en la oficina central, escuchaba vuestras conversaciones, escribía artículos. Y luego ustedes me convencieron para ser la novia falsa de Skyler…

—¿Así que ahora la culpa es nuestra?

—No, no quise decir eso. Lo siento, no consigo ordenar mis ideas.

—Pero en los artículos las ordenabas de maravilla.

—No volverá a pasar. He renunciado. —Saco la hoja del bolso y se la muestro—. Aquí está la firma de Natalie. Es oficial.

Vadim guarda silencio unos segundos. Echa un vistazo rápido al papel y vuelve la vista al frente.

—¿Por qué ahora?

—Porque quiero contárselo todo a Skyler —mi voz tiembla—. No puedo seguir mintiéndole. Confía en mí. Además, yo… bueno, tú sabes… me he enamorado de él. Y aunque llegue a odiarme, al menos sabrá la verdad.

Vadim frena de golpe junto al arcén. El coche se sacude y luego se queda inmóvil. Apaga el motor y se vuelve hacia mí.

—Escúchame bien —dice mirándome directamente a los ojos—. No puedes hacerlo.

—¿Qué?

—No le digas nada.

—Pero… —me río, nerviosa, sin entender nada—. ¿Por qué no?

—Porque lo destrozarías —responde, sereno pero categórico.

—Ah, ya entiendo. Te preocupa que afecte al tour, ¿verdad? Que no pueda rendir si está de mal humor. Pero hay cosas más importantes

que el dinero. ¡Demonios, todos están obsesionados con exprimir a Skyler al máximo! A nadie le importan sus sentimientos reales.

Vadim calla un momento. Se nota que mide cada palabra antes de hablar.

—No has acertado. A mí sus giras me dan igual. No gano nada con ellas. Lo que me preocupa es él, su estado emocional.

—¿De veras?

—Sí. Lleva años sin dejar que nadie se le acerque. Ni chicas, ni amigos. En el escenario es una estrella, pero fuera de él está completamente cerrado al mundo. Incluso a mí me costó una eternidad ganarme su confianza. Y ahora, por primera vez en mucho tiempo, Skyler ríe, prepara desayunos, se va de picnic… Tú le devolviste la vida. Si descubre que todo empezó con una traición… —Vadim niega con la cabeza—. Lo romperías por dentro.

La garganta se me cierra, y trago con dificultad el nudo que me quema por dentro.

—Pero lo hago por él —susurro—. He cambiado. De verdad quiero que sea feliz.

—Te creo —responde en voz baja—. Pero puede que eso no sea suficiente.

Guardamos silencio. Vadim extiende una mano y me toca el hombro, apenas un roce, breve, casi amistoso.

—No lo destruyas, Mía. No ahora. No cuando por fin ha vuelto a sentirse vivo.

Desvío la mirada hacia la ventana. Quisiera gritar, discutir, demostrarle que la sinceridad es el único camino. Pero las palabras se deshacen antes de salir. Sus argumentos tienen sentido.

—¿De verdad crees que es lo mejor? —pregunto al cabo de un rato.

—Sí. Haré todo lo posible para mantener esto en secreto el mayor tiempo posible. Tampoco le diré nada a la dirección. —Arranca el

coche otra vez—. Por ahora, limítate a estar con él. Cuídalo. Y cuéntale la verdad cuando esté preparado para escucharla.

Asiento en silencio. No digo nada durante el resto del trayecto. Hasta que el coche se detiene frente a la casa.

—Gracias, Vadim.

—Solo hago mi trabajo —responde con una sonrisa leve.

Pero ahora sé que Skyler no es solo su jefe. Es su amigo. Sí, un tipo insoportable, excéntrico, exigente… pero alguien importante para él.

El día parece no tener fin. Camino por la casa como un fantasma, sin hallar mi lugar. Mis pensamientos se enredan, el corazón late a veces rápido, a veces lento, como si estuviera al borde de un precipicio y temiera dar un paso adelante. Pero debo confesarme hoy. En cuanto él regrese. Sin introducciones bonitas, sin excusas. Solo la verdad, desnuda, tal como es.

He ensayado varias veces frente al espejo del baño: "Skyler, tienes que saber algo…", "Debo confesarte algo…". Pero siempre me quedo atascada al llegar a las palabras "soy periodista". Suenan como una sentencia.

Chupi está tumbado bajo el sofá, masticando su juguete, mientras yo me siento a su lado, girando entre las manos una taza de café que hace tiempo se enfrió.

—Tengo que hacerlo —me digo en voz baja—. Es mejor una verdad amarga que esta mentira. Al fin y al cabo, no he escrito nada malo desde que empecé a fingir ser su novia.

El perro solo bosteza, como si me recordara que ya he dicho eso unas cinco veces.

Y entonces se oye un portazo.

Doy un salto, como si me hubieran sorprendido cometiendo un crimen. En mi cabeza se activa un interruptor: se apaga todo —el valor, el plan, la lógica, incluso la respiración.

—¡Hola! —suena la voz de Skyler—. ¡He traído algo!

Entra en el salón sonriendo, un poco cansado, pero feliz. En las manos lleva un ramo de flores. Sencillo, no demasiado ostentoso, pero vivo y brillante. Y un enorme saco de pienso para Chupi, que arrastra como si fuera Papá Noel.

—Las flores son para ti. Y esto —dice guiñando un ojo hacia el saco —, para nuestro pequeño monstruo doméstico. ¿Te has dado cuenta de cuánto come? Creo que mantener un tigre saldría más barato…

Lo miro y no puedo pronunciar ni una palabra. El Skyler distante, impenetrable, que antes me parecía un muro, ya no está. Frente a mí hay otro chico: alegre, tranquilo, con alma. Sus ojos brillan cuando me mira, y ese brillo me oprime el pecho con una ternura insoportable.

—¿Has preparado algo de comer? —pregunta, dejando el saco junto al sofá—. Porque muero de hambre.

—Eh… no —respondo, apenas un susurro. He pasado todo el día destrozándome mentalmente—. Pero puedo…

—No hace falta —me interrumpe, depositando el ramo en mi regazo —. Hoy cocino yo. Y te prometo que no habrá tortitas quemadas.

Me río, aunque la risa se me rompe casi en un sollozo. Él va de un lado a otro por la cocina, algo torpe pero entusiasmado. Confunde las ollas, echa demasiadas especias, prueba la salsa, hace una mueca, vuelve a añadir algo más. Y todo el tiempo habla: sobre la gira, sobre nuestro reto viral, sobre el concierto benéfico que le propuse y que ahora ya no ve tan mala idea, solo hay que encajarlo en el calendario.

Me quedo en la puerta, observándolo, y siento cómo una cálida corriente se expande dentro de mí. De verdad ha cambiado. Y me duele pensar que puedo destruirlo todo. Con una sola confesión. Con una sola frase.

Recuerdo las palabras de Vadim: “No ahora. No cuando por fin ha vuelto a la vida”. Y entiendo que tenía razón.

—¿Mia, estás bien? —pregunta Skyler, sacando los platos—. Hoy estás muy callada.

—Solo cansada —respondo, intentando sonreír—. Y un poco pensativa.

—Yo también estoy cansado. ¿Qué te parece si, después de cenar, vemos una película? Tengo mi propio cine, pero casi nunca lo uso.

Ah, con que eso había detrás de la misteriosa puerta del segundo piso.

—Perfecto —respondo, esta vez con una sonrisa auténtica—. Me encanta el cine.

Vuelve a la cocina y yo me siento a la mesa. Dentro de mí siguen peleando dos fuerzas: la honestidad y el miedo. Pero hoy gana el miedo. Porque lo miro, y sé que no tengo derecho a echar sal en una herida que apenas empieza a cerrar. Quizá algún día encuentre el momento adecuado para contárselo todo. Pero no hoy.

Hoy solo quiero recordarlo así: con esa sonrisa, las flores en las manos y esa chispa de esperanza en los ojos que es tan fácil perder.

Cenamos entre risas, bromas y experimentos culinarios extraños. Su pasta está salada de más, la salsa huele a canela (confundió el tarro con el de pimentón), pero no me importa. Es la cena más deliciosa desde que estoy aquí. Porque es nuestra. Sin tensión, sin mentiras, sin redes sociales. Solo dos personas riendo de sus torpezas y mirándose un poco más de la cuenta.

Después de comer, subimos al segundo piso.

—Esta es mi habitación favorita —susurra Skyler, con un aire misterioso—. Es la única que tiene llave.

—Cuando recién me mudé, pensé que era una sala del pecado… Ya sabes, con paredes rojas, esposas, látigos y muebles de cuero.

—Bueno… —ríe—. Muebles de cuero sí hay.

Gira la llave y me deja pasar. El cine no es en absoluto lo que imaginaba. Esperaba una sala moderna, brillante, impersonal. Pero es justo lo contrario: un espacio en el que apetece quedarse.

Una luz cálida y suave baña las paredes, creando sombras acogedoras. A lo largo de una de ellas, un enorme sofá tan ancho que podría servir de cama. Tapizado en cuero color cacao con leche, cubierto de cojines de distintos tonos y texturas. Algunos parecen caros, otros tienen el aire gastado de los hallazgos de mercadillo.

En el suelo, una alfombra oscura y mullida amortigua cada paso. En una esquina, un pequeño estante lleno de películas. No puedo evitar sonreír: la mayoría son viejas, de esas que veía en el colegio. Comedias familiares, wésterns con doblaje cutre, una colección entera de melodramas navideños. Tal vez sí sea un romántico, solo que no lo demuestra.

Nos sentamos juntos en el sofá, mientras Chupi se acomoda en el pasillo, como un guardián que no permite intrusos. Skyler elige la película. En la pantalla aparece una vieja comedia: cálida como la infancia, como una manta suave, como los días sin mentiras ni preocupaciones.

Él ríe con ganas, sin contenerse. Su risa es contagiosa, y me descubro mirándolo en lugar de mirar la película. Cómo entrecierra los ojos, cómo se toca los labios para contener otra carcajada. Qué fácil se le ve ahora. Y qué en paz me siento a su lado.

—¿Sabes? —digo entre los diálogos de los protagonistas—. No imaginaba que pudieras ser así.

—¿Eso fue un cumplido o una ofensa?

—Un cumplido, claro —me río—. Siempre eres tan serio, tan concentrado… Pero ahora pareces otro.

—Tal vez solo estoy en buena compañía…

El silencio que sigue pesa, pero no incomoda. Quiero apartar la mirada, pero no puedo.

—Skyler… —empiezo, solo para romper la tensión.

Él se sonroja apenas.

—¿Sabes? —dice en voz baja—. En realidad me gusta cuando me llamas Timur. Prefiero seguir siendo Skyler para los demás, pero tú… tú puedes usar mi nombre.

—¿De verdad?

—Sí.

Sus palabras me golpean justo donde guardo mi culpa. Bajo la vista para que no note lo difícil que me resulta respirar.

—Entonces… está bien.

—¿Qué ibas a decirme?

Niego con la cabeza.

—Nada… Olvídalo —fuerzo una sonrisa.

Volvemos a mirar la película, pero ya no oigo los diálogos. Todo mi mundo se reduce al chico que tengo al lado.

Al final empieza a dormirse. No puede con el cansancio y se queda rendido en el sofá, con la cabeza ladeada, respirando tranquilo. Apago la televisión y coloco un cojín bajo su cabeza.

Quiero irme, pero no puedo.

Así que me tumbo a su lado, muy despacio.

Capitulo 28

Skyler

La mañana llega en silencio: una delgada línea de luz se cuela entre las cortinas y se desliza por la alfombra, avanzando lentamente hasta alcanzar el sofá y rozar mi rostro. Abro los ojos, entrecierro un poco la vista y tardo unos segundos en entender dónde estoy. Ah, cierto… la sala del cine en casa.

La pantalla está apagada. En el aire flota el olor dulzón del popcorn, que se ha esparcido por el suelo.

Y entonces lo siento. A *ella*.

Mía.

Duerme acurrucada contra mí, con la cabeza sobre mi brazo, y su cabello me hace cosquillas en el cuello. Ni siquiera me atrevo a respirar más fuerte, por miedo a romper este instante. Del otro lado me calienta Chupi, que ocupa el espacio a nuestros pies, panza arriba y completamente rendido. El cuadro perfecto: la chica, el perro y yo, atrapado entre ambos en la trampa más agradable del mundo.

Giro la cabeza con cuidado y la observo. Duerme profundamente, con los labios entreabiertos y las mejillas sonrosadas por el calor. ¿Nos quedamos dormidos aquí? ¿Juntos? ¿A la vez? Espero no haber roncado…

No recuerdo la última vez que desperté al lado de una mujer y no quise que se marchara lo antes posible. Normalmente era al revés: un breve entusiasmo, unas cuantas noches, y después el vacío. Esa sensación de que, al final, estoy mejor solo. Pero ahora… ahora no.

Ahora me siento bien. Simplemente bien.

Su respiración es tranquila, cálida. Y aunque el aire del verano es sofocante, no quiero apartar el brazo. Quiero seguir abrazándola, aunque sea un poco más. Mis ojos recorren su rostro, la línea de su

cuello, ese mechón cobrizo que le ha caído sobre la nariz, y pienso: *Dios, qué fácil sería acostumbrarme a esto.*

Sonrío. Algo se me encoje dentro, una ternura que no sé dónde guardar, que se me desborda por completo. Quisiera memorizarlo todo: su olor, su calor, cómo Chupi se da la vuelta y apoya la pata sobre su pierna, como si también la protegiera. Sí… así debería verse la imagen de una vida perfecta, esa que siempre me dio miedo imaginar. Si esto es un sueño, no quiero despertar.

Permanezco quieto unos quince minutos más. La boca me sabe seca. Necesito agua. Y, de paso, lavarme los dientes. Con cuidado, me incorporo del sofá, acomodo la almohada bajo su cabeza, le echo una última mirada y salgo.

La casa respira sol. Camino descalzo por el pasillo, disfrutando de ese silencio que solo existe por la mañana, cuando el mundo todavía duda si despertarse o no. Tengo mil cosas planeadas para hoy, pero me dan ganas de apagar el teléfono y quedarme aquí.

Al pasar frente a la habitación de Mía, me detengo. La puerta está entreabierta. En la cama hay una manta rosa chillona que rompe con todo mi decorado, una pila de libros sobre la mesita… y en la silla, el portátil.

Doy un paso al frente. Recuerdo que está escribiendo una novela. La curiosidad me muerde. Quiero leer al menos unas páginas. Sería una forma de conocerla mejor. Y si el texto resulta bueno, podría ayudarla a publicarlo. Para mí no es nada; para ella podría significar el inicio de algo grande.

Me quedo en el umbral, dudando. La conciencia me pincha. No está bien. No, peor: es una traición. Quizás debería simplemente preguntarle, durante el desayuno, con naturalidad: "Oye, ¿me enseñas tu novela?". Sería lo correcto.

Pero entonces otro pensamiento se cuela: *¿y si escribe sobre mí?* Bien podría haberme convertido en personaje de su historia. Espero que no sea uno que muera en el primer capítulo…

Resoplo. Miro alrededor. Luego doy unos pasos hacia la cama. Pulso la tecla *Enter*. La pantalla cobra vida. Fondo de pantalla: una foto de Chupi. Horrible. En el escritorio, justo sobre la oreja del perro, hay una carpeta con un título breve: "trabajo".

Algo se me clava en el pecho. Esa sensación de que estoy a punto de cruzar una línea de la que ya no podré volver. Mi dedo se queda suspendido sobre el touchpad. *No lo hagas, Timur.*

Pero, maldita sea, solo es un libro. No un diario. No mensajes personales. ¿Qué daño puede hacer si me convierto en su primer lector?

Click.
La carpeta se abre.

La mañana llega en silencio: una fina franja de luz se cuela entre las cortinas cerradas, se desliza por la alfombra, avanza lentamente hasta el sofá y me toca el rostro. Abro los ojos, entrecierro un poco la vista y, al principio, no entiendo dónde estoy. Ah, claro… la sala del cine en casa.

La pantalla está apagada. El aire huele a palomitas de caramelo derramadas por el suelo.

Y luego siento algo más. O mejor dicho, a alguien. Mia.

Duerme acurrucada contra mí, su cabeza sobre mi brazo, su cabello me hace cosquillas en el cuello. Tengo miedo de respirar, no quiero romper este momento. Del otro lado, Chupi calienta mis piernas, panza arriba, completamente rendido. El combo perfecto: una chica, un perro y yo, atrapado entre ambos como en la trampa más agradable del mundo.

Giro la cabeza con cuidado y la miro. Duerme profundamente, con los labios entreabiertos y las mejillas sonrojadas por el calor. ¿Nos quedamos dormidos aquí? ¿Juntos? ¿Al mismo tiempo? Espero no haber roncado…

No recuerdo la última vez que desperté al lado de una chica y no quise que se fuera cuanto antes. Normalmente era distinto: un par

de noches, algo de atracción y luego el vacío. Pero ahora… ahora no.

Ahora estoy bien. Simplemente bien.

Su respiración es suave, cálida. Y aunque el aire esté pesado y bochornoso, no quiero apartar el brazo. Quiero abrazarla un poco más. Mis ojos recorren su rostro, la línea de su cuello, ese mechón cobrizo que le cayó sobre la nariz, y solo puedo pensar: *Dios, qué fácil sería acostumbrarse a esto.*

Sonrío. Siento cómo algo dentro de mí se encoge, un nudo de ternura que no sé dónde meter. Me dan ganas de repartirla por el mundo, tanta que me sobra. Quiero grabar cada detalle: su olor, su calor, el modo en que Chupi se da vuelta y le apoya una pata en la rodilla, como si también la protegiera. Supongo que así se ve la imagen de una vida perfecta, esa con la que nunca me atreví a soñar. Si esto es un sueño, no quiero despertar.

Permanezco quieto unos quince minutos más. Tengo la boca seca. Necesito agua. Y cepillarme los dientes, de paso. Me incorporo con cuidado, acomodo la almohada, la miro una vez más y salgo.

La casa respira sol. Camino descalzo por el pasillo, disfrutando de ese silencio que solo existe por la mañana, cuando el mundo aún no ha terminado de despertar. Tengo mil cosas que hacer hoy, pero quisiera apagar el teléfono y quedarme aquí todo el día.

Al pasar frente a su habitación, me detengo un segundo. La puerta está entreabierta. En la cama, una manta rosa que parece una mancha chillona dentro de mi decoración; en la mesita, una torre de libros… y sobre la silla, su portátil.

Doy un paso dentro. Recuerdo que está escribiendo una novela. La curiosidad puede más que los buenos modales. Muero por leer aunque sea unas páginas. Tal vez eso me ayude a conocerla mejor. Y si su trabajo vale la pena, podría ayudarla a publicarlo. Para mí sería nada, pero para ella… podría serlo todo.

Me quedo en el umbral, dudando. La conciencia me pincha. Esto no está bien. Es casi una traición. Tal vez debería esperar al desayuno y

preguntarle sin rodeos: "Oye, ¿me enseñas tu novela?". Sería lo correcto.

Pero otra idea cruza mi mente: ¿y si hay algo sobre mí allí? Podría haber usado mi vida como inspiración. Espero que al menos ese personaje no muera en el primer capítulo…

Respiro hondo, miro a los lados, y al final me acerco. Presiono *Enter*. La pantalla cobra vida. El fondo es una foto de Chupi —horror puro —. Y justo sobre su oreja, una carpeta con un título simple: *trabajo*.

Siento un pinchazo en el pecho, como si estuviera a punto de hacer algo de lo que no habrá marcha atrás. Mi dedo tiembla sobre el touchpad. *No lo hagas, Timur.*

Pero, al diablo, es solo un libro. No es un diario ni mensajes privados. ¿Qué daño puede haber en ser su primer lector?

Clic. La carpeta se abre.

En la pantalla, una lista de títulos, simples, secos, pero que me atraviesan como una descarga eléctrica:

"Skyler: ¿fenómeno o ficción?"
"La vida secreta del ídolo. Exclusiva."
"Tras bastidores: quién es Skyler fuera del escenario."

Al principio no entiendo lo que veo. Tal vez solo es una recopilación de materiales sobre mí. Quizás los reunió para documentarse, para interpretar mejor su papel de novia. Sí, debe ser eso. Mia es observadora y meticulosa; necesita fuentes. Tiene sentido.

Intento aferrarme a esa idea como un náufrago a una bocanada de aire. Sé que si la suelto, me hundo.

Abro el primer archivo. Y mi mundo empieza a derrumbarse.

En la pantalla, mi vida. Diseccionada. Mis gestos, mis manías, incluso detalles como el movimiento que hago con el anillo cuando estoy nervioso. Pero lo peor es el tono. Reconozco su estilo. Es su voz, sus palabras, su ironía, sus malditos comentarios sarcásticos.

“En cuanto a arrogancia y soberbia, Skyler no tiene rival. Su corazón es tan helado que ni el cambio climático lo afecta. Un hipócrita que solo finge amar a sus fans. ¿Por qué? Porque le conviene.”

Eso… eso es sobre mí. Y lo escribió ella.

Cierro los ojos, pero el texto sigue allí, grabado. Un dolor agudo me atraviesa el pecho, como si alguien me clavara un cuchillo y girara la hoja con calma. Leo y releo, buscando un rastro de broma, un guiño, algo que me diga que no es en serio. Pero no hay nada. Es un análisis quirúrgico: preciso, frío, despiadado.

Abro otro archivo. Hay notas, fechas, recordatorios:

“¡Entregar el material antes de fin de mes!”

“Reacción de Skyler al hablar de su infancia: emocional, potencialmente útil para seguir explorando.”

“Después del podcast, se nota un cambio en su actitud. Seguir observando.”

La luz de la pantalla me quema los ojos. Me cuesta parpadear. Todo zumba en mi cabeza. Cada frase es una bofetada. Ella me observaba. Me estudiaba. Me vendía.

Trago aire, pero solo me sale una risa rota. Me levanto de golpe, el portátil casi cae al suelo. Camino de un lado a otro intentando no estallar. Los puños apretados, los hombros tensos, las uñas clavándose en la piel.

No. No puede ser verdad. No Mia. Ella no haría esto.

Le creí cada palabra. Le confié lo que nunca dije a nadie. Iba a decirle lo que sentía.

La rabia me arrasa: caliente, punzante, tan fuerte que necesito golpear algo para ahogar el dolor. Aprieto los dientes. Otra traición. Otra persona que me importa. ¿Es una broma del destino? ¿Un castigo?

Nunca le interesé como hombre. Yo era un objeto de estudio. Un proyecto. Material de investigación.

Quiero salir corriendo, despertarla, gritarle "¿Por qué?". Pero no puedo. No quiero ver sus ojos mentirosos.

Cierro el portátil con calma mortal. Dentro de mí no queda nada. Solo vacío. Silencio absoluto.

Veo su maleta junto al armario. Perfecto. La abro, la coloco sobre la cama y, como si me moviera bajo el agua, empiezo a guardar sus cosas una a una. No quiero que quede ni el más mínimo rastro de ella en esta casa.

Capitulo 29

De pronto, unos pasos resuenan a mi espalda: suaves, cautelosos, pero en este silencio muerto suenan como disparos. Me doy la vuelta de golpe.

Mia está en el marco de la puerta. Descalza, somnolienta, con el pelo suelto cayéndole por los hombros como una cascada dorada. Maldita sea… incluso ahora, cuando la detesto con cada fibra de mi cuerpo, tengo que admitir que es increíblemente hermosa. Su mirada se clava en mí, y en ella se mezclan shock, miedo e impotencia. Observa mi maleta, mis cosas tiradas por todas partes… y no hace falta que le explique nada. Ya lo ha entendido todo.

—¿Qué… qué estás haciendo? —susurra, casi sin voz. Le tiembla como si fuera una cuerda tensada.

No respondo. Solo arrojo otra tanda de cosas dentro de la maleta y cierro la cremallera. Está claro que no cabe todo. Lo que queda lo recogerá Vadim; yo ya no tengo fuerzas. Levanto la maleta y voy hacia el salón.

—Timur, por favor… —Mia me alcanza en el pasillo. Me roza el hombro con la punta de los dedos—. Déjame explicarte. No es exactamente lo que crees. No es tan terrible…

Sigo callado. No porque me dé igual, sino porque sé que si abro la boca, el dolor encontrará una grieta por donde escapar. Ella ya me ve destrozado; no pienso mostrarme aún más patético. No le regalaré eso.

—Sí, fui periodista —dice de prisa, siguiéndome—. Pero nunca quise hacerte daño. Al principio era solo un trabajo, pero todo cambió. Empecé a ver a la persona, no al personaje. Y cuando me di cuenta de que… me había enamorado, renuncié. No publiqué nada, te lo juro.

Dejo la maleta junto a la puerta y me giro hacia ella despacio. Por dentro todo hierve: rabia, decepción, traición… hasta vergüenza por

mi propia ingenuidad.

—Enamorarte —repito, áspero—. Eres buena actriz. Dirías cualquier cosa con tal de no perder tu trabajo… ¿De verdad crees que voy a creerte? ¿Que voy a hacer como si nada hubiera pasado y dejar que sigas usándome? Nuestro contrato está cancelado. No te preocupes, no diré nada a Karina ni al equipo de prensa. No tendrás problemas. Y recibirás tu pago por tus servicios.

—No quiero ningún pago —susurra ella, casi llorando.

Sonrío con amargura.

—Ah, claro. Seguramente ya ganaste bastante con tus artículos sobre mí. Y yo creyendo que estabas escribiendo una novela… Quería ayudarte a publicarla… Qué idiota.

—Timur, no quería mentirte. De verdad —murmura—. Al principio no sabía cómo decirlo. Luego ya era tarde… Todo se enredó. Tenía miedo de hacerte daño.

—¡Pero me lo has hecho!

—Lo sé… perdóname.

—Basta —la corto. De milagro mi voz suena firme—. No quiero oír nada más. Déjame en paz.

Ella se queda inmóvil, como petrificada. Sus ojos están llenos de desesperación, pero yo no reacciono. Por dentro solo hay vacío. Abro la puerta. El aire caliente del verano me golpea en la cara. Podría haber sido un día perfecto… Lo habríamos pasado junto a la piscina, por la noche habríamos salido a pasear con el perro y cenado en un restaurante. Otro día más en una dulce mentira.

—Vete, Mia —digo al fin—. Solo vete.

Ella no se mueve. Solo me mira: perdida, rota, como si todavía esperara que cambiara de opinión.

—¡LÁRGATE! —grito, para romper su última esperanza.

Entonces asiente despacio. Se limpia las lágrimas, toma la maleta y sale. Chupacabra corre detrás de ella, baja los escalones y se queda junto a sus pies, gimiendo, como si le suplicara que no se vaya. Mia se agacha, lo acaricia y le dice algo al oído. No puedo oírlo, pero veo cómo le tiemblan las manos.

Y justo ahí algo dentro de mí se rompe del todo.

—¡Chupi, ven aquí! —digo seco, dando un paso hacia fuera—. Entra. Ahora.

El perro no obedece. Me mira y gime bajito. Lo agarro por el collar y lo arrastro hacia dentro, aunque intenta resistirse.

—Basta —murmuro, sin saber a quién se lo digo—. Basta, joder.

Cierro la puerta. Pesada. Con un crujido. Como si cortara de golpe una parte de mí mismo. Me quedo quieto, con la frente apoyada en la madera. Afuera escucho el rodar de las ruedas de la maleta. Se aleja, se aleja… Y solo cuando ese sonido desaparece por completo, me doy cuenta de que estoy otra vez solo. Mi ilusión de felicidad ha explotado como una burbuja de jabón.

Mía

Arrastro la maleta hasta la parada más cercana. Me siento en el banco y pido un taxi. Tengo un humor tan miserable que ni нaймínimo deseo tengo de hablar, ni siquiera con la operadora para decirle mi dirección.

En realidad, ¿qué esperaba? Es culpa mía. Por mucho que quiera echarle parte de la responsabilidad a Vadim por su consejo de callar, entiendo que él no tiene nada que ver. ¡Tenía que haber pensado con mi propia cabeza! Aunque… tampoco es seguro que Timur me hubiera perdonado si se lo hubiera contado antes. De todos modos, para él esto es una traición. Pero no voy a rendirme así nomás. No pienso quedarme sitting en un rincón, lloriqueando y lamentándome. Esta vez no.

Necesito darle un poco de tiempo para que se calme. Y después… después tendré que obligarlo a escucharme de alguna manera. Estoy

segura de que, si le explico todo con detalle, lo entenderá. Quiero creer que aún existe una posibilidad de reconciliación.

Llego a casa. Aunque, después de vivir con Timur, llamar "hogar" a este bloque gris me resulta bastante triste… Es como si me hubieran sacado a empujones de un cuento de hadas y devuelto a la rutina gris. Ya no soy la Cenicienta que vive en el castillo de un príncipe encantador. Soy una desempleada sin suerte en un departamento alquilado. Subo en el ascensor, imaginando con una sonrisa amarga lo mucho que Skyler debió asquearse al tocar estos botones. Abro la puerta.

—Ya estoy en casa —murmuro, aunque espero que Artem no esté y me deje al menos un par de horas para pensar en silencio.

—¿Mía? ¿Qué haces aquí? —se escucha desde su dormitorio. Adiós, pensamientos silenciosos.

Sale al pasillo. Solo lleva unos shorts y tiene el maquillaje corrido. Parece que Artem se olvidó de quitárselo anoche.

—¿Y por qué no iba a estar en el departamento por el que pago alquiler? —respondo, un poco irritada—. ¿O ya te encontraste una nueva compañera?

—Oh… —parece que ya entendió todo sin necesidad de explicaciones—. Te fuiste de casa de Skyler… Y no vi ningún post al respecto, aunque estoy suscrito a vuestros blogs.

—No estamos para blogs ahora.

—¿Discutieron?

—Ajá. Se enteró de que fui periodista —murmuro—. Y, lo peor de todo, no por mí…

—Qué situación más desagradable —Artem se rasca la nuca—. Pero, bueno, también tiene sus ventajas.

—¿Por ejemplo?

—No estaban destinados a ser pareja. Sois de mundos distintos, y que surgiera algo entre vosotros fue una anomalía. Tarde o temprano ibais a separaros. Y mejor temprano, porque si es tarde, duele más.

—¿Desde cuándo eres experto en psicología humana? —bufó mientras me quito los zapatos. Voy hacia mi habitación—. Esto no ha terminado. Solo es una pausa.

—¿Cómo? No me digas que vas a perseguirlo pidiéndole perdón. No va contigo. El orgullo es importante, ¿recuerdas? Tú nunca has hecho algo así…

—¿Y si resulta que nunca estuve realmente enamorada? Porque ahora el orgullo me importa un comino.

—No te reconozco… —su voz suena confundida—. No sé si esta versión romántica de Mía me gusta o no.

—A mí tampoco me entusiasma. Me siento… débil. Pero me encanta estar con Timur. Y por eso estoy dispuesta a hacer lo que haga falta.

Artem asiente. Y luego me mira fijamente.

—Espera —parpadea—. ¿Quién es Timur?

—¡Es Skyler!

Suspira con alivio.

—Menos mal. Por un momento pensé que teníais un triángulo amoroso.

—Con lo que tenemos ya nos sobra.

Me dejo caer sobre la cama. Miro el techo. Intento adivinar qué estará haciendo Timur ahora. Ojalá esté furioso, desquitándose con todo aquel que se cruce en su camino. Prefiero imaginarlo así que roto y triste. Menos mal que está Chupi con él. Al menos yo tengo a Artem; él, en cambio, está completamente solo.

Saco el teléfono. Sé que no contestará si lo llamo. Así que abro el chat y le escribo un mensaje:

“Sé que ahora estás muy enfadado. Y lo entiendo. Yo también estoy enfadada: conmigo misma y con la situación. Solo quiero que sepas que lo que más deseo en este mundo es recuperar tu confianza. Haré todo lo posible para que eso ocurra cuanto antes”.

Lo envío. Un minuto después aparece el aviso translúcido: leído. Mi corazón late más rápido, la adrenalina me sube y la garganta se me cierra con tantas emociones. Él empieza a escribir. Contengo la respiración…

Pero en lugar de su respuesta aparece una notificación en rojo: el usuario ha limitado el acceso a su perfil. Has sido bloqueada.

—¡Maldita sea! —gruño frustrada.

Pero esto no cambia nada. Puede bloquearme en todas las redes sociales. Yo sé dónde vive. Sé por dónde corre, dónde pasea a su perro, dónde compra ropa y dónde trabaja. Si es necesario, superaré en perseverancia a todas sus fans y lo perseguiré como una sombra hasta que hable conmigo.

Y si hace falta, hasta empezaré a escuchar sus canciones.

Capitulo 30

Al día siguiente me despierto con la firme sensación de que tengo un plan. No ese pensamiento vago de "tengo que hacer algo", sino un auténtico ánimo de combate. Ya basta de quedarme de brazos cruzados. Es hora de actuar. Yo no soy de las que se rinden después de la primera pelea… aunque esto, claro, no fue una simple pelea, sino una catástrofe a gran escala con tintes de traición y un malentendido fatal.

Me planto frente al espejo e intento infundirme confianza.

—Puedes hacerlo. Tú, Mía, eres una guerrera. Nunca te has rendido, y esta vez tampoco lo harás —le digo a mi reflejo mientras me recojo el pelo en una coleta y me pinto los labios—. No vas a renunciar a lo que te hace feliz. Mejor dicho: a quien te hace feliz.

Hoy me toca salir de caza. He creado una ruta basándome en el horario diario de Skyler. Primero: el parque. Donde siempre corre por las mañanas, con música en los auriculares y fingiendo que le encanta hacer deporte.

Muy temprano, cuando la gente normal todavía duerme, salgo de casa. Tomo el primer bus de la ciudad y cruzo medio mundo. Timur sale a correr alrededor de las siete, así que yo tengo que estar allí antes. Elijo un lugar para la emboscada: bajo un árbol, no muy lejos del lago alrededor del cual da dos vueltas antes de descansar. Incluso me invento una frase para abrir la conversación con un impacto dramático: "Por mucho que corras, no podrás huir de la verdad. ¡Tienes que escucharme!". Suena bien, ¿verdad?

Pasan diez minutos. Luego veinte. Media hora. Y ni rastro de Timur. Corren un montón de personas. Ya he tenido tiempo de evaluar las formas y el estado físico de medio distrito, pero mi Timur sigue sin aparecer.

—Bien —me digo—. Puede que hoy tenga día libre. Vamos al sitio donde su presencia es obligatoria.

El siguiente punto: el área para perros. Incluso compré un paquetito de chuches para Chupi, para sobornar al pequeño traidor. Me quedo junto a la valla buscando un rabito familiar. Pero ni Chupi ni Skyler están allí. Qué raro… Ese era el único lugar donde podíamos soltar a nuestro demonio en miniatura sin correa y sin miedo a que hiciera destrozos o se rompiera algo.

Solo queda el último punto de mi ruta de hoy. Su casa. Diez minutos caminando y ya estoy frente al portón. Me da la impresión de que desde la última vez que estuve aquí, la valla y el muro han crecido medio metro. El patio de Timur parece una fortaleza inexpugnable. Para entrar habría que cavar un túnel. Y como no tengo pala, solo golpeo la puerta con el puño.

Silencio.

Ni siquiera Chupi ladra. Sospecho que hoy le han dado vía libre para hacer lo que quiera dentro de casa, así que debe de estar demasiado ocupado investigando el cubo de basura como para cumplir sus deberes de guardián.

—¡Timur! —grito, intentando no sonar desesperada (spoiler: fracaso total)—. ¡Sé que estás en casa! ¡Solo necesito hablar contigo!

No sale. Lo llamo: no contesta.
El único testigo es el gato del vecino, mirándome desde la valla con cara de: "oh, drama nuevo, me encantan las series en directo".

Apoyo la frente contra el portón y me río. Amargamente, cansada, casi histérica.

—Está bien. Quédate callado. De todas formas, no pienso rendirme —susurro—. La próxima vez traeré una escalera.

Vuelvo a casa sin ánimos. Mi entusiasmo se ha evaporado, la confianza se ha apagado, la sensación de soledad ha aumentado. Lo extraño. Extraño hablar con él, reírme con él, escuchar su voz y simplemente tenerlo cerca. Resulta que la necesidad que tengo de él es mucho más fuerte de lo que imaginaba.

—¿Cómo te fue? —pregunta Artem. Está en la cocina esperando a que se hinche la sopa instantánea en su diminuta cacerola.

—Fatal —suspiro.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—Lo dudo. A no ser que conozcas un método para sacar a Timur de su casa.

Su cara se ilumina un segundo, como si hubiera tenido una idea brillante.

—¿Y si actuamos más duro? Por ejemplo, yo podría chantajear a Skyler. Le digo que, si no te escucha, revelaré a los medios la verdad sobre sus padres. ¿A que suena genial?

Involuntariamente cierro los puños.

—¿Eres idiota, Artem? —gruño, inclinándome hacia él—. ¡Olvida todo lo que te conté! Te lo dije sin pensar. Porque… porque siempre creí que podía confiar en ti. Si sale de tu boca aunque sea una palabra sobre su infancia, yo… yo te mato.

—Solo era una broma… —murmura, encogiéndose.

—Pues yo no estoy bromeando. Nunca hables de Skyler. Ni una palabra.

Levanta la tapa y remueve la pasta con el tenedor, pensativo.

—Una cosa está clara… —dice, mirando el vapor como si intentara ver su futuro ahí dentro—. Si, por proteger a Skyler, estás dispuesta a partirle el cuello a tu mejor amigo, entonces estamos ante sentimientos muy serios. Aun así, pensaré en cómo ayudarte.

—La mejor ayuda que puedes darme es prometer que no te meterás y que mantendrás la boca cerrada.

Artem no responde. Solo asiente.

Quería poner en orden mis pensamientos, pero resultó demasiado difícil. Así que decidí poner en orden el piso. Artem no se había

esforzado mucho por mantenerlo limpio en mi ausencia, y ahora, en su único día libre, le toca fregar el suelo y quitar el polvo. Que no se queje, porque yo asumí la parte más dura: dejé la cocina reluciente.

Miro esta limpieza y siento un pequeño alivio. No por mucho tiempo, pero aun así. De pronto suena el timbre. Hasta doy un salto del susto. Primer pensamiento: ¡Timur! Me sube el calor a la cara de los nervios, pero al mismo tiempo me invade una alegría tan intensa que casi salgo corriendo a abrir. Estoy lista para derribar la puerta de un golpe, con tal de verlo cuanto antes.

Pero otra vez, decepción.

No es él, sino Vadim. Está en el rellano con dos bolsas enormes. A través del celofán se ven mis sandalias.

— Hola —dice, evitando cuidadosamente mirarme a los ojos—. Skyler me pidió que trajera tus cosas. Revisa si está todo… Si olvidaste algo, avísame.

Suelto el aire.

— Pasa —lo dejo entrar—. ¿Quieres té?

— No, gracias… En realidad tengo prisa.

— Si te preocupa lo de mi ruptura con Timur, no hace falta. No tienes la culpa de nada.

Los hombros de Vadim bajan, aliviados.

— Me alegra que lo veas así. Porque tenía unos remordimientos horribles… —deja las bolsas en el pasillo y pasa a la cocina. Se sienta a la mesa y me observa mientras preparo el té.

— ¿Cómo está? —pregunto—. Intenté encontrarlo, pero es como si se hubiera evaporado. ¿Se fue a alguna parte?

— No. Skyler está en casa. Atrincherado, como un cangrejo ermitaño. Ignora el trabajo… Está en la segunda planta, tocando la guitarra sin parar. Le mentí a la jefa, le dije que estaba enfermo para

ganarle tiempo. Pero comportarse así antes de una gira es mala señal. Igual tendremos que cancelarlo todo…

Maldita sea. Este es el peor de los escenarios.

— Pero a ti te dejó pasar. Entonces no está tan mal —digo con un poco de esperanza.

— No me dejó pasar. Es que tengo mis propias llaves, así que entré.

Artem, que lleva todo este tiempo espiando desde la puerta, asoma de repente la cabeza.

— ¿Tienes llaves de su casa? —pregunta incrédulo.

— Bueno… sí.

— ¡Préstaselas a Mia!

Qué crack. Yo ni habría pensado en eso.

— ¡Exacto! —asiento de inmediato, casi derramando el té—. Así podría entrar en su casa y obligarlo por fin a hablar conmigo. Ojalá eso lo haga reaccionar.

— No.

— ¿Por qué no?

— Porque me despediría. Y además… Hoy Skyler me quitó la llave de la puerta principal. Me dejó solo la del portón para que pase cada dos días a dejar comida para él y el perro. Claramente piensa hundirse en una depresión larga.

— Oh… pobrecito —se me encoge el corazón—. Y yo esperaba que lo estuviera llevando mejor que yo.

Vadim asiente.

— La verdad, nunca lo había visto así —toma la taza de un trago—. En serio, tengo que irme. Mucho trabajo.

— Está bien. Gracias por traer mis cosas.

— De lo contrario, Skyler las habría tirado a la basura —se encoge de hombros.

— ¿Puedo pedirte un favor? —pregunto.

— Claro.

— Mantenme al tanto. Quiero saber cómo está Timur.

— Está bien. Pero si él descubre que hablo contigo…

— No lo sabrá. Te lo prometo.

Vadim asiente. Ya va hacia el pasillo dispuesto a irse, cuando Artem lo detiene.

— ¡Espera! —lo alcanza y… se lanza a abrazarlo. Es extraño. Ridículamente teatral—. Gracias por ayudar a Mía. Eres buena persona. Lo supe en cuanto te vi. Tienes ojos buenos.

Vadim le da unas palmadas torpes en la espalda, intentando apartarlo.

— No hay de qué —gruñe—. No hacía falta…

Al fin se libera, me lanza una última mirada y se marcha apresurado.

— ¿Y eso qué ha sido? —pregunto—. ¿Por qué te le colgaste del cuello? Si te sobra ternura, búscate novia de una vez.

Artem pone los ojos en blanco. Casi tan bien como lo hace Skyler.

— No lo abracé porque me apeteciera. Lo hice por ti.

— ¿Cómo?

Artem me tiende una llave con una etiqueta que dice “Skyler”.

— No hace falta que agradezcas.

Me quedo en shock. Miro la llave como si fuera la octava maravilla del mundo.

— ¿Pero cómo sabías que la llevaba encima?

— Elemental. Cuando habló de ella, se tocó la pochette del pecho, como si quisiera comprobar que seguía allí.

— ¡Impresionante! ¡Eres un genio! —cojo la llave y la aprieto contra el pecho—. ¡Es mi oportunidad!

— Pues aprovéchala antes de que Vadim note que falta.

— ¿Ahora mismo? —miro por la ventana: ya está anocheciendo—. Bah, igual no iba a aguantar hasta la mañana.

— Vístete. Yo te pido un taxi.

— ¡Trato hecho!

Salgo disparada a mi habitación a arreglarme. Es decir: disimular las ojeras que me quedaron de llorar medio día.

Capitulo 31

Skyler

La vida es una mierda. Mi vida es una doble mierda. A los demás, al menos, no les prohíbють estar tristes; yo no tengo ese lujo. Por muy mal que me sienta, estoy obligado a fingir que todo va bien. A nadie le importan mis verdaderos sentimientos: los fans quieren verme en personaje. Quieren que sonría, que haga un show, que interprete mi papel y justifique su admiración. Pero ¿por qué nadie se pregunta jamás qué quiero yo?

Y lo que quiero es morirme.

Maldita sea, nunca pensé que esto me pasaría. Siempre creí que el amor era un invento, una autosugestión. Estaba seguro de que jamás me enamoraría, jamás perdería la cabeza por alguna chica, y mucho menos soñaría con un futuro a su lado. Me tenía por un hombre autosuficiente, que no necesita "media naranja"… Pero ahora, sin esa mitad, me siento incompleto.

Chupi y yo nos repartimos el territorio. Yo me atrincheré en la segunda planta, y a él le dejé la primera. Ni quiero ver en qué ha convertido mi casa. La última vez que bajé a buscar comida, ese monstruo estaba desarmando un puff como si fuera un experimento atómico.

Ya es de noche. No me vendría mal dormir, pero ya he pasado medio día tirado en la cama en un estado parecido al coma. No puedo esperar sueño en las próximas horas. Me obligo a salir de mi nido en el estudio de grabación. Tengo que comer algo. Arrastrando los pies, avanzo por el pasillo.

De pronto oigo un ruido extraño. Un crujido, como si algo hubiera golpeado la ventana. Al principio pienso que es otra travesura de Chupi. Pero luego se oye el mismo golpe… y su ladrido. Me quedo inmóvil. ¿Y si alguien intenta entrar en la casa? Lo que me faltaba.

Mi muralla de indiferencia empieza a agrietarse. No es que sea un cobarde, pero la posibilidad de encontrarme con delincuentes activa mi instinto de supervivencia. Los ruidos se repiten. Chupi ladra cada vez más fuerte. Tengo que hacer algo… Entro corriendo al gimnasio, agarro un bate de béisbol. Con él preparado, bajo las escaleras.

Dios, ojalá sea una falsa alarma. Ojalá mi fortaleza siga siendo inexpugnable. Es el único lugar donde me siento seguro.

Los sonidos vienen de la cocina. Aprieto el bate con más fuerza. Pegado a la pared, avanzo poco a poco. El corazón me late tan fuerte que parece detenerse. Un paso más, y estaré cara a cara con el peligro. Me asomo desde detrás de la columna, listo para atacar primero.

Y la escena que se abre ante mis ojos es incluso más impactante que unos ladrones. No sé qué sentir: dan ganas de reír, llorar y gritar al mismo tiempo.

En la ventana de la cocina… cuelga Mia. Sí, cuelga. Parece que intentó colarse por la abertura, pero calculó mal su tamaño y se quedó atascada a la altura de la cintura. Resopla, forcejea, casi le reza al marco para que de milagro se ensanche. A su lado, Chupi baila una lambada de felicidad. Está claro que él sí se alegra de verla.

No puedo decir lo mismo de mí.

— ¿Decidiste que habías traído poca mierda a mi vida y quisiste rematarlo robándome la casa? —pregunto, bajando el bate.

Mia se queda inmóvil. La cara se le pone roja como un tomate. Me mira con esos ojos enormes de muñeca y ni parpadea.

— Voy a llamar a la policía —digo, sacando el móvil.

Mia resucita al instante.

— ¡No! —grita—. ¡No es lo que crees! ¡No iba a robarte!

— Claro. Esperaste a que fuera de noche, te colaste a escondidas en mi casa…

— Los ladrones se llevan el dinero. Yo te lo traje —se revuelve en el marco—. Tus cien mil… están en mi bolso. Si me ayudas a salir… te los devuelvo.

— No voy a ayudarte.

Mia intenta adoptar una expresión seria, pero el hecho de estar atascada en una ventana no contribuye demasiado a su autoridad.

— Está bien —suspira—. Entonces seguiré colgando aquí.

— Adelante.

Me doy la vuelta dispuesto a irme. Tengo que alejarme antes de perder el control, antes de que mi fachada de indiferencia se derrumbe. La verdad es que mi corazón late tan rápido que duele. No quiero verla. Y al mismo tiempo, al verla, vuelvo a sentirme vivo.

— ¡Timur! ¡TIMUR!

Me detengo, pero no giro.

— He venido a confesarte mis sentimientos —dice—. Pero no contaba con tener que hacerlo en… esta pose tan poco elegante.

— ¿Qué sentimientos, Mia? ¿Sentimientos de triunfo y alegría por haber pescado a un idiota con fama y dinero? —no aguanto más.

— No… sentimientos de miedo, incertidumbre y… de estar peligrosamente enamorada. Tienes todo el derecho del mundo a no confiar en mí. Pero confía en los hechos. Desde que vivo contigo, no ha salido ni un solo artículo provocador sobre ti. Incluso lo del accidente… lo provoqué para darle a mi jefa una exclusiva sin meterte a ti en el escándalo. Lamento de verdad haber ocultado mi profesión… No imaginas cuántas veces quise contártelo. Pero no tuve el valor. Cada día ocupabas más espacio en mi corazón, y yo tenía pánico de perderte.

Sus palabras derriban mi defensa. Quiero creerle. Quiero que todo vuelva a ser como antes. Quiero que volvamos a ser pareja, y esta vez sin falsedad ni espectáculo para el público, sino de verdad.

Pero me da un miedo terrible.

— ¿Qué garantía tengo de que tus palabras son sinceras?

Mia se encoge de hombros. O intenta hacerlo, considerando la posición en la que está atrapada.

— No hay garantías. Del mismo modo que tampoco las hay de que tus sentimientos hacia mí sean sinceros.

— Yo no te di motivos para dudar.

— Claro que los diste. Me odiaste desde el primer día. Y luego, de repente… ¡pum!, te gusto. ¿Y si solo finges para que siga siendo tu novia, pero ahora gratis? Es perfecto para ti: la prensa contenta, los fans me adoran, tu imagen cambió a positiva… y encima no tienes que pagarme.

Alzo la vista al techo.

— ¿Pensaste mucho antes de decir eso?

— No — suspira Mia. — Estoy improvisando.

— Ya se nota — cruzo los brazos, intentando parecer más seguro. — Yo tampoco estoy feliz de haberme enamorado de ti. Pero es un hecho. ¿Crees que estaría así, destrozado por un corazón roto, si no te quisiera? ¡Si hasta te escribí una canción! Y, por cierto, nunca antes había dedicado una canción a nadie.

— ¿De verdad? ¿A mí? — Sus ojos brillan.

— Sí…

— ¿Y al menos no tiene insultos?

— Por supuesto que no. Habla de cómo le diste sentido a mi existencia… Algo así.

— Oh…

— ¿Quieres escucharla?

— Quiero, pero… ¿puedes sacarme primero de esta trampa de ventana? Apenas puedo respirar.

Miro la ventana. Luego miro a Mia.

— Habrá que romper el marco…

— ¿Lo harás?

— No queda otra. Contigo, Mia, todo son gastos. Primero el coche, ahora la ventana. ¿Qué sigue?

— Te pondré una nueva si me perdonas. ¡Lo prometo!

— O sea que, si no hacemos las paces, ¿no piensas compensarme los daños? Suena a chantaje.

— Solo intento darte motivación para tomar la decisión correcta — vuelve a intentar moverse. Chupi ayuda como puede, lamiéndola por todas partes para que resbale.

— Bien — digo. — Quédate ahí.

— Como si tuviera opción…

Enciendo las luces del jardín y voy al garaje. No resisto la tentación de verla desde fuera. No todos los días una chica queda atascada en tu ventana. Y menos una tan atractiva.

— Desde este ángulo te ves igual de provocativa — me doy cuenta de que estoy riéndome. — Haré una foto de recuerdo.

— ¡Ni se te ocurra! — grita desde dentro. — ¡Timur, te lo prohíbo!

— Ya está hecha — la guardo en la carpeta "Importante".

Tomo el hacha, que jamás había usado, y vuelvo a la casa.

— Tengo miedo… — susurra Mia. — Sujeta bien el hacha, ¿sí? Sé que te debo mucho, pero no quiero pagarlo con mi cabeza.

— Solo no te muevas. Y no me estorbes.

— Está bien.

Ella cierra los ojos, lista para un golpe que no llega. Yo no rompo nada; solo la miro.

— ¿De verdad quieres esto? — pregunto, arrodillándome para quedar a su altura.

— ¡Claro que sí! Tengo los intestinos hechos un nudo. No puedo ni respirar ni tirarme un pedo.

— No hablo de eso. ¿Quieres de verdad ser mi novia?

Sus ojos se encuentran con los míos.

— Sí. Mucho… Quiero despertarme y verte. Quiero prepararte el desayuno. Quiero apoyarte en los conciertos. Quiero criar a Chupi contigo. Quiero ver películas, ir de picnic, nadar contigo, discutir y reconciliarnos. Me da igual qué hagamos, con tal de que sea contigo.

— Yo también quiero eso — me acerco y tomo su rostro caliente entre mis manos. — Sin ti estoy perdido. Te quiero, Mia.

— Y yo a ti, Timur.

Epílogo

Revista "Vida Estelar"
Edición nº12

LAS FANS HAN PERDIDO DEFINITIVAMENTE A SKYLER. ¿Qué le ocurrió al cantante más popular del país? ¡Sensación exclusiva!

Ayer se celebró el concierto benéfico de Skyler. Gracias a él se recaudó más de un millón de grivnas destinados a la creación y funcionamiento de una organización contra el acoso escolar. Pero los periodistas presentes no imaginaban que habían conseguido el billete de oro: después de la última canción, Skyler pidió la mano de su novia Mia. Ahora están oficialmente comprometidos.

¿Qué sabemos sobre su elegida?
Mia es filóloga. Trabaja en un centro de apoyo socio-psicológico para adolescentes en situación difícil. Tiene un blog de cocina con casi cuatro millones de seguidores.

La pareja lleva un año viviendo junta. Crían a tres perros rescatados de la calle. Viajan mucho y participan activamente en proyectos benéficos.

El Skyler al que estábamos acostumbrados ya no existe. La imagen del rebelde y sex symbol quedó atrás, pero… parece que él no se arrepiente de nada.